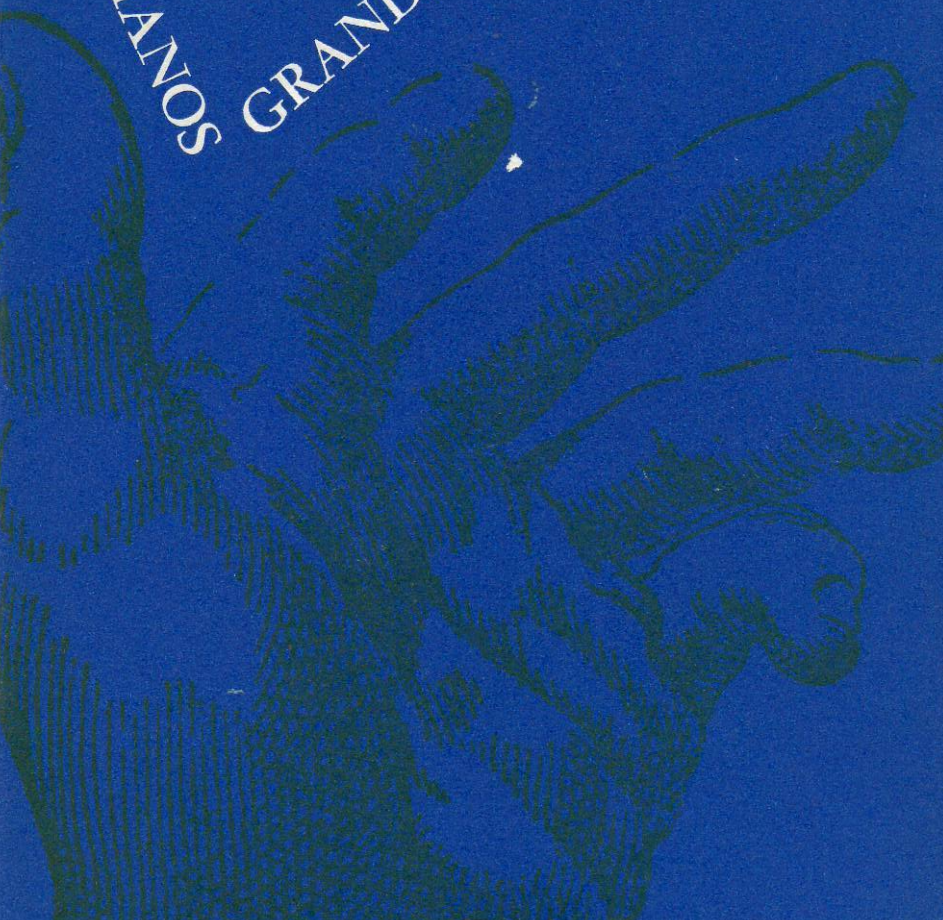


MARTIN DE UGALDE

LAS MANOS GRANDES DE LA NIEBLA

CUENTOS



**LAS MANOS GRANDES DE LA NIEBLA**

*Martín de Ugalde*

*Dedicatoria:*

*A los exilados vascos que llegaron a Venezuela hace 25 años y a Miren Ainara, mi hija,  
que acaba de nacer aquí.*

*Portada y diagramación: NEDO MF.*  
*Impreso en Venezuela por CROMOTIP*

## **Las manos grandes de la niebla**

Cuentos  
escritos para comprender a Venezuela

De la niebla

Las manos grandes de la niebla

De la arena

El latido

De la sal

A la voluntad de Dios

Del barro

El turno

Del asfalto

Los hierros de Guanoco

De la madera

La carga de cedro muerto

De la perla

El cabo de vida

Del cemento

La trampa de cemento

## De la niebla

### Las manos grandes de la niebla

El hombre parecía un puntalito de tierra aguantando el techo de nubes que se estaba desplomando sobre la gigantesca espalda vertical del cerro.

Jacobo Santiago estaba sembrándole trigo en la falda alta con el pujo de estar forzando las secas caderas de una señorita vieja cuando le llegó el ¡alas! familiar desde la hoyada.

"¿Será Orestres?", se preguntó sobando un grano entre dos yemas.

La cerrazón había sudado en el sombrero, en los bigotes y en la ruana rucia de Jacobo Santiago un fino polvo de agua. Barranco abajo, la niebla era liviana, y la carretera se insinuaba como un hilo a través del resplandor azuloso y frío de millones de gotas como espejos.

El campesino afianzó sus cotizas de tres puntas en un pedrusco, volteó lentamente hasta encarar el precipicio, y se recostó de espaldas entre dos surcos, que era como acostarse parado en la tierra.

A Jacobo Santiago le cruzó una nublada.

– ¡Taita!...

El grito se empapó de niebla en el camino, y a Jacobo Santiago le llegó estremecido. Como un miedo.

Recogió la escardilla y los granos, y dio los pasos medidos, sin apresurarse.

Cuando irrumpió en el resplandor de la neblina, a Orestres le pareció que su viejo estaba entrando en el puente de colores.

– ¡Taita! –le gritó desde la carretera–. ¡María se chamuscó toda!...

El campesino quedó viendo el bulto vertical de su hijo desde lo alto de la vieja muralla que era el cerro.

Jacobo Santiago era un hombre cenceño y corto. Cuando se despojaba de su ruana tejida con pelo de chivo y de oveja se comprendía mejor el mirar apagado de sus ojos y el color verduzco de su lamido rostro de piedra lavada. Entonces, viéndole la enclenque armazón de los hombros, chocaba más la extraña lozanía de sus espesos bigotes negros.

Jacobo Santiago tenía también unos dientes erosionados y amarillentos que no reían nunca.

Orestres le vio bajar saltando las peñas una a una, sin apurarse, como desmontando un enorme animal, agazapado entre las nubes, o como descolgándose de un muro vertical. Después que ya alcanzó el sendero, que caía casi a plomo sobre la carretera, Orestres trepó un pedazo con las uñas, para adelantársele al viejo.

– A mamá se le derramó la olla del hervido –le dijo el muchachito tomando aliento– y a María le bañó la cabeza y la oreja y todo pa'bajo, hasta la pierna...

Jacobo Santiago ya estaba halando del brazo de su hijo para atajar saltando una cerca de piedras, cuando preguntó a Orestres:

– ¿Por qué no se vinieron todos, pues, y llegamos a la medicatura más ligero?...

– Yo me les adelanté un pedacito, taita, porque María no puede caminar; mama la trae en el cuadril.

Cuando salieron a la carretera, ya Margarita y su hija estaban llegando al camino, embozadas en un solo lío del chal azul.

Desde que las vió hasta que las tuvo cerca, a Jacobo Santiago le pasó por la cabeza un mundo de cosas.

Luego, cuando llegó, se las quedó viendo.

La muchachita tenía los cabellos negros adheridos a la hinchazón terrible del ojo y de la cara, emplastados con el lodo que Margarita usó para remedio. El percal del vestido estaba pegado a la piel edematosa de la niña, y cuando se esforzaba para gritar se le despegaba con toda la horripilante humanidad de una sola postilla gigantesca.

Jacobo Santiago no tuvo valor para cargar a su hijita.

Tampoco preguntó nada a su mujer; sólo se le quedó delante, con el espanto para dentro.

– ¡Pobrecita, Jacobo Santiago!, le dijo ella mirándole desde una sola lágrima.

La carretera era como un hilván caído al azar por aquellas barranqueras sumergidas en la neblina de la sierra. Jacobo Santiago la veía subir plegada a las duras redondeces de las faldas, tomándose todo el tiempo que necesitaba para alcanzar los picos sin despeñarse.

Ya esta carretera de los viejos tiempos era un desvío inútil. Como su trabajo subido a los huesos de piedra de aquellos cerros, cuando no llegaba un poco de sol a tiempo; o como los seis años de María, cuando llegaba una olla de hervido y se le derramaba sobre la cabeza.

Ahora que habían construido la panamericana, estas tierras de por acá habían quedado tan olvidadas que era como vivir en otra parte.

Fingiendo acechar un vehículo, Jacobo Santiago se había despegado de su mujer, hacia el recodo, para alejarse de los gritos.

"En estas tierras de por acá –se dijo sintiendo la mano pequeña de Orestres recogida como un ala en la suya– la gente se gasta la vida esperando que llegue algo: el sol que falta, la lloviznita que falta, el pasto que falta, el camión que falta"...

Margarita estaba sufriendo los dientes de su hija en el hombro cuando comenzaron las nubes a engordar de agua y a bajar por su peso sobre la carretera; hasta que reventó a llover reciamente sobre el chal que cubría las carnecitas ardidas de la niña.

– Puede que esto la refresque un poco –dijo, por decir, Jacobo Santiago, regresando a su mujer.

Margarita apenas separó sus apretados labios de piedra, y preguntó:

– ¿Dejaste el animal en la falda?

Jacobo Santiago no dijo que no.

Luego él preguntó, también, por las gallinas.

– No tuve tiempo de recogerlas –le contestó Margarita cuando terminó el gemido de la niña–. Mandé a Orestres delante, para ganar tiempo.

Hubo un breve y fragoroso silencio de lluvia, que se precipitaba sobre el gigantesco escampado de la sierra con un sordo estrépito de tambor mojado.

– El gavilán nos las va a comer todas –dijo Jacobo Santiago sin levantar la voz, que le salió ahogada en lluvia.

Margarita cubrió la espalda de la niña con una punta del chal que se le descolgó a ella del hombro.

Fue un rato más tarde cuando se oyó en medio de aquel estrepitoso diluvio el fatigoso subir del vehículo en la pendiente. Se perdió el ruido dos veces, en las curvas, y brincó luego cerca.

Era un camión de estacas.

Jacobo Santiago avanzó dos pasos, y levantó quietamente la mano.

Madre e hija se sentaron junto al chofer. El ayudante pasó con Jacobo Santiago y Orestres a la plataforma, sobre los bultos de plátanos.

Tuvieron los tres que agarrarse a los racimos.

Montado sobre la joroba verde y resbalosa del camión, Jacobo Santiago miró espantado las grandes hondonadas de neblina que iba orillando la máquina; él, que trepaba lo escarpado como un chivo, y trabajaba, montado sobre sus dos piernas, a cientos de metros sobre los precipicios, perdía la cabeza al verlos desde los aparatos.

Orestres preguntó al ayudante del camión para dónde iban los plátanos.

– Pa'Mérida –contestó el hombre, escupiendo la lluvia.

Orestres hizo un gesto como diciendo:

"¡Alas!... ¡qué lejos!..."

En el dispensario, la practicante desnudó a la niña con tiras de piel y todo.

Jacobo Santiago aguantó los gritos pegado al muro, como si le estuviesen arrancando el pellejo a él, como a un chivo. Orestres se acuclilló en un rincón oscuro de la piecita, escurriendo el agua de su rucia en el piso. Margarita parecía de piedra, ayudando serenamente. Aplastado contra la pared, Jacobo Santiago estaba vigilando todos los gestos de la enfermera.

Cuando llegó con una sábana para envolver el cuerpo cubierto de unguento amarillo de su hija, Jacobo Santiago se le atravesó y se le quedó mirando fijamente, con las dos manos y el sombrero colgándole en las rodillas, como puede mirar un monigote de paja.

– La quemadura es bastante grave, ¿sabe?... –dijo ella.

Al campesino se le quedó la voz dentro.

– Lo mejor sería hospitalizarla... Si tuviese yo una cama aquí, podría guardármela durante dos o tres días...

Orestres se le acercó entonces y posó su mano sobre la fría muñeca del viejo, junto al sombrero. Margarita, que estaba sentada con su hija, dijo quedamente:

– Y' hora, pues, ¿qué hacemos, Jacobo Santiago?...

La enfermera se puso a escribir sobre la mesita.

– Podríamos dejarla aquí, en casa del compadre Juan de Dios, para que nos quede más a la mano –añadió Margarita con la misma voz callada de antes.



Jacobo Santiago descubrió entonces que sí se podría.

Fué cuando la practicante le alargó el pedacito de papel y le dijo:

– Tienen que conseguirse el plasma cuanto antes. Aquí no tenemos sino lo justo; pueden dar gracias a Dios que quedaba suficiente pomada de Picrato de Butesin para cubrirle todo el área de la escaldadura, y que pude ponerle la ampolleta de morfina para calmarle el dolor.

Jacobo Santiago pasó el papel a su mujer.

Margarita lo miró con el mismo aire inocente y sorprendido que descubrió en las apagadas pupilas de su marido.

Fue ella la que se atrevió a decir:

– ¿Y ese remedio se podrá conseguir en Timotes, señorita?

No, en Timotes no se podría; no había más que ver la cara de asombro de la enfermera. Ni en Santo Domingo, ni en Chachopo, ni en Pueblo Llano, ni en San Rafael.

– ¿Y en Mérida?

Sí, en Mérida sí. En la capital se podía conseguir de todo.

Jacobo Santiago recuperó el papel, lo dobló trabajosamente con sus torpes dedos yertos, y lo guardó en algún bolsillo debajo de su rucia.

Después, cargó con mucha ternura a su hijita en brazos, y salió, silenciosamente.

– Cuanto antes me consiga el plasma, mejor –insistió la practicante desde la puerta del dispensario.

La oscura procesión iba ya carretera adelante, cuando Margarita preguntó:

– ¿Y cuánto irán a costar los remedios, Jacobo Santiago?

Margarita tuvo que regresar sus pasos hasta el dispensario.

Consiguió alcanzar de nuevo al grupo cuando ya estaba doblando hacia Techo Blanco.

– ¡Eso viene costando arriba de veinte pesos, Jacobo Santiago!

El campesino se detuvo, y luego echó a andar sus alpargatas, y dijo sosegadamente, como caminaba:

– Vendemos el ovejo, Margarita.

– Eso es una migaja, Jacobo Santiago...

– Pues vendemos también las gallinas...

Margarita guardó tiernamente la mano helada de Orestes en el hueco de la suya, que era grande y encallecida, y siguió silenciosamente a su marido, calculando que hasta podría reunir unos kilos de papas y de ñame en la casa.

No era la primera vez que Jacobo Santiago llegaba a la ciudad, y para la tardecita había conseguido vender el ovejo, las cuatro gallinas y el bulto de papas y legumbres que trajo. Reunió por todo noventa y dos bolívares; justo veintitrés pesos.

Cuando Jacobo Santiago vio el enorme frasco que traía la mano blanca del farmacéutico desde detrás de los estantes, comprendió que aquel era un remedio caro.

– Noventa bolívares –le sonó la voz al hombre de la bata blanca.

Jacobo Santiago reunió con torpeza los billetes de diez y los fuertes y los bolívares, y los fue contando despaciosamente sobre la vitrina.

– ¿El que se quemó es familiar suyo? –se interesó mientras tanto, amablemente, el farmacéutico.

– Pues una hijita mía, sí señor –dijo Jacobo Santiago sin levantar los ojos de sus reales.

Y en este quehacer le fue diciendo con monosílabos como y cuánto se le había quemado su hija.

– Entonces, este plasma no será suficiente –le advirtió el farmacéutico– tendrán que ponerle por lo menos otra dosis más.

Jacobo Santiago se quedó con sus dos bolívars del vuelto en una mano y el frasco en la otra, como si acabase de salir de El Pantanito esta mañana; pero sin el ovejo, ni las gallinas, ni las papas.

El farmacéutico lo veía entretenido con las dos monedas sobre el vidrio del mostrador.

– ¿No habrá nadie en la ciudad que usted conozca y le pueda prestar esta plata? – le preguntó.

– Pues no sé quién podría... –dijo Jacobo Santiago quedamente–. Usted sabe, uno es de tan arriba y conoce a tan poca gente...

Pero se las compuso para dejar el frasco allá mientras buscaba los reales.

Salir con las manos vacías (y más si tienen los callos que tienen las que carga Jacobo Santiago bajo los pliegues de su ruana, agarradas la una a la otra) a buscar la plata en la ciudad, fue un terremoto en la conciencia y en los huesos y en las magras carnes del campesino. Con las gallinas y las papas y el ovejo cerca de él, podía esperar algo; pero así, ¡desnudito del todo!...

Jacobo Santiago estaba en el barrio Barinitas a las cinco de la madrugada, antes que la luz del sol.

Se acurrucó en la puerta de la oficina de las obras del teleférico, y ruana y sombrero quedaron inmóviles, al acecho de los primeros pasos.

Y tuvo suerte, porque fueron los del capataz mismo. El campesino explicó que la víspera le habían dicho en la oficina que tenía que tratar el asunto con él, y que le recomendaron que llegase temprano en la mañana si quería conseguirlo.

¿Qué sabía hacer él? Sembrar trigo; desherbar y arrancar las papas con el garabato; cortar con machete, aunque en esos montes no había mucho que trozar; cuidar chivos; arrancar chamizas...

¿Subir cerro? ¿Cortar unos palos? También. ¿Descolgarse de un peñón, trepar árboles, arrancar piedras en las laderas? ¡Pues eso era a lo que estaba enseñado él desde chiquitico!

Los nudosos dedos de Jacobo Santiago se enredaron en el ala del sombrero al poner la condición.

Jacobo Santiago quería el jornal de la primera semana por adelantado, entonces mismo o al día siguiente, porque necesitaba comprar unos remedios.

El capataz observó un rato la dócil mirada del campesino, y sus ásperas manos apresando torpemente el sombrero, y le prometió conseguirselo con el ingeniero.

– Entretanto va a comenzar en Loma Redonda –le dijo.

¡Cien bolívares a la semana! ¡Cómo se estaba él matando el cuerpo en aquellas soledades si tenía unos cabritos tan a la mano!, se regañó a sí mismo en el trayecto hasta la estación del teleférico, que estaba ahí mismo.

En el borde de la quebrada estaban fabricando algo así como un almacén, y había una máquina grande y dos cables del teleférico tendidos sobre el abismo, como dos chinchorros, hasta perderse de vista en el otro cerro.

Jacobo Santiago se puso a observar el solitario andamiaje de la construcción. Lo estarían fabricando con cemento, que fragua muy ligero. En la ciudad todo era más rápido. Su casita de El Pantanito la tuvo que construir con piedra que picó él mismo en el talud de la carretera, que queda distante como casi una legua. La acarreó a hombro en el zurrón de cuero, y luego la remojó y la pisó en el tapial. La teja la trajo de San Rafael, a cuatro pesos el cien. El mismo le hizo el vuelo del tejado con una madera bien derecha, y le puso un encañado que trajo con un hermano suyo desde el páramo de Mucutusís, que está a un día de camino. El quería mucho a aquella casa y a aquellas tierras de pedregal; aunque se hacía tan duro trabajarlas, esa era la verdad.

Jacobo Santiago oyó primero un ruido largo y resbaloso, de alambre. Cuando descubrió el aparatico que venía colgado de la guaya desde el otro lado neblinoso de la quebrada, ya le iban saliendo unos pies y unas cabezas; hasta que aparecieron claramente los obreros guindados de un cajón, como si viniesen colmando un autobús.

– ¿Usted es el nuevo que va para Loma Redonda?... –le preguntó un empleado–. Ayúdeme a cargar estas cajas de tornillos, y se va.

– Suba –le dijo luego el hombre del suéter gris.

Jacobo Santiago se encaramó torpemente sobre la caja suspendida del cable con dos ganchos de balancín, y se quedó parado, como un palo.

– ¿Ve usted ese mecate?– Jacobo Santiago vio la cuerda tendida de gancho a gancho, en la dirección del cable, como la correa del autobús. –Pues cuando se inclina el cajón, usted se agarra duro del mecate.

"¿Me irán a dejar solo en este cajón?", se preguntó angustiosamente Jacobo Santiago viendo para aquel estrecho camino del cable que se afilaba en la distancia, hasta perderse en la neblina del cerro.

Pero ya era tarde para preguntárselo a nadie, porque el cajón estaba resbalando sobre la guaya.

No gritó, porque no le salían a él las voces fuera.

Jacobo Santiago experimentó por primera vez un abandono infinito.

Entonces pensó en su hija, que era la razón del viaje, y buscó desesperadamente fuerzas para seguir volando sobre el barranco sin soltar el mecate.

Los cajones de tornillos y el campesino siguieron camino en la dirección de una fila alta, y cuando pasaron sobre un ranchito encaramado en uno de aquellos picos, Jacobo

Santiago descubrió con susto la manera como los pájaros veían su solar de papas y su conuco y su casa de El Pantanito.

Jacobo Santiago vivió la terrible impresión de estar viajando para el otro mundo. Amarrado al mecate con sus dedos de hueso (porque era poquita la carne que tenían los huesos de Jacobo Santiago), entró entonces en un oscuro mundo de nubes atravesado por aquel lamentoso chirriar de ruedas que encogía el alma.

El agua le goteaba por la nariz y el bigote, y por los flecos de la ruana, y a Jacobo Santiago, que estaba sin comer desde hacía casi dos días, se le hizo sensible el espinazo entero.

Llegó a Loma Redonda como un carámbano.

Le costó mucho trabajo desprenderse del mecate, doblar las piernas y saltar a tierra. Estaba tan tieso que no pudo reunir los dedos de sus manos para amarrar la trenza de la cotiza.

Aquella noche Jacobo Santiago se acostó en cueros. Tendió su ropa en los travesaños, y se arrebujó en una cobija de lana que le prestaron en el almacén. Aunque no se le iba a secar la franela, ni el pantalón, porque en aquel barracón de madera se estaba colando la neblina por los huecos de los aleros y las rendijas como hace agua un barco que se está hundiendo.

Jacobo Santiago recordó con envidia su cama de tablas y estera de cascarón, con Margarita al lado, y los muchachos arrebozados en el montón de chacos, calenticos como dos panes acabaditos de hornear.

No podía arrancar de la memoria, sin embargo, el cuello y el hombro y el ojo de su hija, que los veía como una sola llaga roja cubierta de aquel unguento amarillo con que le untó la practicanta.

Trató de echarle delante a la preocupación el recuerdo de otras urgencias suyas: una papa caliente con ají, una arepita recién hecha con guarapo, sentado junto al fogón de parrilla cargado de chamiza bien seca, envuelto en el humo tibio que le tiznaba los muros y el pañote del techo.

Pero a estas confortables imágenes de su vida campesina le brincaba, como la punzada de frío, el recuerdo de su gente en casa del compadre Juan de Dios, que se había quedado solo en la vida y a quien había encontrado, por cierto, bastante enfermo.

Y entonces le pareció ver el fogón apagado y la cocina vacía.

Jacobo Santiago se arrebujó en la cobija, y se enfrentó a la noche como a un enemigo poderoso.

Ya eran casi las diez del día siguiente, y Jacobo Santiago regresaba de la oficina donde había ido por tercera vez a recordarles humildemente la promesa que le hizo el capataz en la oficina de Barinitas, cuando vio que éste venía llegando en el cajón de las herramientas.

Mientras lo veía bajar, se preguntó por qué estarían subiendo este aparato a Pico Espejo, si allí no había más que peñas y nieve. "Máquinas así debían ponerlas a los

campesinos, para bajarles las cosechas a la ciudad, y para llevar a los muchachos a Mérida, cuando se enferman, o a la escuela", se dijo para sus huesos.

No tuvo necesidad de salirle al paso. El capataz se le adelantó y le dijo que venía a cumplir lo prometido; que no pudo arreglarlo antes, por el papeleo, y que él le daba permiso para que en la tarde se fuese a llevar el remedio para su hija.

– Lo espero aquí mañana –le dijo dándole una palmada en la espalda.

En lo que Jacobo Santiago pensó instintivamente, con terror, fue en el viaje de vuelta en el teleférico de carga.

Pero Jacobo Santiago, asustado y todo, esperó silenciosamente al aparato; y subió encima con otros que montaban en él como quien sube a un camión.

Aquel fue un viaje largo.

Luego, llegó a la farmacia y pagó, y recogió los dos frascos y salió, tropezando los pies, como siempre.

Luego esperó en un cruce de camino hasta que alguien le mandó a subir a la caja de un camión.

A Jacobo Santiago, agarrado angustiosamente a sus dos frascos, se le hizo aquel viaje interminable.

La casa de su compadre Juan de Dios quedaba encima del camino. La venía mirando, como si encandilase, desde que dobló el cruce de la carretera.

Jacobo Santiago, que subía la pendiente más lentamente que nunca, con un frasco de remedio en cada mano, vio la puerta sola.

A pesar de la calculada demora, nadie le salió al paso. Ni siquiera un eco de voz. Hasta que asomó la cabeza dentro, como quien la arriesga, sabiendo, en la boca de una trampa.

Había una lamparilla de aceite prendida sobre un cajón de madera, alumbrando con destellos amarillos un pequeño crucifijo de metal. La camucha estaba vacía, con una florecitas silvestres azules y amarillas regadas sobre la estera. En el otro rincón había un cuerito recogido junto al montón de chacos.

Jacobo Santiago huyó hacia la cocina, que estaba a dos pasos. El fogón tenía todavía un rescoldo tibio. Estaba el garabatico de frailejón de monte guindado como un racimo de ollas abolladas, y la alcuza casi llena de las chamizas que debió traer el compadre Juan de Dios en estos días. Había, dominando todo el oscuro mundo de la casucha de cascajo picado, una hediondez que a Jacobo Santiago terminó de meterle en el cuerpo un malestar que lo sentó en la puerta.

La cara afilada y bigotuda de Jacobo Santiago fue tomando un color amarillo-verduzco de guarapo, y los ojos se le llenaron de una extraña opacidad neblinosa. Sólo tuvo fuerzas para depositar con precaución los dos frascos de remedio en el piso de tierra y sentarse él, de cara al camino, esperando que los que le quedaban en la vida regresasen del cementerio.

Ya había vivido Jacobo Santiago una eternidad dentro, en alguna parte hasta entonces desconocida de sus adentros, cuando se le posó en el hueso del hombro una blanda mano de niebla.

María tenía la cara y el cuello cubiertos de unguento, pero sonreía, y Orestes, que esperaba a su lado, parecía maravillado de ver al viejo. Margarita venía subiendo todavía

la cuesta, junto con un pequeño grupo de campesinos, Y se le quedó viendo, con los ojos llenos de aquella sufrida luz neblinosa de los que han nacido para esperar.

Venían de enterrar a Juan de Dios, que había muerto aquella noche de "una puntada".

## De la arena

### El latido

– ¿Dónde está José Antonio? –preguntó la mujer de Darío Echenique mientras desvestía a su hijita de apenas un año. José Antonio estaba en la orilla de la playa, con un cerro de piedras entre sus dos manos.

– ¡Ese muchacho se la pasa tirando piedras, Darío; llámalo!

Darío Echenique, que era un hombre gordo y apacible, apenas levantó la voz.

– José Antonio, ven, que te tengo un cordelito para la caña de pescar...

La caña de pescar de José Antonio era un retorcido palito de cedro.

Entonces, los seis años del muchachito cambiaron seriamente las piedras por el guaralito, y se pusieron a pescar tiburones en la arena.

Sus otras dos hermanitas abandonaron el cubo azul y se le quedaron viendo, maravilladas.

La playa de la Colonia Vacacional de Los Caracas está abierta en dos regazos. Hay una parte de arena entre un saliente natural donde han fabricado un muelle y una punta artificial de piedras. La otra playita resulta peligrosa porque todavía está asentando arena.

Hacia allá estaba mirando la mujer cuando dijo:

– Darío, cuida de que no se nos vaya José Antonio con su caña de pescar a ese punto... Tengo el latido de que le va a pasar algo...

Era todavía temprano, y la familia escogió la porción de playa más limpia, porque había latas de conserva y pedazos de vidrio regados sobre la arena.

Darío Echenique trabajaba desde hacía veinte años ("desde que se vendían las paragüeras de mimbre y los sofás de paleta") en una venta de muebles, y como en el negocio había tiempo para todo, le había dado por leer poesía. Era un entusiasta admirador de Elías Calixto Pompa, y le recitaba de memoria hasta cuando estaba grotescamente enmorcillado en su traje de baño amarillo y verde, como ahora.

El pequeño José Antonio se había tenido que aprender de memoria un recitado machacón de su padre que comenzaba:

Trabaja, joven, sin cesar trabaja,  
la frente honrada que en sudor se moja...

Y se lo hacía repetir delante de las visitas.

Su mujer se ufanaba de esta condición de su marido diciendo que era "una cabeza llena de versos". Y era cierto que le gustaba quedarse admirando por horas el horizonte del mar y las lunas llenas.

Mediante este romántico ejercicio se le estaban desarrollando más las grasas que la imaginación; pero de vez en cuando hasta hacía sus propios versos.

Así, soñando un ripio debajo del toldo, Darío Echenique se quedó dormido. Cuando lo despertaron, su mujer y el pequeño José Antonio se habían traído ya la cesta de mimbre desde la vieja ranchera verde que había estacionado en la orilla de la playa, y estaban desplegando el mantel blanco con cuadros rojos sobre la arena.

Mientras se despabilaba ayudando en los preparativos del almuerzo, Darío Echenique descubrió que la playa estaba atestada de gente. Después, en medio de aquella enorme confusión de voces de las playas llenas, y de las disputas y los lloros de sus cuatro hijos, él se comió dos latas de diablito, una enorme porción de queso blanco, y se chupó un anca de pollo.

Y, como no sólo de pan vive el hombre, se tomó también dos laticas de cerveza.

Es cierto que después fue él quien recogió cuidadosamente las latas vacías, los restos de pan y los papeles que regaron sus hijos sobre la arena, y dobló el mantel y cargó la canasta hasta el carro.

Ya se disponía a descansar, cuando le preguntó repentinamente su mujer:

– Darío, ¿cerraste la puerta del automóvil?...

Darío Echenique pensó un rato, y dijo:

– Sí, mujer.

Después colocó cuidadosamente sus ciento doce kilos en el espacio de sombra que le había reservado su familia.

– ¿Estás seguro?... – insistió ella.

Darío Echenique barruntó que le estaban sembrando una duda en la conciencia. Hacía un mes que habían robado el carro de Heriberto, un primo de su mujer, y ésta no vivía desde entonces sino para advertirle la amenaza de ladrones de automóviles.

Se quedó desvelado un rato, mirando aquel piso de arena ardiendo al sol del mediodía. Pero vio al vehículo tan sumiso y tan cerca, que acomodó el atadito de la camisa debajo de su pescuezo y acabó quedándose dormido, como un angelote.

La siesta duró más de una hora.

Terminó cuando ella comenzó a llamar a voces a José Antonio, que había desaparecido.

– No grites, mujer...

Darío Echenique miró instintivamente al carro:

– ¿Ves?... Tampoco nos han robado el automóvil... ¡Con tus corazonadas!...

Y se levantó pesadamente de su cama de arena, metió los enormes pies dentro de sus zapatos negros, porque tenía las plantas de los pies muy sensibles, y salió a la luz de aquel terrible sol de las dos de la tarde con sus calzones verde y amarillos de guacamaya que se le recogían debajo del ombligo como un enorme remiendo.

Había un mundo de niños jugando en la orilla.

Darío Echenique echó una lenta y confiada mirada buscando el bulto de su hijo. El cuerpo menudo y larguirucho de José Antonio podría distinguirlo él a kilómetros de distancia, porque con aquel taparrabo rojo ceñido a las ingles se le veían las piernas como dos zanquitos.

Pero no acertó a ver ningún cuerpo de niño así, ni en la orilla ni en todo lo que alcanzaban sus ojos, que llegaron hasta la punta del muelle, y luego, alargando la vista



con las manos, hasta el puente de madera del Restaurant, que en verdad era demasiado lejos para que se atreviese a ir el muchacho.

Había unos pocos bañistas tumbados en la arena; la mayoría se había refugiado debajo de los alegres colores listados de las lonas.

Cuando su mujer comenzó a empujarlo con esa voz apremiante de las madres, Darío arrancó sin saber por dónde comenzar a mirar. Asomó tímidamente la cabeza debajo de los primeros toldos con aquellas sus miradas breves y espantadizas, temeroso de molestar a las parejas.

Una cabeza de niño, una espalda de niño, un traje de baño rojo, eran para él un sobresalto, una exclamación contenida, porque no hacía sino repetirse que debía mantener la cabeza fría.

Pero a medida que se le iba acabando la playa, comenzó a ver a los niños de más cerca, y a tentarlos, y a correr, despernado y jadeante, detrás de los bultos, y a meterse descaradamente debajo de los toldos.

Su mujer lo vio regresar solo como quien ve surgir un aparecido.

Por fin le dijo:

– ¿Miraste detrás del depósito de toldos?...

A Darío Echenique le llegaron las palabras de su mujer, que cargaba la pequeña en brazos y tenía el semblante del color de la arena seca de la playa, como pedazos arrugados de cartón; sintió entonces mismo que le estaba pesando mucho el vientre, y que le estaban sonando dentro unas piedras.

Aquel impresionante cuadro del angustiado matrimonio pasó inadvertido hasta para los mismos vecinos de toldo.

A Darío Echenique se le ocurrió entonces mirar detrás de la punta artificial, y arrancó a correr para la otra playa. Su mujer no pudo evitar aquel grito.

Algunos bañistas salieron de debajo de los toldos. Y llegó corriendo un salvavidas. Después del salvavidas se apelonó enseguida un gentío en torno a la mujer y a las tres niñas, que ya eran un solo grito.

Cuando Darío Echenique llegó a la orilla, los pies se le hundieron en la arena, y como la vista era más veloz que las piernas, recorrió con ella toda la playa, y luego todo el mar, chapoteando sus zapatos negros dentro del agua.

Al hombre se le fueron llenando los ojos con aquella inmensa soledad del agua y la arena, y sintió que detrás del enorme peso del vientre se le iba la cabeza.

Con la alarma de los gritos y las carreras, las familias con niños pequeños comenzaron a irse despavoridas, sin tiempo de ponerles las ropas.

Y la playa quedó en un momento como vuelta del revés, con las viseras de los toldos al aire, como si acabase de pasar un terrible huracán.

Ya los salvavidas estaban buscando el fondo en la orilla.

Mientras unas señoras se esforzaban en sujetar a su mujer cerca de sus hijitas, Darío Echenique, con sus zapatones negros hundidos en el agua, seguía todos los movimientos y todas las voces de los salvavidas como un alucinado.

Cada vez que alguien se zambullía, se iba él también angustiosamente al fondo, y permanecía un rato sin aliento. Ye se le detenía el corazón del susto cuantas veces

asomaba la cabeza chorreante del nadador, temeroso de descubrir la morena cabellera de su hijito.

Hubo un momento en que dentro de aquel resplandor del sol que inundaba su pupila, se sintió desaparecer, como si su cuerpo se estuviera fundiendo.

Entonces, alguien le tocó el cuerpo.

– ¿Aquella ranchera verde que queda estacionada allá es suya? –le preguntó.

Darío Echenique vio que en torno al automóvil se estaba reuniendo un grupo de hombres, y que en aquel momento alguien estaba abriendo la puerta...

– En el asiento de atrás hay un muchachito dormido...

## De la sal

### A la voluntad de Dios

A la salina de la Boca de Nigua se le está madurando en el vientre de su cielo y en las entrañas calientes de su sal y de su fango el prodigio de un día nuevo; que no es sólo que el mar (por los lados de Los Testigos) le esté prendiendo al cielo aquella candela; porque esa luz sin unos ojos sería pura noche todavía; y es, ciertamente, de Dios, ¡y de la Virgen!, que no le pueda alumbrar un día a la salina sin que lo esté viendo llegar Martín, el vigía, que está, con sus pies hundidos en la salmuera, arañando la costra de sal, y sin que lo descubran desde el principio los salineros que vienen llegando por los lados del muro y por la playa misma con sus poncheras sobre la cabeza y con sus sacos de cocuiza debajo del brazo, y sin que lo sienta venir desde los más escondidos rincones de la sangre (que es donde resiste a veces la esperanza) Ernesto Mata Malavé, sentado como está resignadamente, delante de la solitaria "quinta" ("esos –dice su mujer– son sus juguetes") que paró en la mitad de la restinga, mirando para la sal, esperándolo...

– ¡Teodora!

Teodora se está sacudiendo la arena de su ropa; luego va recorriendo los sacos y las ramas de tabaco pescador que les sirvieron de cama sobre el piso de arena, y se pone a buscar algo dentro de un cajón.

Por el reventón mismo de sol, que ha incendiado el mar y la salina, ya Ernesto sabe que el día va a ser un infierno; cuando amanece así, tan colorado que hasta al hielo de sal le resbalan esos tintes de sangre, es que va a hacer calor, un día bravo. En la salina ya se empiezan a distinguir los bultos que llegan, y Ernesto ve que entre unos montones que están por los lados del Burro se mueven los Guerra y los Gamboa, y que ya está llegando Justina, y que la que viene caminando de los lados de Agua de Vaca es Eulogia Farías con su hijo, y que ya Martín, el vigía, está subiendo hacia la enramada que se dibuja contra el cielo sobre el cerro del Burro, que también mira para la otra banda, hacia Pampatar... Y para cuando los arrugados ojos de Ernesto regresan a la quieta mar de la salina, que amanece sembrada de unos palos cortos que son los que indican los brotes por donde el mar, que se cuela por entre la arena para cruzar la restinga de contrabando ("¿no es margariteña, pues?!") y brota a veces a borbollones, como el petróleo, y salpicada también de los tambores donde los salineros descansan sus poncheras para que no se encharquen, y de tabureques que son unos cuatro-pies que aguantan los sacos de pie mientras los cargan, ya en la salina los bultos de hombre y de mujer y de niño están escarbando la sal, y a medida que la neblina se va haciendo un humo blanco y luminoso que camina por sobre la restinga y se mete por la salina prendida al resplandor de plata de la espuma de sal, comienzan a flotar entre brumas los salineros, y ya Martín es un palo más en la enramada de vigía que ha levantado sobre el cerro para asolear, y ya Teodora ("un día caliente, Ernesto") está soplando la candelita entre dos piedras, y luego pone una panera de zinc con el agua que vacía de un tambor de motor viejo, y luego saca

un paquete de café, y ya, mientras el sol va ascendiendo, ¡zas, zas!... como un cohete entre un arbol que ciega el ojo, ya el sol se está metiendo a través de los palos y las ramas secas de la "quinta", que es una enramadita de dos metros por dos, hecha de cuatro horcones, un techo de ramas y algún pedazo de zinc viejo, y unas paredes de rama de tabaco pescador que crece sobre la restinga y que dejan pasar la brisa ("¡por qué no ha de pasar, pues!") y hasta dejan ver lo que hay dentro ("¡y por qué tenemos de taparnos de naide!") y con un papel de saco de azúcar sobre la espalda para protegerla de la garúa que viene del mar, y que Ernesto la levantó con lo que le dio un palo envenenado, un poste de luz, que varó en la playa, y le echó hacha... Ya la luz del sol comienza a orear los escondrijos del salitre y del fango, que es lo que está bajo la sal, y a oler ("calentico") el café recién hecho...

– ¡ Teodora!

Y Teodora responde:

– ¡Ah!

Eso es todo lo que dicen; pero a esta enramada solitaria pegada a un carrizal de tabaco guarey, que es un remedio contra el reumatismo y la puntada, a medio camino de la fila de arena de cuatro kilómetros, se le está prendiendo ahora, con sólo haber subido el sol media cuarta en el cielo, un lucero de purito oro vivo sobre sus latas de la cabeza, y Teodora está colando su café, y la mar sigue hablándose ("la mar habla ¡u-u-uuu!") y la brisa, que lo que es es un viento que habla parejo, silba "¡bis-bis!" en una lata, y ya Teodora ("en todo se mete esta mujer") observa que Ernesto está entretenido viéndole los pocitos sucios de salmuera y las inmundas pelonas de fango a la salina, que es como un pellejo blancuzco y viejo, con ronchas, que hasta para cualquiera que no tenga los ojos afilados de Ernesto está a la vista que está agotada, y que toda esa luz de espumita blanca con que amaneció era pura bonitería, y entonces se levanta y entra a la "quinta", y Teodora, que está sentada frente al fuego, ve que está jurungando algo, y le dice:

– ¿Qué busca?

Y Ernesto voltea:

– ¿Ande pusiste la arepa de ayer?

Teodora lo está viendo así, traspasado de luz, entre las ramas.

– No sé dónde la puse... ¿Eso no se acabó, pues?...

Y entonces Ernesto sale y se sienta sobre el palo de, ceiba, junto a Teodora, y toma el taparito de café endulzado con papelón que le pasa, sin decir nada (porque no tienen nada que decirse), y luego es Teodora la que hunde el taparito en la panera, y bebe, a sorbetones sin dientes, su café, que es un guarapo, y dice, porque Teodora está en todo:

– Comience temprano, que la sal se va a calentar...

Ernesto se toca las puyaduras coloreadas con mercurio-cromo de sus pies grandes y venosos, y luego se para (largo, flaco, Con barba de tres días, el guarda-camisa con boquetes de pellejo moreno y salitroso, el sombrero de palma metido hasta casi los ojos, unos ojos de pájaro, y "muchas lunas encima") y dice, sin mirar a nadie:

– Pa'lo que hay que recoger, con una hora tengo...

Luego recoge de sobre una lata del techo unas medias verdes, tiasas de la sal, y se sienta a ponérselas ("con las cholas no puedo, porque me las quita el fango") y luego se mete trabajosamente los chorizos de sus dedos en unos guantes (amarillos y enlodados)

de goma, y voltea hacia Teodora, que está apagando la candela antes de que se coma el palo, y le dice:

– Ahí viene un camión... (el camión resbala por sobre un encerado blancuzco a la orilla de la salina)... debe ser el de Crucho... (Teodora aguza la vista lo más fino que le da el ojo, porque el otro lo tiene nublado desde que nació)... Cada vez ves menos, Teodora... Se está quedando por los montones de Cruz González...

– ¿Y el nuestro, Ernesto?...

Pero Ernesto ya va bajando el repecho de grama, y dice:

– En cualquier rato llega...

"Sí (y ya Teodora se ha quedado hablando sola, peinándose sus cabellos blancos, sujetándose dos ganchos entre sus labios agrietados por la sal) y a nosotros aquí, con la salecita varada, y cualquier día nos llueve... ¡Ay, Dios mío, que no llueva! Y se nos aniega la salina y se desgasta la sal y nos lleva los montones por donde llegaron... ¡Virgen del Valle! (Y Teodora se amarra el cabello en un soronzo, y luego cubre el cajoncito de cartón, que es su escaparate, con un saco de los de dormir, y sale de la enramada, que es su "quinta", y ve a Ernesto doblado sobre el fango, escarbando despaciosamente la sal con los dedos y echándola sobre una mara, y rociándola de salmuera con una totumita para larvale un fango gris oscuro, casi negro, que tiene). ¡Pobrecito, y cómo tiene los pies, malogrados con las mataduras! ¡Si yo pudiese!... Pero si él, que ya tiene los pies ordinarios y duros, no aguanta la picazón, menos puedo yo, que tengo los pies más delgados que él y se me mete la sal por el pellejo como un fuego!... (Teodora está ya del otro lado de la restinga, en la playa, y hace que lo está recorriendo con la vista, poquito a poco, desde el Morro de La Ballena hasta Punta Gorda, para ver si ha varado un palo o si hay una huella de tortuga, porque ellas varan de noche, y si marcan la Pepita en la arena es que sí pusieron, pero si no marcan más que las patas es que vinieron y no pusieron, y entonces regresan a los quince días completos y los ponen... Pero Teodora no ve rastro, y es acaso porque ve poco; pero ella, que quiere ayudar, tampoco tiene fuerzas para recorrer toda esa boca... El que consiguió una nidada de ciento veinte huevos antier fue Martín, el vigía, que es más joven que Ernesto, que también Ernesto tiene el ojo bueno para ver lejos, y distingue cuándo vara el pescado, porque cuando hay turbio siempre se queda alguna cholita o algún cachame en la playa, ¡y asadas sobre brasa son sabrosas! (Y entonces a Teodora se le hace la boca agua, porque no ha tomado sino medio taparito de guarapo en la mañana, y la tarachana escalada que guarda en el cajón es para más tarde, para que les aguante el día, y ya va bajando, encendida al sol como una tea, el repecho de la restinga que da para la salina, y ve a Ernesto con aquella carga de sol a la espalda, arañando la costra de sal cerca del brote grande, y entonces se agacha ella misma y comienza a escarbar en la arena, y consigue unas raíces de grama delgadas, como pajas, y les va quitando mecánicamente los nudos mientras habla, que ella conversa sola...) ...y esto se cocina, y sirve de fresco para los niños, que es muy bueno, y hay veces que hasta lo recetan los médicos para enfermedades del hígado... Y es un milagro que sirva para algo, porque solo con la salecita no se puede; que uno está aquí a la voluntad de Dios; y lo que a uno le dan en la botica por dos brazadas grandes es tres bolívares, para ellos venderlo a cuartillo el bojotico, y las boticas se lo piden a uno de año en año, que si no, no habría grama

bastante en la restinga para matar el hambre a Pampatar y a Agua de Vaca y a todos estos campos de por aquí... No es que yo crea que Alguien nos tiene mala voluntad, ¡líbreme la Madrecita!, sino que es la verdad que si llueve, como quiere Ernesto, se nos van las pilas, pero que si no llueve, que es lo que quiero yo, tampoco nos cuaja la sal, porque las bombas, que es por donde resuella el mar que nos trae la salecita, se está secando ahí mismo, en los resolladeros, y necesitan el agua para que se aniegue toda la salina y reparta la sal por todo, y después, cuando vuelve a cuajar, ya lo deja todo repartido, un reposo de la sal que deja una torta gruesa que se recoge fácilmente y uno puede llenar entonces hasta diez sacos en un día, cuando ahora Ernesto no puede, arañando y arañando todo el día, llenar ni uno solo... Y ¿cómo hace uno si no puede, reza que reza a Dios y a todos los santos, hacer llover, ni tampoco puede conseguir que lleguen los camiones y le lleven la sal?... ¡Eso es, que uno está a la voluntad de Dios!... [Ya Teodora ha reunido su brazada de grama y la lleva hasta la enramada y ve que Ernesto ("¡madre mía!") sigue pegado a la sal, y que hay algunos que están regresando a sus casitas con sus poncheras sobre la cabeza ("debe ser que ya la salmuera está caliente") y deja la grama en un rincón, y sale, y le pega aquel grito a Ernesto]:

- ¡¡Uuu, uuuuu!!...

(Todos los salineros, como veinte regados por ese blancor sucio, voltean para ver, menos Ernesto. Y Teodora sabe que tampoco puede mandar mucho sobre este hombre, y regresa a su grama, y sigue persiguiendo el zig-zag tierno de la raíz dentro de la arena). "Con lo buena que es esta sal para salar el pescado, que uno lo mira después y no le ha salido pico, ni blanco ni negro, y para comer, cuando molida, que es blanquita, como la espuma del mar (y la mano arrugada de Teodora sigue escarbando aquel rastro de las raíces bajo la arena) y yo lo vendo de puerta en puerta en los pueblos a medio real el paquetico de un kilo, para poder pagar el fiado en la bodega, porque si uno se demora más de un mes le dicen: "¡no hay más!" y le dejan morir, y Fermina, la mujer de Mocholón, no me ha dicho nada todavía, pero me ve así, como de lejos, y ya el Guaro García y Anterito, la bodeguita de la playa, no me fían el funche desde hacen días"... (Y Teodora está en esto, en lo que le rinde la cabeza, cuando siente que alguien le tapa el sol, y ella sabe quién es desde que le vio los pies grandes con las mataduras, y después para arriba, los brazos largos, hasta las rodillas, y luego los huecos del guarda-camisa, por donde le está mirando el ombligo de Ernesto, que es una cicatriz redonda y arrugada).

- ¿Recogiste mucha grama?...

Teodora no le dice nada, sino que le pasa la brazada, y Ernesto se la lleva, y Teodora continúa covando la arena... "Si ahora Ernesto se pone a moler y me muele un saco, ya mañana me voy a Juan Griego y a La Guardia, y para la noche vendo eso y me alcanza para el papelón y la harina y las vituallas, que desde hacen días me falta el plátano y el ocumo y la auyama... ¡si ni siquiera tengo el poco de pimienta que le hace falta a una!... Y las compraré en Juan Griego mismo, porque en Pampatar no me fían nada hasta que me ponga ras con ras"... (Y Teodora termina de recoger otra brazada y regresa a la enramada, y ahí mismo está Ernesto, aforzado, moliendo sal y Teodora deja su grama junto a la otra y mira hacia la salina, que está sola, llena de los charcos de salmuera y de lodo, y dice, mirando hacia La Caranta, que es por donde llegan los camiones):

– ¿Vendrá el camión hoy?...

Ernesto está, "táquiti-taqui", moliendo la sal, y no dice nada, sino que mira por donde tiene los ojos su mujer, y descubre lo mismo, que no viene. Y luego, mientras está moliendo, Ernesto barre con la mirada el cielo, y lo ve limpio, sin siquiera un celaje, y piensa que lo que les conviene no es que llegue el camión sino que llueva, para que haya más sal para todos, ¡aunque se pierdan los montones!... Y entonces levanta la vista de la sal que va entrando a la máquina por la boca del embudo, y dice, como si hubiese inventado algo:

– ¡Teodora!...

Teodora está buscando en el cajón de la comida.

– ¿No me oye?...

– Sí, te oí...

La brisa está bis-biseando a través de los palos y las ramas.

– ¿Qué deseas tú?... ¿que venga el camión y se lleve los sacos de sal o que llueva y se aniegue la salina?

Ernesto para, espectacularmente, la máquina y se queda esperando; pero Teodora no se precipita, sino que le vuelve a calcular sus dos lados: lo que le darían los veinte bolívares que les toca por la sal y lo mucho que se podría recoger después de que se aniegue la salina...

– ¿Qué deseas tú, mujer?

Teodora no está desocupada, sino que le está trabajando la cabeza, y hasta más ligero que la máquina de Ernesto, porque piensa que, también, ¡para qué más sal, si la que tienen no se vende! Y ya cuando Ernesto arranca con la manilla, perdida la esperanza de una decisión de Teodora, ella salta:

– ¡Yo deseo que venga el camión!...

– ¿Y por qué?

– Así, esos reales están seguros, y después Dios nos ayudará, que algún día tiene que llover...

Ernesto ha regresado al "tíquiti-taqui" de la máquina, y allá tiene a Teodora al lado, ayudándolo, empujando silenciosamente la sal gruesa dentro del embudo, y no se oye más que al mar y a la brisa ("esa es la radio de uno") y unas cotúas que pasan "¡cuá-cuá!" por encima de la enramada solitaria y encendida sobre la restinga de la Boca de Nigua, que está cargando sol burreado, porque ya son como las once, y es otra vez Teodora la que arranca con aquello:

– Yo me quedo con el camión...

– ¡Ajá!

– Ahora, dime tú...

– ¡Yo lo que quiero es que llueva mucho, y que se aniegue la salina hasta el rastro del yerbazal!...

Y Ernesto para otra vez la máquina, y se le queda mirando, como un desafío.

– ¿Con eso comemos?...

– No, ahora no (y Ernesto arranca de nuevo con la máquina) ¡pero así nos desafamos de esta sal que no quiere nadie!...

– Sí...

– Y aluego, cuando la gente se haya comido la que le queda, y necesite otra, porque ¡naide puede comer sin sal! (y Ernesto pide con un gesto del brazo la aprobación de esta verdad).

– Sí (aprueba Teodora).

– ...Pues aquí está, en la salina, y nos dará más comida...

(Lo que no dice Ernesto es que ya tiene ganas de escaparse de esta tristeza de tener los pies quemándose en la salmuera).

Teodora se queda viendo para la sal gruesa que está empujando por el embudo con sus viejos dedos agrietados. (No dice que lo que ella quiere es salir del fiado que deben).

Hasta en la restinga solitaria hay secretos entre dos que se quieren.

– ¿Y no es mejor (dice Teodora) que llegue el camión y más tarde llueva?

– ¡Ji-ji!...

Ernesto ríe así, de un hueco entre dos dientes:

– ¡Tú lo quieres todo, Teodora!...

Teodora se va a prender la candela y a asar el pedazo de la tarachana escalada que les queda, y Ernesto se queda dándole, "taquiti-taqui", al manubrio de la máquina de moler sal, y pensando ("¡alguien tiene que tener la culpa!") que si a estas alturas del verano no han podido vender aquel poco de sal que les queda, eso no es culpa de nadie, sino del gobierno, que los está celando para cobrar el impuesto... ¡si... ¡Virgen del Valle!... hasta a los burros querían ponerles guía!... Y cuando Ernesto termina de moler la sal que tenía en el embudo de la máquina, se sientan los dos viejos sobre el palo de ceiba y se reparten el resto del pescado, porque el pobre come cuando consigue, si a las diez, las diez, si a las cuatro, las cuatro... Conforme con lo que Dios disponga...

– Funche no hay...

Teodora mira al hombre, y le dice:

– ¿Y no sabe que funche no hay?

Ernesto, callado.

– ...¿Y que no hay quien nos fíe la harina?...

Ernesto, callado, metiendo tarachana asada en la boca con los chorizos grandes de los dedos, y cuando terminan de comer se meten silenciosamente dentro de la enramada y se recuestan los dos viejos sobre unos sacos, para descansar, y así, arrullados por el silbido parejo de la brisa por entre las paredes de la "quinta" pasa un rato lar...go y hue...co y sono...ro, y Ernesto sigue pensando que ya es hora de que llueva y de que se aniegue la salina, y que entonces habrá que esperar cuatro o cinco meses ("¡cuidado con más!") para que se seque, pero sale de esta angustia de estar con los pies reventados, con las manos enllagadas, pasando hambre, pegado a estos veinte bolívares de sal... Durante ese tiempo del cuajo, que es como esperar a que madure una cosecha, él puede sacar guacuco y chipichipe en la orilla, como otros años, y salir con su botecito a pescar pargo y carite y corocoro y guatacara con cordel ("y ahí sale Teodora, despacio, sin hacer ruido, creyendo que estoy dormido") y también puede ir a los trenes con Maximino, o vigilar la playa para ver cuándo atraca el pescado, y también, y en esto le puede ayudar Teodora, puede buscar leña por esos cerros para sacar los dos o tres bolívares diarios que hacen falta a uno para sostener la vida, esperando que cuaje otra vez, la sal... ("¡Ya la



salina quiere blanquear!"... "¡Ya está cuajando!"... "¿Y cuándo váis?!... ¡vamos mañana, pa' probar!")...

Y cuando Ernesto se para (alto, flaco, cabello blanco, largo y revuelto) ya son más de las dos, porque el sol está bajando en la dirección del cerro Los Cuicas, que es el que da hacia el norte de Pampatar, y se pone el sombrero, y ve que Teodora ya está siguiendo los rastros de la grama en la restinga, y él mira a las nubes, que hay algunas por los lados de Trinidad, y husmea el viento, y se dice ("¡tronco de esperanza, compay!") que si cambia el viento puede llover todavía...

Teodora ha reunido ya otra brazada de grama, y baja a la enramada, y sin muchas palabras están ya los dos camino de la botica de Pampatar, a probar suerte, cada uno con su bulto, ella, Teodora, sobre la cabeza, y él, Ernesto, abrazándolo en la dirección de la pierna, y ese camino es como de tres kilómetros, y aunque no hablan, calculan que con esos tres bolívares Teodora podrá pagar mañana la camioneta para Juan Griego, y con el resto pueden llegar hasta una bodega que queda hacia Porlamar y conseguir su poquito de harina para el funche de esta noche... Pero ("¡Virgen del Valle, y no me coge ni una brazada?!") en la botica no necesitan más grama, ¡más bien les sobra aún de una que les trajo Martín, el vigía!... Y ahí regresan los dos viejos, paso a paso, los tres kilómetros, por la calle principal de Pampatar, que es la que lleva hacia La Caranta, y luego por el muro y por la planicie, que por ahí se llega a la sal, y luego, cuando, rodeando toda la salina por el cascajo que pisan los camiones, (porque los pies de Teodora son delgados y no aguantan más sal), llegan a la "quinta", ya el sol está cayendo por los cerros, y entonces se sientan los dos viejos sobre el palo, y en todo el viaje ni ahora se han dicho nada, y Teodora, que tiene mejor temple para los apuros, guarda la grama en un cajón, porque mañana se puede vender eso en Porlamar o en Juan Griego ("eso se seca, Teodora, bóvalo") y cuando llega el anochecer, que es como el amanecer, pero al revés, Ernesto saca un frasquito de dentro de la enramada y se pone a untar sus mataduras de los pies con mercurio ("para que forme cuero duro, como carapacho"), y, con aquella ofrenda de sus pies grandes y venosos al cielo, mira otra vez arriba, y no ve nada, y en la salina está resbalando una luz blanca que se va apagando, apagando, comiéndose poco a poco los palos de las bombas y los tambores y los tabureques...

– Ernesto, ¿escuchaste la radio?... (Teodora recordó de pronto).

– ¿Qué radio?

– En la botica.

No, Ernesto no había oído más que lo que dijo el doctor, que no...

– Pues allá dijo que iba a llover...

– ...Pero eso será en Caracas... ¿Qué saben ellos de La Boca?...

– Será...

Y sigue oscureciendo más y más, primero el cerro de Punta Gorda, que es el que está a contraluz, y luego también el cerro de Los Cuicas, y el del Burro, y la Cabeza de la Ballena, que es la última en apagarse, con una quinta sola que hay en la punta, cerca de la cueva del Bufón, y luego se va apagando también (como un filamento largo y tendido entre el mar y la salina, como un cordel) la fila de la restinga, y el mar, aunque el mar guarda más la luz, porque por ese lado no hay cerros y lo que hay son unas islas Los Testigos que no se ven...

Así se va apagando el mundo de Ernesto y de Teodora, que ya está agotada con las carreras y con el no comer ("estamos malucos, Ernesto; todos los pobres estamos descontrolados")... Pero ahí sale la luna, tan llena y tan blanca de luz que es una fantasía, y la salina es un enorme piso de plata, y Ernesto siente por encima de la voz del mar y la brisa que Teodora se está acomodando en la cama de las ramas de tabaco pescador y los sacos, y se preocupa ("¿tiene la cobija?") porque el frío llega a media noche, que es cuando pega duro, y Teodora lo siente, y piensa que ya se estará durmiendo, la pobre, porque ni contesta... ("¿no te vienes a acostar, Ernesto?") Y no, no se ha dormido, pero seguro que no demora en llegarle el sueño, que ella con sólo recostarse tiene, y entonces se levanta Ernesto, y camina hacia la playa, antes de que Martín llegue para la salina ("¡ese hombre les madruga a todos!") por si ha varado un palo o ha atracado un pez, y mientras camina sigue mirando al cielo, y le parece (no sabe si es verdad o es mentira de fantasía) que por el noroeste hay unas atmósferas que pintan agua, y sin embargo la brisa no ha cambiado de rumbo, y él sabe que hasta que sople sureste no hay virazón, que es un golpe de agua a plomo que dura más de tres horas, que es lo que necesitan, porque si no, si lo que se pone es boratería, eso es un chubasco que se desbarata en un momento y no aniega la salina... Pero en la playa no hay nada, y regresa para la enramada, y la salina se ve como un piso blanco, como una sola torta de sal ("¡ahí es donde está el engaño!") y Ernesto se sienta sobre el palo otra vez y mira al cielo ("vente a acostar, viejo") y espera y espera ("Ernesto, ven a acostarte"... "Pero vieja, duérmase")... y espera y espera, y no ocurre nada, y ya Ernesto siente que Teodora está al otro lado del sueño, y entonces le pesan, sólo con imaginarse a Teodora dormida, le pesan los pies como dos barcos y le pesa la espalda, mu...cho, como si hubiese cargado aquel sol él solito durante todo el día, y es que está muy... cansado, y todavía gira la cabeza por todo ese cielo, y lo que ve son estrellas y ninguna esperanza, y entra dentro de la enramada y se acuesta cerca de Teodora...

Y se duerme.

Lo que le despierta es un redoble parejo, gordo, de agua, y la voz de Teodora, que dice: "¡llueve, Ernesto, está lloviendo!"... Y ya le están cayendo unas gotas sobre los pies, y él y Teodora se repliegan un poco contra la espalda de la "quinta", que es la que tiene la parte más protegida del techo, y allá están los dos ("¡mi madre, está lloviendo!") sentados, con las piernas juntas, viendo, y sintiendo, llover como hacía muchos, muchos meses, que no llovía, y entonces es otra vez Teodora, la más generosa de los dos, la que dice: "¡Dios y la Virgen, Ernesto... te escuchó primero!" Y como Ernesto no le contesta, ella insiste y le tienta una mano en la oscuridad: "Que sea la voluntad de Dios"... Y todavía nada, y sigue lloviendo duro, y ya, con el redoble de las gotas sobre el laterío del techo, ni se oye al mar ni a la brisa, y fuera, en la salina, ya cae agua sobre agua, ya chapotea sobre el charco, y Ernesto piensa, con una dulcedumbre inefable, que siente en el corazón, que ya el agua habrá comenzado a esponjar la sal en los resolladeros, y Teodora, que ha conseguido que Ernesto le coja por fin la mano en la suya, que es como una pala grande, dice: "ganaste, Ernesto, llegó primero el agua"... Pero Ernesto callado, y a Teodora le parece, por el resuello, que está dormido otra vez, y ella dice para adentro, para no despertarlo, que es bueno que descanse, y que ojalá que ya que ha empezado la

lluvia, dure bastante ("¡será de Dios!") y así se olvidan de la salecita y se van a buscar otra cosa hasta que cuaje la sal ("es que ésta es una gran cosa para la pobrecía") y entonces...

Pero Teodora también (con la cabeza recostada sobre el hombro de Ernesto), está dormida... Y sin embargo, a pesar de que no hay nadie que mire caer el agua, sigue lloviendo sobre el mar, sobre los cerros, sobre la restinga, sobre la salina ("¡glu-glu!") por todo, fuera de la "quinta" y hasta dentro ("plis-plas"), en torno a las piernas recogidas de los dos viejos, para que la esperanza siga latiendo, terca, como la sangre, en el corazón del hombre.

## Del barro

### El turno

El dispensario estaba lleno.

A la puerta, una puerta estrecha pintada de marrón con unos feos vidrios granizados de colores, le estaba saliendo una cola corta de gente. Lo que salía fuera del dispensario, como una cola humana echada al sol tibio de las ocho de la mañana, eran una mujer hombruna vestida de saco y en estado ya adelantado de preñez, una viejita limpia que no hacía más que mirarse una mancha que le había salido en un pecho, y un hombre joven que tenía el pie enyesado.

Lo demás, dentro, eso estaba lleno de gente.

– ¿Usted cree que nos alcance a ver el doctor esta mañana? –preguntó la viejita con la mano latiéndole debajo del vestido, tentándose el pecho.

– Yo creo... –contestó la mujer, y se cuadró en la puerta para contar la gente.

El hombre, sentado sobre la acera y con el blanco-sucio de su yeso tendido al sol, gruñó algo.

Y al rato llegó otra mujer.

Ni el hombre (que estaba rascándose debajo del yeso con un alambre), ni la viejita, ni la mujer, que estaba apoyando su doble humanidad contra el quicio de la puerta, pudieron verla bien.

Es que llegó como un ventarrón y se coló en el dispensario así, como si fuese de puro aire.

– ¡Y eso!... –llegó a decir la mujer del paltó gris después de la sorpresa.

Y luego miró a la viejita, buscando un testigo de aquel descaro.

– Debe estar muy apurada –dijo resignadamente la anciana, arrimándose al muro.

Pero ya la mujer, una morena pequeña y flaca que cargaba un bojotico blanco en el brazo, estaba dentro.

Dentro era una habitación no muy grande, recién encalada, con gente de todos los colores y de todos los tamaños, sentada en derredor. Es todo lo que a la luz de aquella mirada desvariada que giró como el reverbero de un faro debió observar la mujer, y luego vio también que aquel corro cuadrado se rompía en una puerta, y que por este hueco se llegaba a una enfermera sentada en una mesita pintada de blanco, porque aquí se detuvieron aquellos ojos.

Así, parada en el centro de la sala, con aquel cerco de miradas en acecho, la mujer vio cómo la enfermera atendía a un hombre viejo que estaba subiéndose una pierna del pantalón para enseñarle algo que tenía en la pantorrilla, y entonces se contuvo, visiblemente, porque se mordió un labio, y luego buscó, con aquella su mirada de brincos cortos y huídos, si había un hueco donde sentarse; pero como no descubriese en esta nueva fulgurante inspección sino los mismos bultos apretujados y los mismos ojos

hostiles de antes, la mujer se quedó allá mismo, con su paquetico blanco al brazo, viendo para el cuarto de la enfermera.

Se había hecho para entonces, y como por la magia de aquella extraña y agitada presencia de mujer, un silencio impaciente, lleno de preguntas.

– Mira –se le dirigió, por fin, una embarazada de sweter rojo que estaba de las primeras– escucha...

La mujer se volteó y le vio la cara, y luego le dio hostilmente la espalda; después se quedó mirando a un almanaque guindado en el muro, sobre unas cabezas.

– Esa –dijo entonces la gorda discretamente a su vecina de asiento– ¿como que ya tuvo el muchachito?...

Todo el mundo escuchó la pregunta, y aquel silencio del dispensario, oloroso a alcohol y a permanganato, quedó desde entonces enredado en el bojotico blanco que cargaba la mujer; mientras ella, con las mejillas afiladas, con aquel su cuello veteado de unas inverosímiles transparencias amarillas y azules, miraba desde los carbones encendidos en el fondo oscuro de sus cuencas al hombre sonreído que fumaba indiferentemente en el almanaque.

– Debe ser –le contestó la otra– ¡pero si ella misma no sabía cuándo le tocaba!...

Y luego, después de un silencio insoportable, añadió:

– Es que se la ve así... como loca, ¿verdad?

Y los ojos de todo el mundo despertaron entonces a la posibilidad de tener a una loca cerca.

Pero ni así, ni con estos fustazos de las miradas en pleno rostro, se movió la mujer del bojotico blanco al brazo.

Fue cuando el viejo de la pierna mala se movió para el fondo de la enfermería cuando la mujer aprovechó este encandilamiento y se plantó en una carrera frente a la mesita.

Hubo entonces un murmullo, y todo el mundo se quedó viendo al joven de la camisa blanca, a quien correspondía el turno. Estaba de pie, mudo, mirando a la mujer. Ella enseñaba el bultico a la enfermera sin despegarlo de sí misma, como si fuese parte de su mismo cuerpo.

– ¡Qué hubo!... –reventó por fin el joven, abriendo los brazos a la consideración de todos– ¡que una se cuele así!...

Y la mujer del saco, que estaba en la puerta de entrada, también disparó algo desde lejos.

Pero todos los ojos y todos los oídos estaban tan pendientes de lo que ocurría en la enfermería que aquello no prosperó y pudieron ver cómo la enfermera se levantaba bruscamente de su asiento, hacía que la mujer se sentase allá mismo, en su propia silla, y le decía:

– ¡Criatura!

Solo entonces dejó el joven de refunfuñar, y se sentó.

La enfermera miró con mucho cuidado dentro del paquetico blanco y se llevó, a pesar suyo, una mano a la boca, y luego buscó apresuradamente en una gaveta, sacó una ficha y desapareció dentro de la enfermería.

La mujer se quedó viendo un ratico en aquella dirección, que debía ser donde estaba el médico, y después se enfrentó, desde su imponente posición detrás de la mesita blanca, a toda la sala, apuntándola con aquella su mirada estrábica y dolorida.

Alguien la debió llamar, porque se levantó de pronto y desapareció detrás del biombo blanco.

Nadie durante un buen rato dijo una palabra; ni siquiera se oyó una tos; todos estaban pendientes de aquel rumor apagado, lleno de pequeñas interjecciones, que llegaba de dentro.

Primero apareció la enfermera y comenzó a escribir sobre la mesita blanca; luego llegó la mujer, arreglando cuidadosamente el bojotico, y se sentó en una silla que se la ofreció alguien desde dentro. La enfermera sacó un libro del cajón, lo abrió, y preguntó a la mujer:

– Entonces, ¿qué nombre le quiere poner a la niña?

La sala de espera era un solo oído grande y atento, y todos, hasta las dos que esperaban turno fuera de la sala, pudieron oír cómo decía la mujer, resignadamente:

– Pero pa'qué le quieren poner nombre, si no va a durá...

Luego, como la enfermera parecía dispuesta a esperar, añadió:

– Ah, pues yo no sé...

– ¿Le gustaría Marisa?...

La mujercita se estiró nerviosamente aquel percal descolorido y arrugado de su vestido y miró dentro del bojotico y se alzó de hombros.

La enfermera esperó un rato, y después insistió pacientemente:

– ...¿O le gustaría más Gladys?...

La mujer repitió con aire ausente:

– ...Gladis... Marisa...

– Marisa es un nombre muy bonito –se atrevió alguien de la sala.

Pero la mujer no hacía sino mirar obstinadamente a su bojotico y hablarse a sí misma, repitiendo los nombres.

– ¿Le ponemos Marisa, entonces?... –dijo la enfermera.

– ¡Ah! –y a la mujer le brotó algo así como una risa.

Luego miró a la sala con dureza otra vez, y regresó a la enfermera, y dijo ásperamente:

– Bueno..., sí, hombre, ... Marisa está bien...

Mientras la enfermera escribía en el libro hubo en la sala un murmullo de aprobación.

– La otra semana que vino a la visita dijo que era pa'dentro de un mes –habló la gorda del sweter rojo festivamente, como si con sólo mencionar un nombre se hubiese esparcido en la sala un aire de bautizo– y ahí está ella, con muchachito y todo...

Las miradas de la sala saltaron todas hacia la gorda.

– Y parecía que venía varón –dijo su vecina– porque tenía la barriga muy puyúa...

– ¡Ah! –terció entonces la hombruna de la puerta– eso de las formas de la barriga como que no tiene nada que ver, porque...

– A ver si se le mejora, entonces... –dijo la enfermera ayudándole a pararse.

Y allá, en aquella mujercita abrazada al paquete blanco, se había reunido la atención de la sala otra vez.

Todos vieron cómo se levantaba, cómo apretaba el bulto contra su pecho y salía. Y ya se había puesto en el centro de la sala en dos brincos, porque todos sus gestos eran bruscos y hostiles, cuando tropezó con la gorda del sweter rojo, quien le dijo, con cierta agresividad curiosa, pero con simpatía:

– Entonces, ¿ya tuviste la muchachita?...

La mujer se detiene un momento, protege celosamente lo suyo con aquellos sus dos brazos de hueso, y dice mirándola derechamente a los ojos:

– ¡Y no lo estás viendo, pues!...

Pero la mujer no enseña la criatura, sino que la aprieta más fuerte contra su pecho, y luego embiste contra el grupo, porque lo que le rodea es ya todo el mundo de la salita, y ya consigue apartar a la gorda con un golpe de hombro cuando ésta le alcanza el bojotico con un zarpazo de la mano y lo descubre.

Lo que queda a la vista de todos los que respiran en la sala del dispensario es una cabecita amoratada y deforme.

– ¡No me la toquen!... –grita la madre.

Y gira, acosada, sobre sí misma, buscando una salida, y le saltan los ojos centelleantes, y enseña los dientes, y aprieta más contra su pecho a la criatura.

Pero de pronto hay algo, como una sensación de impotencia, que le hace detenerse en aquel tremendo vuelco de la huida, y se toma un pequeño descanso, y comienza a recorrer de nuevo, pero más despacio, aquel cerco de ojos; y entonces, en lugar de dispararse otra vez hacia la puerta o de soltarse a golpear la gente, las facciones de la mujer se distienden, y se le apaga un poco aquel incendio de los ojos, y abre, lentamente, su bojotico, y sin una lágrima, sin un gesto duro, lo enseña en derredor, como si ya aquello que hasta entonces era celosamente de ella sola se hubiese convertido en algo que es de todos. Y entonces la mujer se lleva lentamente la mano al pecho y suelta el imperdible con que tiene enganchados los dos bordes del escote redondo, que parece desgarrado de un tirón, mete la mano dentro de su seno y saca a la vista de todos los ojos que le rodean un pecho desinflado y azuloso, como si estuviese recién exprimido o hubiese estado ya seco desde el comienzo de la creación, y entonces fuerza el pezón dentro de la boca cerrada de la criatura, que no se mueve, y luego recorre en círculo los ojos del mundo que le rodea, y dice, sin ninguna congoja, con solo una ausencia fría:

– Ya ven, no me coge el pecho... no come...

Después, tira bruscamente su pecho dentro de sus ropas, como si fuese una fruta que está mala, y dice con la voz blanca y exhausta, mientras cierra el imperdible, avanzando un poco hacia la puerta, pero sin prisa de llegar a ninguna parte:

– ...Se pasó toda la noche llorando... Yo se lo doy, no lo crean... –y la mujer levanta los ojos al grupo... – pero es que no lo quiere...

Y se detiene, y queda esperando una respuesta, acaso hasta algún reproche...

Pero nadie en todo el grupo se atreve a hablar.

Y ella, como no le reclaman, como no la abuchean, ni siquiera le reprochan con la mirada, añade:

– ... Y ya ven, ya ni llora...

Y así, despacio, hablando casi con dulzura, la mujer llega hasta la puerta; y cuando ya asoma fuera del dispensario mira a los lados, cubre la carita de la niña otra vez, aprieta el bojotico blanco entre sus dos brazos de hueso y arranca a correr, calle arriba, en la dirección del cerro.

Dentro de la sala de espera del dispensario todo regresa a lo que era antes, que es lo que ha sido siempre, al barro de donde venimos, esperando el turno.

En la cola humana que no cabe dentro ya sólo quedan dos: la anciana que se palpa una mancha que le ha salido en el pecho y el hombre joven que se está rascando la pierna dentro del yeso con un alambre. La hombruna que viste de saco ya tiene por fin su asiento. Y la viejita le dice desde la puerta, muy ajena a cualquier otra preocupación que no sea su pecho enfermo:

– ¿Usted cree que nos alcance a ver el doctor esta mañana?



## **Del asfalto**

### **Los hierros de Guanoco**

Luis Elviro García, el dueño del botiquín, nació en una curiara.

A su madre le cogió la novedad en un punto que llaman Morichalito; porque su viejo, que iba navegando a canaleta hacia Punta Evaristo, no tuvo tiempo de llegar a nada mejor.

Después, Luis Elviro se crió aquí, en Guanoco. A los cuarenta años, y con nueve hijos que le dio Mercedes, su mujer legítima, había llegado a ser propietario de una bodega que nombraban "La luz de Guanoco" y de dos curiaras con las que salía de pesquería hasta la Barra de Maturín.

Tenía que salir a pescar, porque aquel negocito de pulpería no daba, con rockola y todo, para llenarle la boca a nadie.

Es que Guanoco es un punto muerto.

Los días aquí, en este rincón del caño, se alargan tanto que parece que se mueren de calor y de cansancio, y si uno espera que llegue la noche para refrescar el cuerpo y para reposar la cabeza de los desvaríos, pues está esperando en balde, porque las noches de Guanoco son tan negras y pegajosas como el mismo asfalto, y cuando callan los bichos, comienzan entonces los galpones arruinados y las máquinas trancadas por la herrumbre y los desvencijados vagones del ferrocarril arrumbados entre el monte a llenar con sus misteriosos chirridos de hierro muerto el sofocante silencio del pueblo.

Pero no se imaginen que Guanoco ha sido siempre así.

Cuando se vino "la Compañía", hace cuarenta años, todo el Caño San Juan y todo este Caño Guanoco se cansaron de cargar sobre sus lomos de agua turbia aquel estrepitoso y abigarrado mundo de gentes que venían con la ilusión de "la mina". Y si venían los hombres desde tan lejos que hasta hablaban lenguas diferentes, ¿cómo no se iban a vaciar Cicaina, que queda ahí mismo, hacia la costa de esa cordillera de cerros, y Puerto Ajíes, y Maremare, y Yaguayabrito, y Morocoto, y Los Conotos, y Guariquén, y El Pilar, y Jurupú (que es el Jurupú de los guaraos) y Guaritoto y todas esas poblaciones que están sólo a unas horas de camino?

Entonces, que era cuando llegaron el trinitario Pitá, que está loco de ese sol que le está sorbiendo el seso de la cabeza como si fuese el agua de un coco; que fue cuando llegó Jesús Martínez, que se está quedando en el hueso de esperar a los clientes en la soledad impresionante de aquella gigantesca estantería vacía del Commissary, y que fue también cuando se vino León Guevara caminando solo desde Guariquén y ahora ya son treinta y nueve; entonces, digo, ese lago de asfalto que llamaron La Felicidad tenía la magia de lo que después comenzó a ser el Distrito Bolívar del Zulia, o lo que fue California en un tiempo, o lo que debe ser en estos días un yacimiento de uranio en cualquier parte del mundo donde lleguen hombres con la máquina de soñar trabajándoles en la cabeza.

Cuando después los hombres se desbandaron con el fracaso, los Guevara y los Martínez, que de donde venían era del corazón mismo de aquella selva de jobos, de acurrutús, de jabillos y de bucares, o algunos que, como el trinitario, llegaron de lejos a sembrar su alma, se quedaron; como esos soldados que se dejan matar en las posiciones. Ellos fueron los que aguantaron, sin moverse, los escombros de aquel cielo que se fue desplomando poco a poco sobre sus espaldas y sobre las cabezas de sus hijos.

Entonces, con la basura de aquellos restos, comenzaron a sacudir a los niños las fiebres del "bugui-bugui" y de "la pulmonía que mata", o a morirse simplemente de mengua; y así fueron enterrándolos como a animalitos a los pies de los cauchos, los ceniceros y los mulatos de aquel cerro que ahora se ve cubierto de pequeñas cruces de palo.

Por eso, por fidelidad al sueño de sembrarle a Venezuela un pueblo, queda todavía aquí tanta gente que parece que ha perdido el juicio. Y gracias a estos locos conserva Guanoco la memoria, y los puntos los mencionan todavía por el "Stock room", "El tanque de brea líquida", "La planta de hielo" y la Avenida Gómez, unos fantasmas de muertos, de hierros viejos y de chimeneas que asoman entre los árboles y entre aquel monte espeso y caliente por donde se deslizan traidoramente los mapanares y las cuaimapiñas que se bañan en las turbias aguas del caño.

A Guanoco se le ha ido metiendo la selva (con ese sigilo implacable y brutal de las raíces) por entre las calles, por entre las construcciones y las máquinas, por dentro de las casas, estrangulándole la vida hasta dejarle el cuerpo en lo que es ese charco negro de asfalto, ese estiércol del diablo donde no crece una hierba.

A este cementerio caliente donde se oye gemir débilmente a los hierros cuando les abrazan las raíces, donde ya no queda una sola rueda que gire, llegan de vez en cuando algunas cartas con nombres de otros tiempos; y aquí se les acaba la vida, porque ¿a dónde van a preguntar en el pueblo por esos muertos?

Luis Elviro García estaba descansando su barriga sobre el mostrador de tablas, observando cómo se encendía la brea con las últimas luces de la tarde (que duran lo que un fogonazo, porque las noches en Guanoco caen como si se desprendiese del cielo un plomo) cuando el hueco de la puerta se le llenó con las sombras de dos hombres.

Uno de ellos sacó un bolívar y lo puso a bailar sobre las toscas tablas del mostrador.

– Dos frescos de menta –dijo– y me das el vuelto en lochas. Luego se sentó sobre una gavera vacía.

El otro se había quedado viendo la lista de canciones de la rockola, como quien entiende los signos.

Luis Elviro García se perdió detrás del mostrador, y prendió la planta.

Al rato estalló el grito metálico de un rock-and-roll que corrió arañando los seres y las cosas muertas que habitan todavía aquella selva espesa de los entrecaños.

Cuando la garganta de acero se calló, ya estaban congregados los hombres y los niños tristes de siempre, y todos se vieron las caras sin ganas, adivinándose los hastíos y las malicias.

Hasta que, con el silencio, el botiquín fue perdiendo otra vez aquellos ojos.

– Mira, García –dijo el que había gastado el bolívar– mete una locha tuya ahí, vale...

Luis Elviro le oyó de mala gana; pero, con la cara amarrada y todo, abrió la gaveta, buscó en una cajita de cartón, y fue a colocar la moneda en la rockola.

– ¿Qué pongo? –dijo mirando a los dos hombres, que era lo que quedaba.

– Marca el seis...

Luis Elviro contó para él solo: "uno, dos"...

Y arrancó una canción mexicana.

"Además de prestarles la rockola y de pagar la planta eléctrica, todavía tengo que poner yo la moneda", dijo.

Pero nadie más que él mismo se oyó decir el desahogo. Después, regresó su barriga donde tenía costumbre, cerca del peso, y siguió pellizcándose la grasienta cara llena de huecos de viruela, sacándose los barros.

Y como todo se acaba, pues también se acabó el disco.

A los dos hombres les sorprendió el silencio sentados, uno sobre el cajón, el otro sobre el mismo piso de tierra.

– ¿Y cómo les fue hoy? –preguntó Luis Elviro, que no era mucho preguntar.

El que estaba sentado sobre el cajón se levantó, llegó hasta la puerta, se apoyó en el dintel con sus dos manos, y mirando hacia el depósito de asfalto dijo con una voz que parecía que era para alguien que estaba fuera:

– Vendimos un poco de ocumo y de yuca en Caripito...

– ¿Ustedes se quieren venir a pescar mañana? –preguntó Luis Elviro con cierta cautela en la voz.

Los dos hombres se miraron.

Luis Elviro se esforzaba en ver a los dos, apuntando a cada uno con un ojo.

– ¿Irámos dónde? –dijo el que estaba sentado en el suelo.

– A la vía de Garantón, frente a Irapa. Ustedes se irían en la curiara pequeña; ya la grande la tengo completa.

– ¿Habrá lebranche ahora?

– Es buen tiempo para lebranche, y para cazón –contestó el pulpero.

Estuvieron luego un rato callados.

El mismo hombre, que ya se había acercado al mostrador, preguntó en un tono amistoso:

– ¿Para cuántos días?...

– Quince, dieciocho, según esté la suerte...

El que estaba sentado sobre el cajón no se había movido siquiera, pero soltó aquel tiro al aire:

– ¿Podrías fiarnos una botella de ron?...

Luis Elviro se les quedó viendo, y no cogió la botella, pero les dijo:

– ¿Me prometen estar aquí a las cuatro?

Como los dos hombres no dijeron que no, y se habían quedado mirando el estante, Luis Elviro agarró una de las tres botellas que quedaban, cubiertas de polvo, la sopló y la limpió de dos manotones, le desenroscó el tapón, y primero se sirvió a pico él mismo.

– ¿Me lo brindan? –preguntó después.

– Claro...

Los dos hombres se echaron cada uno un trago; y se fueron, con la botella.

Luis Elviro García se quedó otra vez solo, en el único punto de luz de toda la selva de Guanoco.

A la rockola le brillaban tanto las latas que parecía que le habían prendido unas velas.

Al rato llegó un hombre.

– Hola, José... –le dijo Luis Elviro.

José era un indio guarao que se había quedado en Guanoco arrimado a una hija de Hermenegildo, el que fabrica las curiaras.

Era pequeño; tenía unos ojos muy vivos (que brincaban de un punto de atención a otro) y tenía el pelo lacio y largo; vestía franela de un blanco gastado, y un pantalón kaki que le tapaba los pies descalzos.

El indio se sentó sobre el cajón.

– Entonces salimos mañana, a las cuatro –le dijo Luis Elviro.

– ¿Conseguiste los hombres?

– Sí...

El indio se quedó esperando.

– Los dos hermanos Rodríguez –dijo Luis Elviro, por fin, quitándose con el hombro peludo las gotas de sudor que le bajaban por la barba.

Después, se quedaron los dos callados, cada uno a lo suyo. Hacía un calor espeso; como el que se siente en los trapiches cuando están hirviendo el guarapo, o como si alguien aquí estuviese calentando un caldero con asfalto.

– Bueno –dijo por fin el indio, levantándose– entonces me voy a acostar.

– Espera, José –le dijo el pulpero– tómame un fresco.

Y sacó una botella del interior de la desportillada y sucia nevera de kerosén; la destapó, y le puso un papelito del de envolver encima del pico.

José le restregó circularmente el papelito en el morro de la botella, como si se lo estuviese atornillando; luego, botó el papel al suelo y tomó un trago lento, mientras le veía la sudorosa cara picada al bodeguero.

– Anda, suéltalo... –le dijo Luis Elviro, sonriendo.

– Tú sabes igual que yo.

– No importa, quiero oírtelo... Te brindé el fresco por eso.

El indio le enseñó unos dientes muy blancos, y bajó los ojos.

– ¿De qué partido eres tú? –le preguntó el bodeguero.

– Yo no soy de ningún partido.

– ¿Tú eres amigo de los Rodríguez? –insistió.

– Tampoco son enemigos míos...

El indio terminó de beber su fresco, dejó la botella encima del mostrador, y dijo, mientras salía del negocio:

– Bueno, adiós.

– Mira, José –lo llamo el bodeguero.

Pero ya el indio había brincado el pedazo de luz que rebosaba de la puerta, y había desaparecido en la oscuridad. Caminó, milagrosamente, sobre unas carcomidas vigas de

hierro que hacían de puente sobre el depósito de asfalto, que era un embalse natural, y tomó la Avenida Gómez, una destartada callejuela llena de basuras que hace tiempo que murió entre la hilera de casitas arruinadas de zinc y tablas de cuando vivía el General (pero tan muertas y malditas como él) y las agresivas avanzadas de la selva que están estrangulando el pueblo con las implacables zarpas de sus raíces.

Iba rápidamente, viendo con las puntas de los dedos, por lo que antes era la estación del tren y ahora es un enorme jaulón de hierro con aquellos pingajos de zinc colgados del techo, que de noche asoman como fantasmas de entre los árboles, y por la vía de los esqueletos de hierro de los vagones y aquel depósito de agua para las máquinas de vapor que yace destripado en el suelo.

José estaba acostumbrado a caminar sin pegarse los pies en los charcos de brea, y a correr de noche sobre los podridos durmientes y sobre los rieles, con la luz de la luna cargada sobre sus espaldas, indiferente a estos fantasmas mitad árbol, mitad hierro y mitad culebra que asoman en Guanoco por todas partes. Guiaba sus pies tan sin querer en lo oscuro, que hasta con aquella preocupación de Luis Elviro encaramada a la cabeza podía seguir sus leves huellas de aire.

Luis Elviro García era un comerciante muy hábil, pensaba José, y muy "vagamundo" también, porque esto se lo tenía reconocido todo el pueblo; tanto que hasta quería sacarle plata a la política.

Cuando estaba el General montado a caballo sobre el pueblo, picándole despiadadamente las espuelas hasta sangrarlo, Luis Elviro estuvo exhibiendo un enorme retrato suyo en colores en todo lo que era la pared principal del botiquín, y consiguió influencias que todo el mundo aprendió a respetar, porque era tanto como temer a las comisiones.

Luego, cuando llegó el 23 de enero, Luis Elviro García descolgó tranquilamente al General.

Fue tan así, que cuando comenzaron a llegar los retratos en colores de los nuevos candidatos, Luis Elviro se las compuso para conseguir los tres, y los guardó enrolladitos debajo del mostrador.

Así, con estas cartas escondidas en la bocamanga, el jugador que llevaba el bodeguero dentro esperó hasta que supo que había llegado el momento de arriesgarse a una sola suerte. Y como las estrellas de las largas noches que pasó enchinchorrado en el patio le soplaron aquel nombre, pues un día amaneció la pulpería con un enorme retrato del Contralmirante.

Pero a pesar de las oraciones, el Contralmirante perdió.

Entonces mismo, al día siguiente de los resultados, Luis Elvíro García arrió apuradamente su bandera, y se puso a celar las caras con un susto que no le cabía en aquel peludo corpachón del bodeguero; pero, lo que son las cosas, aquella renuncia cayó bien a la gente. A Luis Elviro García también le salvó la unidad.

Dos semanas después, cuando llegó el cura para la misa mensual, y ya nadie se acordaba otra vez de las politiquerías de Luis Elviro, a algún diablo se le ocurrió dedicar el oficio a la intención del nuevo presidente.

Ya estaban reunidos en el galpón de la estación, esperando que el cura subiese al altar, que era un paño extendido sobre la plancha podrida de una mesa de torno, cuando

apareció Luis Elviro con su gastado traje azul de los bautizos ceñido a la barriga, como un corsé.

Alguien dijo:

– ¡Miren quién viene ahí!...

La cincuentena de personas volteó la cara.

– "¡El sinvergüenza!"

– "¡El vagamundo!"...

– "¡Déjenlo venir –dijo una mujer– que esto es una misa!"...

El cura, que se estaba poniendo las ropas, se quedó viendo a Luis Elviro, sin comprender los gestos ni las palabras. Luis Elviro recibió aquel rumor que le salió al camino como algo que le tenía que llegar, y se fue acercando humildemente, viéndose los zapatos, que los traía, por cierto, recién lustrados.

Fueron dos hombres jóvenes, los hermanos Rodríguez, los que se adelantaron a los demás, y los que lo empujaron, y los que le hicieron retroceder de medio lado y los que después le pusieron a correr hacia las vigas de hierro tendidas sobre el depósito. La gente, que hasta entonces se había contentado con animar de lejos a los dos hombres, comenzó a correr detrás de Luis Elviro, que ya no podía respirar del susto y del cansancio.

Lo arrinconaron contra el depósito; el bodeguero parecía un váquiro cercado por perros. Pero no fue un perro, sino un muchachito, el que le agarró de la ropa y le reventó los primeros dos botones.

Cuando Luis Elviro consiguió pasar por encima del puente, estaba en los mismos calzoncillos.

Si no es por el cura, que llegó con las ropas flotándole como banderas –y eso lo recuerda ahora el indio José, mientras va cerro arriba, como si lo estuviese presenciando– a Luis Elviro le hubiesen tirado de cabeza dentro del asfalto.

"Esa es cosa suya –se decía ahora el indio, con la luz de la luna ya borrada de sus espaldas, porque se estaba nublando el cielo– pero yo salgo antes a falta de dos hombres que embarcar a dos enemigos"...

Cuando el indio José llegó a la puerta de su ranchito, de donde se dominaba el caño, todo lo que quedaba del pueblo y parte de las espesas selvas que apretaban aquellos cauces de agua lenta, dijo a su mujer, que estaba, pegada a una luz de kerosén, cosiendo un remiendo:

– Ya viene la lluvia por Jurupujú...

Cuando José se paró del chinchorro, en la madrugada, ya tenía los pies mojados.

No despertó a su mujer, pero le tentó el cuerpo, para ver si llovía también cerca del muro; y comprobó que por ese lado el techo estaba entero.

Asomó a la puerta; escuchó caer la lluvia sobre el zinc y sobre la selva y sobre el caño, con la extraña sensación de estar oyendo el tropel impresionante de la candela (hinchando y reventando los tallos, quebrando las espaldas a los palos, explotando las semillas) a través de las selvas de Jurupujú.

El indio prendió un fuego sobre la piedra de la cocina; cogió agua del chorro que bajaba del zinc; hirvió el café, y lo sorbió, parado en la puerta, muy lentamente.

Luego se caló su sombrero de cogollo hasta casi la quijada, y se sumergió en el aguacero, empapándose como un bizcocho.

En el abismo infinito y negro de aquel cielo gordo, preñado de agua, se quebraban de vez en cuando unos largos palos de fuego, que primero encendían el cielo, y luego, cuando se apagaba el resplandor, enseñaba las raíces, y al rato, como a unos diez pasos del indio en aquellos chorros de agua que le corrían por entre los dedos de los pies, como peces, estallaban los redobles impresionantes de los truenos, que le traían al indio unas cosas del otro mundo.

"La tormenta bajará pronto por el caño", se dijo con temor.

Con su franela y sus pantalones hinchados de agua, con su cabello pegado a la frente y a las orejas debajo del sombrero, que chorreaba como una gárgola, José iba sintiendo las esquinas de los huesos en toda la superficie de su friolento pellejo de guarao. Los pies, esas segundas manos del indio, se adherían fuertemente al piso resbaloso del sendero, y brincaban las raíces, mientras orillaba peligrosamente las babosas pendientes que van a caer verticalmente sobre la vieja estación del tren. Cuando José alcanzó la Avenida Gómez, sus pies se cuidaron mucho de los hierros que desentierra el agua, como cuchillos.

Alguien que pudo alzar la voz sobre la tormenta dijo:

– ¿Vas a salir con García?...

El indio se detuvo delante de la casucha.

Era Auristelo, un zuliano enfermo del pecho que no tenía con qué abandonar el caño.

– Sí –y por decir algo le dijo: –¿Tú te vienes con nosotros?

– No, vale; yo ya estoy viejo para eso... No, es que me está lloviendo en la casa...

– Bueno...

– Bueno.

El indio, consciente de la proximidad de los hombres, de las mujeres y de los niños desvelados debajo de aquellos techos de zinc y de paja podrida, iba observando con susto las extrañas figuras que hacían los hierros retorcidos y los pedazos de chimenea cuando se encendían brevemente con los relámpagos entre el monte y entre los árboles.

Cuando el indio llegó corriendo al estrecho camino de las viguetas, tuvo cuidado de no tropezar con un tornillo que asomaba peligrosamente en el reborde, y que nadie había cortado en veinte años porque aquel caminito no era de ninguno en particular sino de todos.

Luis Elviro tenía ya reunidos a los hombres en la bodega, y les estaba brindando el café. Allá estaban los dos hermanos Rodríguez, acuclillados contra el muro, con la rueda del cogollo cubriéndole las rodillas.

Y cuando Luis Elviro dio la señal, los dos hombres se movieron, perezosamente, con los demás.

El agua del Caño Guanoco estaba terminando de subir con la marea por el estrecho canal que subía al caney donde Luis Elviro García guardaba las curiaras, que ya estaban cargadas con los filetes de guaralillo de cien brazas comprados en Cumaná y con las provisiones, que para eso el bodeguero era un hombre muy organizado.

Primero sacaron la curiara grande, donde iban las redes; los diez hombres rodearon silenciosamente con sus brazos el redondo y macizo cuerpo de jabillo de la canoa, y fueron deslizándose trabajosamente la embarcación hasta la misma boca, tropezando los pies con los mangles, las yaguas y los burrumiches que crecen entre el barro gredoso de la orilla.

Allá dejaron a un hombre; los demás subieron, respirando trabajosamente el aguacero, a buscar la segunda curiara.

Cuando también la curiara pequeña estuvo en la boca, cuando las dos embarcaciones estuvieron listas para partir sobre las aguas del Caño Guanoco, Luis Elviro distribuyó su gente. El indio José observó cómo los Rodríguez embarcaban en la segunda curiara, que era más pequeña, y cómo luego el mayor de ellos, que era conocido como muy buen patrón, prendía el "Jonson 35" y empuñaba la barra.

José montó en la curiara grande, donde el propio Luis Elviro agarró el timón. La lluvia azotaba furiosamente el Caño Guanoco (que ya hacía unas horas que estaba moviéndose con el invierno) y todo lo que iba montado sobre sus espaldas de agua espesa y estirada: las dos canoas y los diez hombres doblados sobre sus rodillas rumbo a la Barra de Maturín.

Los truenos retumbaban cada vez más cerca, y los rayos encendían las sinuosas aguas del caño como si fuese el lomo interminable de una gigantesca culebra que se deslizase entre aquella tupida selva que los hombres sabían que estaba llena de animales en acecho, y donde ningún ser humano había osado meterse nunca.

Luis Elviro entregó el timón a José, buscándose las manos en la oscuridad, y mientras se cubría la cabeza con una tela encerada que sacó de un cajón cuidadosamente, para que no se le llenase de agua, dijo gritando:

– ¡¿Quieres amarrarte este pedazo de coleta al pescuezo?!...

José, que en aquel momento estaba observando la oscura mole de la curiara pequeña que les seguía a unos treinta metros, le dijo que sí, y después, cuando la barra pasó a manos de Luis Elviro otra vez, José se amarró la coleta al pescuezo, y quedó observando detrás, donde se oían algunas voces por sobre el fragor de la lluvia y de los motores.

– ¡¿Qué estás viendo ahí?! –le preguntó Luis Elviro.

– ¡No, nada!... ¡El caño está arrastrando mucho palo grande!...

La curiara tropezaba a menudo con los palos que arrastraba la creciente. Cuando se les descubría con los relámpagos se les sentía más cerca y más amenazantes.

– ¡Donde hay que tener el ojo pelao con esta tormenta es en el San Juan!... –gritó Luis Elviro.

– ¡Sí! –contestó José– ¡por los tanqueros!...

Y cuando miró caño arriba, descubrió que allá, detrás de la selva donde nacía el caño y por donde vinieron también los truenos, comenzaba ahora a amanecer.

Los hombres reaccionaron contra el frío y contra el oscuro temor supersticioso que despierta la tormenta, señalando los enormes troncos que bajaban traidoramente sumergidos en aquellas aguas hinchadas y poderosas del caño.

Así, con el mismo ritmo de lluvia incesante y tenaz con que salieron de Guanoco, desembocaron las dos curiaras en el San Juan, que tiene un cauce más ancho y más



profundo. Por él bajan los tanqueros que cargan en los muelles de Caripito el petróleo de los pozos de Oriente.

José fue el primero en divisar uno, que venía bajando a toda máquina. Y se lo dijo a Luis Elviro, bebiéndose la lluvia. El bodeguero dio la voz atrás, a la curiara pequeña, que los seguía a unos treinta metros; aunque los hermanos Rodríguez debían haber visto ya el barco también, porque lo tenían más cerca.

Luis Elviro apuró a los hombres que estaban achicando el agua de la curiara, porque ya les llegaba más arriba del tobillo.

José se esforzó en ver a través de aquel mar que se vaciaba sobre el caño entre dos luces; observó cómo avanzaba la enorme mole del tanquero, y se dio cuenta también de que la curiara pequeña venía ahora avanzando a pleno motor, con la intención de alcanzarlos.

El indio advirtió del peligro a Luis Elviro:

– ¡¡Se nos está echando encima!!...

Luis Elviro no pensó en el tanquero, porque le dijo:

– ¡¡No nos han visto... pégalos un grito!!...

El grito del indio: "¡¡Eeeeeehhhhh!!... abrió un hueco entre aquel fragor de lluvia. Y hasta sonó como si hubiese caído en alguna parte.

Los dos hombres que estaban achicando el agua de la curiara y el que iba en proa, cuidándose de los troncos, se quedaron pendientes del resultado. José observaba con temor la maciza marcha del tanquero, que se les venía encima por el centro del caño; pero a la vez le preocupaba la curiara pequeña clavada atrás, tratando ahora de rebasarles por la derecha...

El indio malició que podía ser una maniobra para obligarlos luego contra el tanquero.

Fue cuando Luis Elviro, que comprendió el temor del indio, les gritó asustado:

– "¡¡¡Péguense a la orilla!!!..."

José observó con sorpresa y con alivio que la curiara de los Rodríguez viraba noblemente a la derecha, aún a riesgo de incrustarse entre los mil pies traidores de mangle y merecillo que asoman entre el barro gredoso de la ribera.

Luis Elviro, que estaba pendiente de la maniobra de la curiara, descuidó la suya; y cuando tuvo que girar él la barra con aquella brusquedad del apuro, se le quedó el timón pegado. José vio cómo el bodeguero se agarraba nerviosamente del hierro con aquellas sus dos manos grandes y gordas. Y vio el miedo que se le pintaba en su cara llena de huecos, que la tenía envuelta en la tela encerada que se puso al comenzar el viaje (porque de todo esto tuvo tiempo el indio José de darse cuenta en aquel pequeño instante que precedió al accidente) y de cómo la curiara se iba quedando ligeramente inclinada hacia babor, metiéndose precisamente en la línea del tanquero, que venía con aquel inmenso cuchillo de su proa cortando el agua por el eje mismo del caño.

José vio cuándo sus tres compañeros se lanzaban al agua.

Entonces sonó la sirena del tanquero, un grito ronco y largo que espantó a las aves acurrucadas en sus nidos de la orilla, empujándolas contra las aguas de aquel diluvio. Y entre aquel bosque de aletazos y aquella gritería de los pájaros, se oyeron voces en el

tanquero, y ruidos de cadenas y un girar forzado de hélices; pero ya era tarde, y el indio gritó a Luis Elviro, y se tiró, lo más estirado y largo que pudo.

Vio brevemente, mientras nadaba, cómo el bodeguero, con los ojos grandes y ansiosos puestos en los filetes de Cumaná y en las provisiones, se esforzaba por rectificar el rumbo con un canaleta, y cómo conseguía salir audazmente de la línea del barco, que ya tenía la enorme mole de su nariz de hierro sobre su espalda, y cómo la curiara corría luego en un equilibrio prodigioso sobre la primera ola que venía levantando en las aguas espesas del caño.

Pero de pronto, la curiara viró; la ola le cogió aparatosamente de costado, hizo una pirueta alta y lenta, y trambucó; con la facilidad con que se vuelca una piragüita.

Todos, desde la orilla, como los Rodríguez, o nadando, como José, o desde el tanquero, esperaron ansiosamente que Luis Elviro saliese nadando cerca.

Así, en esta espera, sin más voz que la del batir estrepitoso y mojado de la lluvia sobre el caño, pasó un segundo, y pasaron después, lentamente, diez segundos...

A la curiara, que se iba orillando desgarradamente, con su pequeña hélice mirando al cielo preñado de agua que estaba alumbrando aquel amanecer, sólo le salieron a flote los corchos de los filetes.

El caño continuaba bajando estirada y poderosamente hacia el mar, lleno de los huesos de palo y de los escombros de paja que arrastraba la creciente, indiferente a la agonía de Luis Elviro en alguna parte de su formidable cuerpo de agua.

El tanquero se detuvo donde pudo, detrás de una curva del caño, y retrocedió, con riesgo de quedar varado. Los marineros soltaron las lanchas, y atendieron a los hombres de Luis Elviro, que ya estaban buceando en el agua espesa de tierra del Caño San Juan.

El indio José fue testigo de como los hermanos Rodríguez bucearon hasta agotar sus fuerzas por conseguir el cuerpo gordo y peludo del bodeguero.

Cuando después, al cabo de largas horas, el cielo terminó de escurrir el agua, cuando el sol limpió el techo del caño con aquel azul y aquel oro reverberante que abrasaba el pellejo, y cuando terminaron de perder la esperanza, una lancha del tanquero se acercó hasta la curiara, y José, que iba dentro, se puso a observar el timón, para ver si alguien pudo tenderle a Luis Elviro aquella trampa. Los hermanos Rodríguez, que le vieron la malicia desde lejos, sentados en la curiara pequeña, con el cuerpo exhausto y el alma livianita, como le queda a uno el ánimo cuando no le sobra nada que le pese en la conciencia, se le quedaron viendo sin molestarse.

José, el indio guarao arrimado a la hija de Hermenegildo, que fue testigo de cómo murió Luis Elviro, sin que nadie le empujase, en el trambucón de una curiara, descubrió de pronto que él, con sus malicias, pudo haber precipitado al bodeguero para siempre a aquel mismo lecho de jabillo y de agua crecida en que lo habían parido hace cuarenta años.

## De la madera

### La carga de cedro muerto

La ranchería amaneció sumergida en la espesa niebla del bosque y llena del humo agrio que hace la leña verde recién prendida.

Hacía más de un mes que habían dejado de caer las últimas lluvias del invierno, y sin embargo toda esta montaña de Payara y Culpa y Mayita, el mundo verde donde no llegan sino los leñadores que suben por El Baúl, estaba rezumando agua turbia por los caños como si hubiese llovido la víspera, y el aire aterido y húmedo de la montaña había empujado a los choferes a pegarse al fogón mientras esperaban su turno.

A lo largo de la reluciente culebra de estaño que era la pica recién abierta había hasta veintitrés camiones roleros pegados el uno al otro rabiosamente, algunos casi sentados sobre sus cajas, conformándose a las quebraduras del camino.

La mayoría de los choferes se contentaban con vigilar sus camiones desde aquel cerco del fogón. Sin embargo, algunos, más impacientes, seguían obstinadamente pegados al volante, al acecho de la menor sacudida de esta enorme culebra mecánica que avanzaba a la medida desesperadamente lenta en que el güincherero y su ayudante iban cargando uno a uno los formidables cuerpos de las rolas sobre las plataformas de los camiones.

Habría, inmersos en aquella humarada picante del fogón acabado de encender, zahumándose, unos veinte hombres.

Encachuchados, con las barbas sucias, con las mugrientas toallas enroscadas al cuello, los choferes esperaban sentados sobre piedras o recostados contra los horcones, hablando de hembras y de árboles.

Había, además, metidos en el fogón, dos mujeres (una colando el café, que los choferes alcanzaban a olerlo por ráfagas en medio de aquel asfixiante olor a palo quemado, y la otra cortando unos grandes pedazos de carne) y el "chacotero", un hombre oscuro y triste que parecía caminar dormido, pilando mecánicamente, con golpes acolchados y lentos, el maíz para las arepas.

Cuando una de las mujeres comenzó a repartir el café hirviente en las laticas de "diablito", los hombres se quedaron callados un rato. Luego, con el contacto caliente de las latas, fue naciendo un desigual y ruidoso rosario de sorbetones, y saltó, con el silencio, el contrapunto de algunas distantes palabras de los que estaban cargando el camión del "Chivúo" en el terraplén.

Cristóbal Yepes, que era un hombre grande y peludo, se tomó primero su café, dejó la latica sobre un tirante de cedro, y, acercándose al fogón, dijo, alegremente:

– Dame mi carne, María, que me tengo que ir...

Después, salió con los demás a ver bajar el camión. Había, desde el terraplén de carga hasta donde arrancaba la pica, una bajada pendiente y babosa donde la semana

pasada se había volcado un camión con todo y sus doce toneladas de apamate, y donde los choferes se santiguaban supersticiosamente antes de bajar.

El camión descendía lenta-lentamente, aguantándose, con las piernas delanteras de sus poderosos cauchos rodando y escurriéndose al mismo tiempo sobre la baba del piso con aquella enorme carga muerta de cedro encima.

Hasta que pisó, por fin, el suelo firme del camino rolero sin novedad, con sólo los doloridos gritos de las ballestas.

Los choferes rompieron la angustiada tensión del grupo gritando al "Chivúo" algunas groserías. Luego, Cristóbal Yepes quedó viendo cómo arrancaba el primer camión de la fila, que era un F-9, como el suyo, y cómo tomaba el camino del terraplén de carga. Y se fijó en su camión rojo, que quedaba en primer lugar. Algún impaciente hizo sonar dos cornetazos. Pero Cristóbal se dijo que primero tenía que comer. Fue luego, al ir a reclamar su carne, cuando observó al "Gallo" escurriéndose por la parte trasera de la ranchería, caminando con aquellas sus anchas y largas zancadas de campesino, hasta subir a la cabina del camión verde que estaba estacionado detrás del suyo.

"Ese, como que me está buscando el genio". Lo pensó, pero no le dijo nada; se fue cerca del fogón, recogió un viejo plato de peltre lleno con la carne, la yuca y las dos arepas, y se sentó sobre una piedra. Desde allí podría ver al "Gallo". Y lo vio, echado de bruces sobre el volante de su camión, esperando.

Y así llega, agazapado y quieto, el tiempo en que el "Gallo" prende su camión y empieza a maniobrar.

– ¡¡Mira, vale!! –le grita Cristóbal Yepes con la voz ronca y cargada, pero sin moverse... –¡¡qué hubo!!

Todos los hombres de la ranchería y los camiones se han colgado de esta voz, tensa como un cable de güinche cuando está cargado, y ven, y oyen, cómo avanza el camión verde del "Gallo" hasta el terraplén.

Se produce luego, cuando se apaga el ruido del motor, una espera hueca y honda, como un vacío; y, por fin, se oyen las pisadas de Cristóbal Yepes, que baja; y cuando llega a un metro del "Gallo", y cuando todo el mundo espera que lo coja de un brazo, o le dé un puño, entonces, ni le habla siquiera, sino que se dirige al güincherero, y le dice, sin altanería, y hasta sin rencor, pero rotundamente:

– ¡Mira, Ramón!, –y la voz retruena en todo el bosque– tú sabes que mi camión está primero, y que yo respeto los turnos siempre. Yo no tengo ganas de pelear. Sólo que regreso ahorita mismo a mi camión y te lo traigo para que me lo cargues. Si todavía está este otro aquí, estorbándome, le tiro mi camión encima!.,, ¡Avisao!...

Y Cristóbal Yepes regresa sus pasos, que se oyen sonoros y rodados en todo aquel mundo, sigilosamente callado, de árboles.

El "Gallo" no dice palabra; se queda recostado contra el guardafangos verde de su camión, como viéndole la marca a un caucho.

Los demás han seguido con los oídos y con los ojos el regreso de Cristóbal Yepes a la cabeza de la culebra de camiones, y observan cómo prende su F-8, cómo arranca despacio, cómo avanza después sobre el barro, lentamente, hacia el cargadero, y como,

cuando ya está llegando al terraplén, el "Gallo" monta de un salto en su camión y maniobra bruscamente para dejarle sitio.

A Cristóbal Yepes le sobra tiempo para tirarle el camión encima; pero se aguanta, y espera que su rival se haga a un lado.

Luego, todo regresa a lo que era; y Cristóbal Yepes se ocupa de cargar su camión, haciendo que no ve al "Gallo", pero viéndolo, en verdad más con el corazón que con los ojos, abrazado al volante de su camión, comiéndose (y Cristóbal Yepes lo siente en un hormigueo del estómago) aquella humillación en una agonía larga de una hora sin moverse, dedicado a observar, a espiar, mejor, todo el cuidadoso movimiento del ayudante del güincherero cuando pega los ganchos, y a sentir el lento chirriar que hace la grúa cuando hala las enormes rolas, con sus cables a punto de reventar por el esfuerzo, para depositarlas despaciosamente sobre la crujiente plataforma del camión según las instrucciones del mismo Cristóbal Yepes, quien sabe que las doce toneladas que pesan las seis rolas de cinco metros tienen que ir perfectamente cargadas si quiere llegar él entero al aserradero de Puerto Cabello.

Cuando, por fin, el F-8 de Cristóbal Yepes comienza la bajada peligrosa hasta la pica de rolas, el "Gallo" es el único que no presta atención a la maniobra, porque arranca bruscamente su camión para adelantarlo hasta el cargadero.

Y dice, con una voz rota que no oye nadie:

– ¡Rápido, vale, que me tengo que ir!...

Cristóbal Yepes saluda a los hombres que le observan desde la ranchería, y emprende el viaje, aguantando, rodando lentamente aquella enorme carga de rolas que se le puede voltear en un desnivel, o deslizarse sobre la cabina, como un alud, por cualquier brusquedad.

Un camión que viene llegando tiene que maniobrar peligrosamente en el borde de la quebrada para darle paso.

Entre los camiones de sacar madera se respeta un código severo: los que van vacíos ceden siempre el paso a los que van cargados.

Y les desean suerte.

Aunque siempre hay algún atravesado, como el "Gallo".

Cristóbal Yepes va pensando en él, y en el peso de las rolas, y en el motor del camión, y en lo peligrosa que es aquella pica para sacar madera, mientras rodea con sus brazos peludos, tensos como cables, la enorme rueda del volante.

"Como si estuviera abrazando las caderas de una mujer", piensa, y se ríe solo.

Y en eso se queda pensando después Cristóbal Yepes, mientras avanza lenta y pacientemente sobre la pica, sintiendo cada hueco, cada piedra, en la Consuelo. En sus caderas, que son altas y redondas, y en aquellos ojos en los que uno no consigue el fondo nunca.

Es verdad que ella tuvo unos amores con el "Gallo"...

"¡Pero ese pendejo es un cohete quemao!"

Cristóbal Yepes se entretiene viendo pasar lentamente los palos de caoba, de cedro, de apamate, de samán, de saquisaqui, de mijao, de mora, como si los conociese a todos. Y piensa que cada vez que pasa un camión es como si estos árboles que todavía siguen vivos estuviesen asistiendo a su entierro. Cristóbal, torpe y todo, lo siente así por dentro.

El no sabe si los palos se pueden poner tristes al ver pasar a sus muertos, pero se le ocurre pensar que es verdad que nacen y mueren igual que los cristianos...

Así, lentamente, como un cortejo fúnebre, va pasando el fragoroso desfile de las rolas por todo aquel enorme bosque sobrecogido. Y arriba, el azul lejano del cielo se va yendo despaciosamente, como si de veras se moviese el ritmo del camión, por encima de las ramazones altas del bosque.

... "Igual que los cristianos", se dice Cristóbal Yepes, abrazado tensamente a la rueda del volante, sintiendo nerviosamente cada desnivel de la pica, cada contracción dolorosa de las ballestas en los huecos, como si todo el camión formase parte vital de su humanidad poderosa...

... "El camión es un amigo noble", se habla mientras conduce lentamente aquel entierro de árboles, "por eso es que uno lo quiere también. Cuando el güincheró va depositando las rolas a pulso de cable sobre la plataforma del camión, uno está atento a que le distribuyan bien la carga; como si se la estuviesen poniendo al burro de uno, o aún más, como si le estuviesen acomodando un peso grande sobre las espaldas a un cristiano. Y así, como le trata el chofer, responde el camión; de amigo a amigo; de enemigo a enemigo. Porque es verdad que el que maltrata a su camión lo paga... Aunque también es cierto que a veces (siempre hay algún amor desleal) por querer tanto al camión y por cuidarlo se le termina a uno el aire de este mundo. Como hace poco a un chofer de nombre Colina, a quien en lo que fue a meterle la cuña le saltó la rola fuera del camión, y lo cazó"...

"Lo espaturró. Lo dejó pegado al suelo como una calcomanía"...

Y Cristóbal Yepes siente que se le arruga el corazón.

Cuando el camión deja, por fin, el camino rolero, y pisa el asfalto muelle de la carretera, el potro bravo que era su camión se amansa milagrosamente, y ahora es un caballo dócil, más poderoso, y Cristóbal lo rueda lentamente en aquel calor nuevo, como un vaho, con el asiento empapado de sudor, unos dos kilómetros, hasta llegar a un enorme cedro que sombrea un terraplén. Lo estaciona, y se apea él, gesticulando aparatosamente, para desentumecerse, y saca luego, de un pequeño escaparate pegado a la barriga recta y horizontal del camión, un garrafón, y bebe un trago largo de agua; después, levanta el asiento de hule, y de un saco de sisal grueso extrae trabajosamente un chinchorro, y lo cuelga, atando un cabo del mecate en una amarradura de la carga de cedro muerto, y el otro al cuerpo del árbol vivo, y se encarama, y se acomoda, desplegando poco a poco el trenzado del chinchorro con los pies, y luego se desenrolla la toalla del cuello y se cubre con ella la cara, contra los mosquitos y la luz.

Cristóbal Yepes, con las dos manazas debajo del cogote, los ojos cerrados, se pone a sentir aquel temblor de todo su cuerpo en que se va yendo la tensión de horas aguantando con los brazos y la espalda y las piernas, rosca y rosca por esa pica abajo desde Payara, las doce toneladas de cedro; y siente cabalmente, minuciosamente, cómo se van aflojando y desmadejando sus hombros y sus piernas y sus brazos, y cómo toda su humanidad se va quedando sobre el trenzado de la fibra de moriche en simple peso muerto.

Como si fuese un desplome.

Sólo un rincón de la cabeza se le queda sin sueño, velando aquel cuerpo.

Y se dice allá adentro que es mejor descansar ahora, que está apretando el calor, y arrancar al atardecer, y viajar durante la noche, con el piso de la carretera ya fresco, respirando la brisa. Así también descansan sus cauchos, y respira mejor el motor, que también, aunque muchos no lo crean, necesita aire. Y así ("confiésalo, Cristóbal") también llegará a Turén Viejo de diez a once de la noche, y se acostará un rato con la Consuelo.

Cristóbal Yepes calcula que el "Gallo" pasará con su F-6 Verde dentro de una hora, y lo verá dormido. Entonces hasta se dirá que es una oportunidad para adelantársele hasta Turén Viejo y levantarle la mujer...

Pero él le da ese chance al "Gallo".

"¡Pruébalo, pendejo!"...

Cristóbal Yepes lleva ya un mes, desde que comenzó la saca de la madera, sin tocar más cama que la de esos ratos con la Consuelo, durmiendo en pura hamaquita, y ya esto se ha hecho pura costumbre. El sol está proyectando la sombra de cedro casi a plomo cuando al chinchorro se le termina de ir el leve desvelo de la peluda cabeza de Cristóbal Yepes.

Con estar la cabeza de Cristóbal Yépes dormida y todo, el sol continúa alumbrando la tierra y alimentando de luz los árboles vivos del bosque.

Cuando se le espabila aquel cuerpo otra vez, que es como si le hubiesen dado cuerda a un muñeco grande, ya el sol está terminando de trazar redondamente su día para Cristóbal Yepes y se está escondiendo detrás de las montañas.

Cristóbal se sienta, y luego se para, lentamente; descuelga el chinchorro, y lo guarda debajo del asiento. Se vacía luego un agua del garrafón sobre la cabeza, para espabilarse, y se lava la boca y escupe un buche. Después enrolla otra vez la sucia toalla de color de azulillo en derredor del cuello, palpa los cauchos, como quien tienta las ancas de un caballo, y prende el motor.

Luego, al cabo de un rato, prende las luces.

Y arranca.

Allí va Cristóbal Yépes, rosca y rosca, despertándose poco a poco con la brisa. Pensando en nada; sólo con la sensación vaga de que está regresándole el cuerpo a lo que es sentirse uno mismo.

Y ya lleva rodando como una hora, y no ha visto un solo carro, y ya está oscuro del todo, cuando descubre al final de la potente luz de sus faros un camión estacionado en la recta. Y, más con el corazón que con los ojos, porque él ve así muy a menudo, descubre que es el camión verde del "Gallo".

"¡Ah, cará!... ¡Se jodió el hombre!... ¡Se le iría un caucho!"...

Y a Cristóbal Yépes le sube por el espinazo un calambre voluptuoso.

Como si estuviese acabando de abrazar las anchas caderas de la Consuelo.

"¡Por mí se puede pudrir en la carretera, el zipote ese!"...

Y se ríe solo, abrazado gozosamente al volante.

Cristóbal Yepes viene descubriendo poco a poco con los ojos, al paso de su calmada y despaciosa marcha de camión cargado con doce toneladas, la figura del "Gallo" en el centro del reguero de luz; y observa cómo, de pronto, se retira a la orilla.

"¡Ese coño ya sabe que soy yo!"... ¡Escóndase ahora, carajo!"...

Y el cuerpo de Cristóbal Yepes está ya despierto del todo, y alerta, con todos sus resortes montados. Hasta el motor parece estar poderosamente consciente de la victoria: "Ron-ron-ron"...

La recta de macadam se va alargando constantemente, hasta donde alcanza la luz de los faros, como si al final de aquel precipicio negro que está al otro lado de la luz alguien fuese desenrollando una ancha cinta de asfalto para que el camión siga avanzando poderosamente, rosca y rosca, con las doce toneladas que pesan los formidables cuerpos de cedro muerto.

Lo que está inmóvil y se va acercando poco a poco es el camión accidentado, que ya no hay dudas de que es del "Gallo", con su carga de cuatro rolas.

Y se va a quedar varado aquí toda la noche, porque es difícil que baje nadie de la montaña a estas horas, a menos que se haya quedado a dormir, como Cristóbal Yepes, hasta tan tarde.

"¡Pero te quedas, pendejo!"

Y ya el F-8 está llegando a la altura del camión...

"No es un caucho... -y Cristóbal Yepes descubre la capota levantada-. Debe ser la correa del ventilador, como la otra vez. Cada camión tiene su debilidad... ¡Se jodió el "Gallo!"...

Y está el camionero a punto de gritarle una grosería, y hasta abre la boca; pero Cristóbal Yepes se calla la palabra. Ahora irá él solo de un solo tiro hasta Turén Viejo, que está como a dos horas...

Y el camión inicia poderosamente la subida. Lentamente, con esa paciencia pesada y sostenida de los camiones cargados con rolas.

Y le llega, aunque parezca mentira, la hora de la cumbre. De la Bomba de Cuesta Colorada. Y entonces, cuando termina de subir y ya tiene la luz cerca, piensa que le vendría bien un poco de agua a su camión.

Y se promete no demorarse más que un minuto. Estaciona con cuidado, de forma que las rolas queden fuera de la carretera; baja del camión, y le pone la lata de agua al radiador él mismo; mira y tienta sus cauchos, y se mete en el negocito. Y saluda, y pide el café.

Hay en el local, que es tienda de repuestos y sirven de comer y hasta ropa, dos camioneros más.

- ¿Vas para Turén Viejo? -le pregunta el más joven.

Ellos van en dirección opuesta, con una carga de plátanos. Y hablan de los fletes, de la vía, del precio de los camiones; bueno, de todo eso que los camioneros conversan siempre cuando se encuentran en la carretera.

"Estos hombres podrían llevarle el repuesto al "Gallo" -se dice Cristóbal Yepes mientras conversa- ¡Pero se va a joder!"

Y Cristóbal Yepes paga el café, se despide de los hombres y monta en el camión.

Y lo prende.



Y está así un rato, con el motor prendido...

"Pero si este camión está ya caliente", responde Cristóbal a alguien que es él mismo.

Luego, cuando parece que ya va a arrancar, abre bruscamente la puerta, y desciende de un salto. Y asoma a la puerta del botiquín, y dice, sin meter dentro del negocio más que su peluda cabezota:

– Mira, "Flaco", el "Gallo" está accidentado en la bajada... es la correa del ventilador.

Y se va.

Bueno, se escapa.

Luego, huído como va, sube al camión, y arranca; bruscamente.

E inicia la bajada, aguantando, lentamente, al ritmo calmudo del camión.

Mientras va avanzando, rosca y rosca, hacia Turén Viejo, con su camión respondiéndole "como un clavel", Cristóbal Yepes se dice mil veces que "eso" no quita para que uno siga siendo un hombre.

Pero no se lo va a decir a nadie; ¡porque se le van a reír!

Y eso, el pensar que se le pueden reír los amigos, le remuerde la conciencia. El "Flaco" habrá conseguido el repuesto fiado en la bomba y se lo habrá llevado; y acaso ahora mismo estarán ayudándolo.

Y a él, a Cristóbal Yepes, le duele la alegría que va a dar el repuesto al "Gallo".

Pero también se alegra del dolor que le dará al hombre este favor, ¡que es como si él, Cristóbal Yepes, le hubiese dado una limosna!

"¡Ah, carajo!...

Y esto, el dolor del otro, le devuelve la alegría de haber obrado bien.

Así, con la conciencia a flote, es como Cristóbal Yepes llega a Turén antes de las once.

Mete lentamente el camión en el solar; luego desciende, rodea la alabrada y empuja una puerta. Está abierta. Pero no hay nadie dentro y toca al lado, en una puerta que tiene clavada una pequeña cruz de palo. Se la abre un viejo, y le dice cautelosamente, mientras se rasca debajo del sobaco, que él no sabe, pero que la Consuelo ya se fue.

– ¿Con quién?...

– Yo no sé, vale...

Y el viejo se le queda viendo, con aquellos ojos vidriosos y ausentes.

Después, Cristóbal Yepes se mete en "El amor del camino", un botiquincito vacío donde grita una rockola, y sale, con una esperanza menos; y regresa a lo único que le espera fielmente esta noche: su camión, y los enormes cuerpos de las rolas tendidas encima, como unos muertos.

"Así llego antes", se dice, para consolarse.

Cristóbal Yepes arranca otra vez, y sale, lentamente, cruzando el pueblo.

En la orilla, pegada a la última casita, hay una mujercita flaca; quieta y descarada como un cartel.

Y Cristóbal Yepes detiene su camión, y le hace subir a su lado. Y se van juntos, al ritmo lento del camión de carga, conversando cosas pequeñas, sin malicia. Hasta que Cristóbal Yepes detiene su F-8 rojo frente a un botiquín; bajan los dos, y allí, sentados en el mostrador, se comen unas tostadas de chicharrón y queso blanco, y se toman un café.

Después, regresan los dos al camión, y parten, ya más reconfortados, hasta riéndose, indiferentes a la presencia de la carga de cedro muerto.

Cristóbal Yepes lo frena más adelante, a un lado de la carretera. Ella espera a que él cuelgue el chinchorro. Después él la carga en brazos, suavemente, y la posa dentro de la red del moriche; luego se encarama él mismo, trabajosamente.

Los dos conversan un rato, sin ruido.

Hasta que se ahogan las pequeñas voces y viajan juntos, en un tenso y vital temblor de las fibras muertas del moriche, al prodigioso mundo de la semilla del hombre.

Después, el chinchorro queda sosegado, quieto.

Así, como los puso la noche, ella cogida en un costado del moriche, él, ancho y despatarrado, ocupando toda la red, los sorprendió la madrugada.

Baja, torpemente, él primero, y deposita tiernamente a la mujer en el suelo; y luego se lavan la cara con el agua del garrafón, y se la secan y se suenan las narices con la toalla color azulillo, que él se la vuelve a poner al pescuezo, como una ropa más.

Después, él se monta en el camión, y arranca, despacio, y deja a la mujer sola en la orilla de la carretera, esperando otro camión que regrese a Turén Viejo.

Porque ella vive así, de Turén Viejo a cualquier parte, y de cualquier parte a Turén Viejo.

Y Cristóbal Yepes se dice que tiene que llegar a Puerto Cabello antes de que caliente el sol, para que no sufran los cauchos y el motor.

¡Porque a los camiones hay que tratarlos como a cristianos!...

Y también piensa, mientras va abrazando al volante, en la Consuelo, y también en el "Gallo"; y se le ocurre que al menos no ha sido con él, y que acaso se habrá ido con algún amigo, sencillamente, y que la volverá a ver de regreso, cuando, ya de vacío, pueda quedarse un rato en Turén Viejo.

Y el camión, que es un amigo noble, continúa, rosca y rosca, camino del aserradero de Puerto Cabello, indiferente a la carga de cedro muerto; insensible también a los desvelos de Cristóbal Yepes, que es lo único capaz de soñar que lleva viajando dentro.

## De la perla

### El cabo de vida

Hace ahora un año yo estaba así, botado sobre esta playa, igual que ahora, esperando un cliente, alguien que quisiera mi lancha con motor y me quisiera a mí para sacarlo a pasear por la Bahía del Morro y fuera de la Bahía, en mar movido, para ver todo lo que hay por estas playas y costas, que hacia el oeste tiene a Playa Moreno, las cruces del ciclón, de cuando naufragó la balandra el treinta y dos, y un cerrito llamado La Guarda, donde dicen que hay siete cajas de dinero, y más arriba los morritos Los Moreno, y luego el Castillo San Carlos en Pampatar, y La Caranta, donde está el fortín, y Punta Ballena con su Cueva del Bufón. Ya esto es bastante, porque más lejos ya no se debe ir con una lancha como la mía; no es recomendable. Después, se regresa por la isla del Farallón y pongo rumbo franco para el hotel. O si es para el oeste: está el lugar donde existió el fortín La Puntilla, donde hoy está el faro de Porlamar, que eso es ahora puro adorno y lucecitas de colores para bonitear, y luego están Bahía La Mar, punta Los Cocos; y si se va para Manaure, que es un sitio pesquero, se va; y luego a Punta de Mosquito, por donde entra el tubo del acueducto submarino, que es por donde le entra agua dulce a Margarita, porque llover, aquí no llueve, y están el pueblo de La Isleta y la Laguna La Marita, donde se entra por un pasillo natural entre manglares que a los turistas les gusta mucho, y luego les buceo de cabeza para conseguirles unas ostras y unas pat'e cabra, y regresamos al hotel. Esto es lo que yo enseño a los clientes que nos quieran a mi lancha y a mí. Y así estaban todos esos puntos hace un año, porque eso no cambia la vida. Y así mismos, como ahora, era entonces todo lo que se ve aquí por fuera. Ahí mismo estaba la curva de la playa del Morro, como un filo de machete que termina en tres cerritos de doble joroba, como si al final de esa línea delgada de arena se hubiesen echado, uno detrás de otro, tres camellos; y al otro brazo de esta bahía, hacia el Poniente, ahí donde termina el barrio Guaraguao, está el pequeño brazo del faro que he mentado antes, y otro más lejano y más largo, tanto que la punta se pierde en el mar; y ya después, en lo que ya es mar y cielo, viene la cabecera de Coche, y luego, para cerrar con un hilo que ya es casi cielo alto y que se ve como una tentación que se acerca cuando el mar está sosegado, como ahora, a la otra costa, lo más lejos, la Tierra Firme, que es también el rumbo que mi padrino Manuel María Salazar, que es un buzo famoso en toda la Isla y la Costa Firme y hasta más allá, en Colombia, lo menciona como La Cabecera, un rumbo de ostrales y de perlas...

Y para que todo esto sea verídico, como era hace un año, ahí viene Toribio, ese mestizo gordo, abombado por debajo de la cintura como una tinaja vieja, maneto, con sus pies grandes como botes metidos en la orilla, ensombrerado por arriba con sombrero de pelo para impresionar, buscando clientes por estas costas... ¡Carajo, y se lo lleve el diablo!...

Se lo estoy contando a usted porque usted mismo se ha puesto a escuchar; y ya por eso solo es amigo mío. Que si no, no le cuento estos desahogos a nadie que no sea yo mismo.

¡Pero ya Toribio no viene para acá ¿Se fija? Torció el rumbo... ¡El condenado! Ahora que ha visto mi lancha y me ha visto a mí, hará que sube al balneario... ¿No lo está viendo? Ahí va, como me lo decía mi cabeza, ¡para no verme la cara! No es que Toribio me haya echado una maldición, así, en el cuerpo, o en el cuerpo de mi familia, o me haya mentado la madre o me haya quitado la mujer; ni siquiera la cosa es conmigo sólo, sino que es con toda la Isla...

La cosa es que hasta hace ahora un año más o menos yo venía con mi lancha y con mi "catorce" a esta playita frente al hotel a buscar clientes, con bastante tiempo para acostarla, junto a mí, en la arena, y pasar la mañana, o la tarde, esperando a alguien que nos quisiese a mi lancha con motor y a mí para salir a pasear; no importa que sea una señorita con muslos bonitos o una señora gorda con ruedas de pellejo por la barriga, o que sea un viejo o que sea un matrimonio con muchos hijos, porque en Amador, que ese soy yo, el lanchero, nadie se entretiene en lo que no sea navegar mar adentro y ver los puntos, Pero me encontré una noche con Toribio en la playa de Guaraguao, como lo veía constante, y me dijo qué hacía yo perdiendo el tiempo con este bote (que no es bote, sino lancha, y por ahí le verá usted la intención) y no me iba a bucear, como mi padrino Manuel María y como él, que también había sido buzo cuando tenía aire en los pulmones para eso, y que Amalio Subero, que tenía una máquina de buceo, estaba buscando un hombre joven como yo, y que él después iba a entrar también en el negocio, porque ya tenía clientes fijos en Caracas, y además, como siempre encontraba gente que le comprase las perlas en los balnearios y los hoteles de Porlamar, se iba a ocupar de vender la producción.

Así fue como ingresé al grupo de la escafandra, que es el barco de la maquinaria y los aparatos para buscar perla, pero no fue como buzo, como me lo decía Toribio, no sé si con mala intención, sino como simple marino, porque cuando yo fui a ver al señor Subero habían concertado ya a Jesús Granado para ese trabajo; pero como me lo estaban poniendo en el camino, pues me embarqué. Además, por algún sitio tiene que empezar uno para empezar. ¡Menos mal que no me ofrecieron trabajar de bota-conchas! Esto lo había hecho yo cuando tenía quince años, y no iba a regresar ahora que tengo veintiséis a lo mismo que de muchacho; pero es que esto no es ni trabajo de perlas, porque el bota-conchas ni siquiera se embarca, sino que queda en tierra esperando que los rancheros, que son los que abren una a una las cargas de sacos y pacas grandes llenas de ostras para irlos ejullando con cuchillo, las vayan echando estripadas ya a las maras para yo botarlas lejos, en el conchero. Pues así, como marino, me contrataron para el bombote escafandra "Sol del Valle", donde iba también un buzo, que era el ya mentado Jesús Gutiérrez, un cabo de vida, que era Víctor Castillo, y tres marinos más, que eran Rosario Granado, Luis Avila y Horacio Vásquez; y yo mismo. Salimos una amanecida rumbo a La Cabecera, una zona cerca de Tierra Firme donde están los puntos de El Cuspe, que es un pedral, porque afuera de Yacopata todos son terrenos de perlas, toda la costa de Coche y otros muchos que se localizan por marca con la Costa Firme. Hay también otras como Cubagua, donde ya está agotado, y El Tirano, donde es lo más hondo para

bucear, que son catorce brazas, y donde pega la puntada, por lo frío, y hace llorar y se yelan las piernas, por la frialdad, porque lo que hay allá abajo, en ese abismo de agua, es piedra y ripio, un lugar muy corrientoso. Bueno, pues, digo que cogimos rumbo para La Cabecera y atracamos en un lugarcito que llaman la Isla Caribe; allá dejamos los dos rancheros que preparan el sitio donde íbamos a ranchar, y esperasen nuestra pesca de ostras, y salimos a probar suerte en los placeres. Donde nos pusimos a trabajar bien fue en una marca del cortado que llaman La Tijera, por todo el quebrajón de la Isla Caribe, con lo que llaman "frente e'vaca", por toda la cabecera del Morro.

Lo que yo hacía como marino era turnarme con los otros tres dando aire, con máquina de aire, a pulso, porque nuestra escafandra no era de candela sino de puro aire, y cuando bajaba el buzo, lo hacíamos en relevo, de dos en dos, y sin parar, porque esa máquina solo manda aire si uno le da.

Así es como empecé a aprender. Pero resultó que por casualidad tuve la suerte (eso decía yo entonces) que en uno de los viajes a la Isla Caribe a descargar la ostra, el cabo de vida se enfermó y lo tuvimos que dejar con una fiebre en tierra, con los rancheros, y el buzo Jesús Gutiérrez dijo que para un trabajo de esa confianza él prefería que fuese yo, porque le parecía más responsable que los otros. Claro que él no lo dijo así, tan clarito, porque eso podía molestar a los demás, pero él era habilidoso para componer las cosas como quería, y eso es exactamente lo que me dijo a mí antes de embarcar. Y así fue que en el apuro de ese viaje hasta el placer tuve que aprender las señas, porque el cabo de vida es el que se entiende con la vida del buzo. Las señas se hacen con lo que se llaman toques. Un toque, o sea, un halón del buzo por la guía, que es la cabuya del cabo de vida, indica que el buzo quiere subir. En cambio, dos toques indican que el buzo cayó bien de pie y que todo está en regla. Y esto es así porque hay riesgos en que uno no puede dar al mecate más de un halón... Si el buzo no recibe bastante aire, que es cuando se pone ese aire pesadote y no se puede respirar, para pedir que le manden más son tres toques, y si el aire que le llega allá abajo es demasiado, pues para pedir que le manden un poco menos son cuatro toques. Hasta aquí son los toques limpios, quiero decir que son toques sencillos, porque después los hay unos que llaman cernidos. Cuando el buzo ha terminado de llenar la jaba, que es una mara de alambre con cuatro o cinco palos parados, para darle fuerza, y quiere que la halen a pulso para arriba con la concha, uno da un toque cernido. Y después los hay, digo, los toques mixtos, que son entre toques limpios y cernidos. Por lo menos, cuando el agua allá abajo está revuelta, que se ve apenas, el buzo da un toque y un cernido, y eso quiere decir que en lugar de mandar lo que se dice la jaba libre, que el buzo se demoraría mucho en localizar y conseguirla en aquella oscuridad, se la bajen pegada a la guía del cabo de vida. Y hay también uno de dos toques y un cernido, que quiere decir: "bote encima"; eso es para que el bote, que se ha podido ir al garete, o simplemente porque el bote que está fondeado tiene esta libertad, porque generalmente se fondea con 60 ó 80 brazadas de cabuya y sólo está amarrada con 25, para que lo demás de la cabuya esté flamante, quiero decir que sobrante, para ir buscando al buzo a medida que se vaya moviendo en su trabajo arriando el cabo, sin necesidad de sacar el ancla, porque conviene que el bote esté lo más encima posible del buzo, para que trabaje más aliviado. Hay veces que el buzo tiene necesidad de un garapiño, que es un anzuelo número 4, o un 3, que es más grande,

empatado a un palo de poco más de un metro, para sacar sapo o pegárselo a un pescado que anda cerca, y entonces no tiene más que dar tres toques y un cernido, y arriba, el cabo de vida debe saber lo que el buzo quiere, y si en lugar de tres toques son cuatro, y le acompaña un cernido, yo sé que lo que quiere el buzo es la púa, que es como un arpón pequeño, porque anda rondando un pez molesto y lo quiere espantar; pero cuando el pez es muy grande, y lo que el buzo necesita en ese apuro es un arpón de verdad, no tiene más que dar cinco toques, y ahí mismo le va el arpón...

Todo eso y más cosas tuve que aprender yo en ese viaje hacia el ostral, que eran como hora y media o dos horas de viaje desde la Isla Caribe. Y todo salió bien, y en aquel viaje conseguimos algunas perlas de vista redonditas, muy buenas. Las había de todos los colores, rosadas, blancas, unas de un colorcito crema muy lindo y algunas negras. Y sacamos también algo de perla barroque, que es toda pacheca, eso quiere decir que no es redonda, bonita; que no es, pues, legítima; y alguna mostacilla, una perla blanca, menudita. Y de todo eso me tocó algo, que no mucho, porque lo que uno recibe del empresario de aparatos que contrata el equipo, y que es el dueño de los corotos, es la mitad para la marina y la mitad para él, y el equipo trabaja también a la parte, según lo que se haga, y el buzo, que es el que se arriesga más, recibe seis partes, el cabo de vida recibe parte y media, y los marinos reciben una parte cada uno.

La verdad, que lo que yo quería era la oportunidad de trabajar como buzo, como mi padrino. No sólo por la plata, que es buena, sino por la profesión. Y, ¡Virgen del Valle!, esa oportunidad se me dio, se me dio sin pensarlo. Resulta que a Jesús Gutiérrez, el buzo, le dio un catarro grande, que es cuando el buzo se siente mal, le da mareo y le sube por la boca toda esa sucieza que uno tiene ganas de vomitar, y cuando pensó en alguien que le podía reemplazar para uno o dos días, ese fui yo, el hijo de Amalio González, el rancharo. Tuve que encomendarme a la Madre, y cada vez que bajaba decía "Dios y la Virgen" y me persignaba. Y salió bien. Gracias a la Madre. Pero no fue eso todo lo que me pasó. Si eso fuese todo, pues no tendría contra Toribio el rencor que tengo. El puede tener defectos, y hay uno que creo que es más grande y más dañino que los demás; pero eso sólo no sería para que yo me lo tomase así, tan a pecho. Lo otro que ocurrió, que es lo que me tiene tan dolido por dentro que ya no soy el mismo que salió de esta bahía hace ahora cerca de un año, es que en ese tiempo yo maté un hombre. Esto es sólo para mí, y para usted solo, a quien se lo estoy contando en confianza, como si ya usted fuese un hermano. Pero a alguien además de mí mismo se lo tengo que contar...

Sucedió que unos días después de aquel resfrío del buzo, que le duró casi tres días completos, Jesús Gutiérrez se vistió otra vez su escafandra y bajó al ostral, que allá tiene más de doce brazas. Yo volví a lo de antes, a los toques. Y en la primera bajada de ese día todo fue bien. El buzo baja bien desayunado y sólo sube de vez en cuando para orinar (porque el orín echa a perder el vestido); Jesús Gutiérrez subió entonces a orinar; subía cada hora u hora y media, porque para eso cada uno tiene su capacidad de aguantarse sin mear. Cuando orinó y después de un ratito de estar conversando con nosotros le puse yo mismo su cabezote y se fue para abajo, yo me fijé que por sotavento venían corriendo unos celajes, que son unas atmósferas muy livianitas, que vuelan; pero vi también que de más lejos se estaban acercando unas nubes, que son los nubarrones, que cuando se pegan pueden traer una chubasquería; y cuando se pone un chubasco con

noroeste es malo. Ahora había todavía en el mar un remanse, una calma blanca. Pero todo el mundo sabe que con ese viento el tiempo se puede poner movido, aunque no haya ningún paso de luna ni coincida con ninguna aparecida, y entonces la mar se pone mala, que eso es la chubasquería. Siempre el primero que la reconoce, antes que uno, es el mar... Y a todo esto yo iba soltando el cabo de vida, suavemente, como se va tranquilamente una vida cuando no hay problemas, y el mar, digo, empezó a dar señales de empezar a moverse un poco, y yo vigilaba, y fue entonces cuando sentí una sacudida del cabo, como si no fuese un toque sino que uno tropieza en la cabuya, que va amarrada al pechero de bronce del buzo y que luego éste la pone debajo del brazo para más seguridad, pero que a veces se la pisa y templea un poco, y después de eso vino, eso sí, un toque claro, y pensé entonces (ya ahora lo pienso de otro modo) que sí, que serían dos toques, que quieren decir que uno ha caído bien sobre las dos piernas, que no hay problema. "Está bien", me dije, y seguí viendo cómo el mar se estaba sacudiendo un poco, como cuando va a mudar el tiempo. Pero de pronto sentí así, no en la mano propiamente, que mi mano y mi cabo de vida estaban descansados y completamente quietos, como una vida que respira bien, que es cuando ni nota uno que le funciona algo adentro; pero sentí en algún sitio que uno no sabe dónde es, pero que es verdad que caracolea dentro como si fuese algo vivo, y supe, con esa incertidumbre de las cosas que uno no sabe si son o no son, que aquellos dos toques podían haber sido uno solo... Sí, que podían ser una sacudida de Jesús Gutiérrez y un toque de buzo, de los que en verdad cuenta en las señas... Y miré a los marineros que estaban dándole a la máquina de aire, y vi que estaban conversando tranquilamente, mientras daban a las dos ruedas de manilleta; y miré, ¿dónde iba yo a mirar, si además de los que estaban dándole a la máquina no había más que los dos marinos que estaban descansando el relevo, que en este momento se estaban comiendo el desayuno de funche y pescado frito mirando lo mismo que yo estaba mirando hacía un rato y oliendo el cambio a la brisa de sotavento, que es un viento parejo, y temiendo el noroeste, porque es el de abajo, lo que quiere decir que es el contrario, y es el más malo... Pues los miré de todos modos, aunque no les veía más que las cabezas por detrás, que eran como unos cocos con pelo crespo. Y no vi nada más sino que por dentro, por donde nos escuecen las cosas que no sabemos decir de dónde nos vienen, me dolía algo que yo iba rastreando... Y me dije (y me dije a mí mismo, porque ¿a quién le iba a decir?) que debía yo decir a los hombres de la máquina que no estaba seguro de si lo que había sentido en los toques era uno o eran dos, y que íbamos a mirar por si acaso había pasado algo que yo no había podido sentir en la cabuya, porque tampoco la cabuya es un pedazo de carne que siente un dolor y que dice a uno lo que es, sino que sólo es algo muerto que nos ayuda a hablar entre dos vivos, aunque en el camino nada ni nadie sienta nada; y aquella cabuya, por mucho que le miraba, no me decía nada; todo eso y más pasó por mi cabeza en un momento, y pasó también, ¡por qué no decirlo, si es a usted sólo! por ese rincón de dentro del cuerpo que parece que no oye ni ve, porque está dentro, casi en la barriga, pero que a veces siente y ve más de lo que sienten y ven los ojos que tiene uno a flor de piel; y entonces estuve así, como un tiempo, viendo para todas partes, sin ver a nadie, como si me esforzase sin querer a ver lo que me andaba dentro, cuando vi que los dos marinos que estaban dando a la máquina de aire me estaban mirando, y hasta me dijo uno, que fue Horacio:

– Amador, como que tiene bastante aire... –y cabeceó en la dirección de la cabuya.

Yo no supe qué decir, pero dije, y la verdad es que no sé de dónde me salió la voz:

– Eso debe ser que no le hace falta más de la que está recibiendo, porque no dice nada...

Y después los dos hombres se despreocuparon, porque ellos no tenían por qué preocuparse tampoco. Pero a mí ya se me pusieron los nervios tirantes, como cuerdas de cuatro, y entonces se me ocurrió que podía preguntarle a Jesús Gutiérrez si todo iba bien; que no es que haya señal para eso, porque de cabo de vida a buzo no va sino una señal y es cuando hay que avisarle que hay otro barco arriba y que va a tener un rival buscando concha, que entonces son varios toques seguidos; pero podía sacudirle el cabo, a ver qué decía; y le llamé, como me dije; y no sentí respuesta; y como la verdad es que ya habían pasado más de cinco minutos y él no se demoraba más de eso en cargar una jaba de concha en aquel placer, se me heló ahí mismo la sangre, y para cuando me pude dar cuenta ya estaban los dos marinos del relevo a mi lado (después me dijeron que yo los llamé) y entonces le cerramos la válvula y esperamos que subiese la escafandra con Jesús Gutiérrez dentro; y eso, halar un buzo en catorce brazas, no tardaba otras veces más que un minuto, pero esta vez se notaba el cabo de vida pesado, y lo halamos los cinco hombres como si eso, el reunir cinco fuerzas, pudiese ya servir de algo al hombre que venía pesando dentro del traje de lona; y cuando asomó el cabezote vimos por los cinco vitrales de aumento que aquella cabeza venía caída sobre un hombro; y cuando salió el cuerpo, pues se dobló sobre cubierta, y cuando le estaba sacando el cabezote (que lo hice yo mismo y me demoré un mundo de tiempo) pensaba que me iba a dar un mal, y cuando por fin a aquella cabeza de Jesús Gutiérrez le dio el aire, ya no le servía de nada...

¿Se da usted cuenta ahora por qué estoy resentido con Toribio?

No, no es porque él me mandó a eso, porque cualquiera hubiera podido mandarme sin tener la culpa de lo que le pasa a uno luego; pero es en esto, en el precio de la vida de Jesús Gutiérrez, donde tiene que ver Toribio, como se lo iré contando poco a poco; porque en esta vida las cosas no vienen de repente, a menos que sea la muerte; sino que se prepara todo, y vienen a salir las cosas una detrás de otra. ¿Qué la muerte tiene también su camino? También, y eso es verdad. Pero por mucho que se la espere, la muerte viene siempre así, de golpe: de un buchado de aire que no pasa. Eso es todo. Mientras tanto, aunque haya dolor y tenga también uno quien le tenga lástima al lado, y uno lo vea, uno está todavía vivo, y guarda la esperanza de que la vida siga andando su camino, y que ese recodo en que termina, como en este mundo de nosotros termina todo, esté siempre más allá. Siempre ese último buche de aire viene de repente. Pero no, no es por eso sólo que yo le tengo a Toribio mala voluntad. Todo el mundo estuvo de acuerdo que aquella fue una muerte natural. La Sanidad y el juez lo dijeron con papeles y todo; y que fue que se le reventó una arteria por un esfuerzo, porque a aquella profundidad eso le puede pasar a cualquiera.

Pero aquellos momentos fueron muy duros. Ayudé a quitarle una a una las ropas al muerto, y lo pusimos en proa, para que fuese más descansado, más protegido, y nosotros, con nuestros sombreros de palma en los pies, tomamos el rumbo, no de la Isla Caribe, donde nos estaban esperando los rancheros, sino directamente a Porlamar; y



llegamos a Guaraguao, y lo llevamos a la casa, sobre una camilla hecha con remos y una lona de agua, y cuando estábamos en eso, a mitad de camino, nos salió su mujer y una hija, y aquello se convirtió en una procesión larga por lo que es Guaraguao y la Salineta, La Laguna, hasta el Puente, donde vivía el muerto.

Y después, hicimos todo lo que nosotros, sus compañeros de barco, le pudimos hacer; hasta le prometimos a su viuda y a sus hijos que de lo que sacásemos en la temporada le guardaríamos una parte. Y así quedó convenido, y nadie tuvo nada que decir, porque eso era lo justo. Cuando fuimos a ver al empresario, no hizo nada más que lamentarse de la desgracia, pero sin decir nada de la parte que podía tocar a la familia de Jesús Gutiérrez; y lo que nos preguntó es a ver quién podía sustituirlo. Fue Horacio, el más viejo de los cuatro marinos, el que recordó al señor Subero que yo le había sustituido durante tres días y que no lo hacía mal, y que hasta el mismo Gutiérrez lo había dicho en cubierta cuando él estaba acatarrado, cuidando del cabo de mi vida:

– Este Amador puede ser buzo pronto...

Así lo dijo Horacio, y yo se lo agradecí, porque por él me vine a enterar a los cuatro días lo que había dicho de mí el muerto.

Eso no lo puedo yo olvidar todavía, ni nunca se me podrá ir de la cabeza después.

Y así salimos a la mar, con Horacio de cabo de vida (porque ya entonces yo lo había nombrado, con permiso del empresario) y con un marino nuevo, Cirilo Castillo, que era un vecino mío en Guaraguao.

Y primero me fue bien. Cuando llegamos al fondo, que también se llama ramal o piedral, me puse el pantalón y la camisa de lana del muerto, y sus medias de lana, sin ningún asco. ¡Fue después cuando me empezó a pesar aquella ropa como una mortaja! Pero eso fue luego; y las cosas tienen que venir por su camino, una a una, como los puntos de una costa, y los días de la semana, y como los días de sol y las noches de luna, tal como está hecho el mundo. Digo que me puse primero la ropa de lana, y después me puse el vestido enterizo de lona y las puñera de goma y el pechero de bronce, donde van las guarniciones, y luego me puse, o me pusieron, las plantillas de palo y la plancha de plomo en los pies, para que uno no flote como una boya, y al final (y a mí me pareció ese primer día que era como una corona ya no de aprendiz o un simple repuesto, como antes, sino de un buzo completo) el casco del cabezote; y así, con la ropa completa, me sentí muy estrambótico, pero contento, y durante el tiempo en que me dejaban bajar iba pensando, no en el riesgo de bajar para el fondo y de quedarme allá abajo sin aire, como Jesús Gutiérrez, sino en que me hubiese gustado que mi viejo, Víctor González, estuviese mirándome desde el roto de una nube (o desde el bote mismo o desde un rincón mismo de mi cabezote) y se viniese conmigo para abajo (porque las ánimas pueden vivir en cualquier parte, porque ni se ven y pueden estarse donde les dé la gana) y se dijese para sus adentros: "Mira, ese Amador, ¡carajo!, ya está de buzo"... Y estaría contento, porque él nunca había pasado de ranchero y aspiraba que algún día haría yo más suerte que él. Y también me acordé, y acaso es por lo mismo del ánima del viejo, de ir "con Dios y la Virgen y todos los santos poderosos"... Porque, no todos los santos son poderosos; pero Dios y Jesucristo son de los más potentes; aunque también es verdad que uno es católico y uno cree en cualquier pedazo de palo, en cualquier semejanza... Cuando terminé aquel viaje verde y azul de unos dos minutos, porque eso lleva bajar despacio las catorce

brazas que hay en el fondo (y digo con cuidado, porque hay que bajar con mucha pausa, porque poquito a poquito se sufre menos, y demasiado a prisa se puede reventar el vestido de lana, por la presión) pisé derechito el ripial de ostras, lo que quería decir que la marca era exacta; y con la alegría hasta quise seguir un cachicato, y corrí, y ¡si supiera que con ese traje pesadote y estrambótico uno puede correr! Pero entonces me acordé de la seña y halé dos toques, bien duro, para que Horacio, arriba, supiese que eran dos y que todo iba bien. Sentí, eso sí, un chillido de oídos, porque aprendiendo se aguantan dolencias; pero pude ver bien claro por los cristales de aumento; al principio parece que todo se ve más grande y que está más cerca, pero después uno se olvida que hay cristales. Ahí mismo me bajó la jaba cerquita, y arranqué con mis dedales de cuero la concha pegada a las ramas y a las piedras, porque todo en derredor estaba verde y azul y morado, y hasta algunas algas coloradas (no rojas, pero sí del color así, como colorado) como si aquella luz fría, pero clarita, dulce, fuese totalmente un cielo de colores bajo las aguas, que cuando están claras se ve azulito y verde, y cuando están revueltas se vuelve amarilluzco, feo.

En poco tiempo llené la jaba de conchas blancas, negras, marrones y ostras coloraduzcas, y con aquella carga, como un tesoro, en el cielo de colores de aquellas aguas del ripial, le halé el toque para que Horacio supiese arriba que ya estaba la jaba llena. Y ese día trabajé así, tranquilo, y ya le digo, hasta contento. Luego, no al día siguiente, ni al otro, pero así, como a la semana, una mañana amanecí con un sueño malo que se me había metido dentro de la cabeza, y cuando me vestí las lanas en la amanecida (que es cuando empezábamos a bucear, porque esa era la empezada y yo trabajaba hasta el mediodía, subiendo sólo para orinar, y después reposaba un rato, como un cuarto de hora, y trabajaba otra vez hasta las tres o las cuatro, según; esa era la tarifa mía) pero digo eso, que me estaba vistiendo las lanas en la mañana y estaba viendo que la brisa de Barlovento, que lo que es es un viento parejo, y que el colorcito de las aguas era de cambio, y con eso y otros signos que ni yo mismo sé de dónde vienen pensé que eso era exactamente como cuando Jesús Gutiérrez bajó para siempre al ripial; porque aunque después lo sacamos, para él es como si se hubiera quedado allá para siempre; y entonces, cuando ya me habían puesto el pechero de bronce y ya tenía Horacio el cabezote en la mano se me ocurrió que podía haber una falla en el tubo de aire, porque a veces se pone viejo sin darse uno cuenta, y revienta; o que, con aquel aire de chubasquería que venía pintando el cielo podía revolcarse una manta y podía dañar el tubo, como me lo decía Jesús Gutiérrez alguna vez, y que entonces, si es poca la profundidad se puede salvar uno, pero que si no llega pronto a la superficie se le revienta a uno el pecho por los oídos y por la boca, porque un hombre no puede aguantar dos minutos de ahogo, y entonces se me pusieron los nervios duros como alambres, y dije que no, que no iba a bucear. Los dos hombres que estaban conmigo, que eran Horacio y Víctor, se quedaron sin comprender, y como ya me estaba ahogando aquella ropa, comencé a desnudarme; y los dos hombres llamaron a los otros tres, y me rodearon los cinco hombres y me vieron hacer, mudos de la sorpresa, y cuando me terminé de desnudar, que es cuando me quité desesperadamente las lanas con aquel asco de estar desnudándome una mortaja, entonces Horacio, que era el más viejo y era el que cuidaba de mi vida en el cabo, me dijo, muy ofendido:

– ¡Pero bueno, compay, ¿qué pasó?!...

Es posible que él pensase que la cosa era con él. Y no lo era. Aunque no se lo dije; porque me parecía pobre decírselo; y también que tenía que dar demasiadas explicaciones para hacerme entender, y le dije que (y esto fue de repente, se me ocurrió así, como un milagro de la Virgen), que sí, que era que estaba enfermo, que no me sentía bien. Y aquello era natural que sucediese. Horacio me dijo entonces, puesto que yo no me sentía bien, él se sentía bastante veterano en la escafandra como para bucear. Yo me vi entonces (y eso quería decir, y lo pensé inmediatamente como si hubiese sido una película) parado con el cabo de vida, con el pulso mío pendiente (o imaginándose) de los toques de Horacio, hundido en aquellas aguas del ripial...

Ya era difícil que a dos les pasase la misma cosa de manera que fuese natural, y que las dos veces fuese cuando yo estaba cuidando de sus vidas a la punta de aquel cabo de vida que era un mecate ordinario, muerto, que no sabía nada de lo que le pasaba al buzo o lo que me pasaba a mí; y para su sorpresa, para la sorpresa de aquellos cinco hombres, que eran compañeros míos en el bombuto, les dije que no, que me llevaran a tierra.

– ¡Pero a tierra, ¿por qué?!... –me decía Horacio.

– Porque sí... (y yo me daba muy bien cuenta que no debía tener cara de enfermo, por mucho susto que me asomara por los ojos, como para pedir que me sacaran de la escafandra) porque es que me siento enfermo...

Y tanto insistí, y tan oscuro quedó todo aquello, que salimos rumbo a la Isla Caribe, y de allí, después de días largos y confusos trabajando como ranchero (y yo apenado de que mi viejo me viera de nuevo en lo que había sido su fracaso) me trajeron (porque esta vez me trajeron) hasta Porlamar.

De eso hace ya una semana, y aquí estoy, llegando por primera vez en siete días a mi oficio de antes, que era sacar a pasear a los turistas...

Bueno, y ahora que se lo he contado todo, como se lo prometí, usted me dirá, y con razón, que qué tiene que ver Toribio con eso y con toda la isla.

Una confesión trae otra. Y le aseguro que si alguien más que usted y yo llega a saber de esto, o Toribio lo pasa muy mal en la isla, o por ser mentira yo tengo que irme para Trinidad o para Curazao con un baqueano pagado para que no me vea nadie en Margarita.

Para usted sólo (y ya le digo que nos va en esto el pellejo a Toribio o a mí) para usted solo le digo que esta semana, de sólo ver a Toribio pasear esa tinaja vieja que es su barriga, con su sombrero metido hasta las orejas, con los pies como botes metidos en la orilla, por esta playa de Guaraguao, he descubierto, poniendo aquí, quitando allá, que la perla de vista (que es una perla redondita, bonita de color crema) que vende Toribio es una perla... y se lo digo sólo a la oreja... ¡cultivada en el Japón! Sólo los compradores finos los pueden distinguir. Punto.

¿Me entendió?... Eso, que lo que era la riqueza de esta isla, se acabó. Aunque mueran mil Jesús Gutiérrez buscando esa belleza de tesoro que uno consigue sólo después de jaba y jaba llena de concha en aquel hondo, será más barato fabricarlas; ¡aunque no tienen nunca la luz ni el color de lo que se ha criado bajo diez brazos de agua de mar! Todavía, si esos comerciantes de chucherías no consiguiesen Toribios que se las vendieran como si fuesen tesoro margariteño, escondidos debajo de esa ala de sombrero

de palma margariteña de verdad, sonriéndose con ese misterio que da el estar ofreciendo una joya del fondo del mar, no podrían engañar a la gente. Pero con Toribios manetos y barrigones con dientes enchapados de oro y cabezota de indio, sí se puede.

Y lo que era antes una taza de oro con la pesca de perla se está quedando en nada, porque barateó la perla, ¡demasiado!...

Y eso de que él no me quiera ver no es (como se ha dejado decir él) y porque le da asco mirar a quien mató a su amigo Jesús Gutiérrez; porque hay otros que fueron tan amigos de él, como es su propia mujer, María González, que me han recibido en la casa y me han tomado el adelanto entero de lo que me va a tocar por la temporada que hice; y así tengo otros amigos que tampoco creen que yo descuidé un toque, o que me confundí, porque eso nadie lo puede saber... ¡si ni yo mismo lo sé!... ¡Por eso, digo, porque hay Toribios en esta isla es por lo que no regresa a donde era, ¡cuando una perla de veinte gramos podía valer hasta diez mil pesetas!

Los buzos veteranos ya no trabajan, porque el oficio no da la base; porque más tranquilos, y más seguros, se quedan por casa, martilleandito, trabajando a lo que salga en el mar. Porque hay también el margariteño interiorista, que es agricultor; pero el margariteño playero no está tranquilo sino en el mar, porque éste es su arte. El mar es la hacienda de todos. ¡El que lo hizo lo hizo muy bien hecho!... ¡Ah!... ¡Si acaba el mar se acaba el mundo!... Por eso que los pocos buzos veteranos que quedan (porque hay muchos que han muerto, como Jesús Gutiérrez), han quedado estropeados por la vida, y a lo que han venido a dar esos buzos (a menos que se conviertan en Toribios con dedos gordos agarrotados por la artritis que mienten al enseñar una perla al cliente) es a pescar a cordel, como mi padrino Manuel María Salazar, que de fino y de honrado que es ha tenido que quedar de viejo fletando a 30 bolívares mensual un bote con palas que se llama "Robinson", que sale a toda hora, a media noche o más amanecida, como a las tres, a la zona que llaman La Rama o a Moreno o hasta Mosquito o a Sirguero, con guaral y anzuelos bien templados a los dos lados del bote vestidos con una carnada de pata e'cabra que saca él mismo de cabeza, quiero decir que sin aparatos, sin máquina, en el punto del Morro, dentro de la bahía, y donde el viejo puede quedar de un trastorno, con un calambre, que a esa edad de los 67 da muy fácil, como le dio un mal, una asfixia así, al difunto Juan Suárez, a quien se le reventó algo dentro del cuerpo y se vio forzado y no le dio el brazo ni el aire para llegar a ninguna parte; y todavía el viejo Salazar, pescando, como digo, porque ese "Robinson", y no sé si ya lo dije, no tiene otra ayuda que los brazos viejos del padrino pegados a las dos palas, que son pequeñas, como hijas de remo, pescando corocoros, cacharros, pargos, palometas, bacalaos, rabirrubios, guanapos, cojinúas, cuando el trasto no quiere que caiga más grande, porque hay veces que caen más grandes también; y así, el padrino trae todos los días, con las coyunturas de los dedos hinchados por el reuma, arregado de la cintura desde hace tiempo, con las piernas que no le quieren caminar, con esos ojos que le supuran legañas hasta secársele las cuencas, y así y todo, digo, el padrino trae regular de veinte a treinta bolívares de pescado todos los días al mercado de Porlamar, y todavía le quedan fuerzas para sostener la casa. ¡Y no como otros, que se dedican al engaño!...

¡Pero ahí sale Toribio otra vez! ¿Lo está viendo? Caminando como un sapo, espatarrado, gordo; y vamos a ver, usted, que es amigo, y yo, si ese hombre se atreve a

venir para acá, que es donde, yo lo sé bien, viene todas las mañanas a buscar clientes a este hotel... Pero no mira para este lado... ¿Lo está viendo?!... Lo que está es regresando para el faro otra vez... ¡lo asusté!... Seguro que sacó sus pañuelos, dos, tres, metidos en todos los bolsillos, con un nudo aquí, otro allá, desafándolos misteriosamente, como si lo que está enseñando al cliente con sus dedos como chorizos fuese el mismo ripial de La Cabecera, con pedazos de sol que resbalan en una perla criada en el fondo del mar, cuando aquello no es sino un cultivo artificial, como quien siembra con su mano y cultiva un frijol o un chaco... ¡Ahí va el hombre!... ¿Lo ve?... Maneto, agitado, cabeceando como una boya en un temporal, pasándose la mano gruesa por la boca de vez en cuando, como si siempre tuviera algo que limpiarse entre los dientes remendados con oro...

No me quiere dar la cara por eso, porque sabe que yo he podido averiguar, y no por otra cosa; aunque él diga cosas contra mí a quienes me las pueden contar, porque todavía le quedan a uno amigos que le cuentan las cosas...

Así, como me tiene usted a mí, contándoselo todo por eso, porque necesito alguien, aparte de mí mismo, de mi propio saco, a quien pasarle este peso que cargo encima desde hace tiempo...

## Del aceite

### La alcantarilla

Cuando a Abilio Reyes le llegó el mensaje a "Campo las Treinta", unas hileras prietas de casitas chatas y peladas, todas iguales, ya estaba anocheciendo.

– ¿Y pa' qué me quiere José del Carmen con esta apuradera? –preguntó al hombre, un tipo escurrido y feo que ya tenía sentado, con una gorrita amarilla en la mano y con aquella su mirada oscura y prevenida, dentro de la casa.

– No sé... Es que se reunió el Comité, y que hay un asunto de la Compañía; vos sabéis que...

– ¡Yo no sé un carajo de la Compañía! –le interrumpió Abilio–. ¡Y a mí me dejáis en paz, "Cara e' viejo", porque yo no soy abogado, y ya vos y tus compañeros me metieron en un lío cuando lo de la pluma de agua... ¿Vos creéis que yo soy el Presidente de la Compañía?...

– Pero es que el Comité...

– ¡Tampoco sé un ciruyo del Comité!... ¡Lo que me calienta a mí es que me hablen de ese Comité como si fuera la directiva de un Banco!... ¿¡Qué carajo representan ustedes, –se le enfrentó Abilio– se puede saber?!...

Aquella pregunta, que era como un tiro a quemarropa al cuerpo menudo y retorcido del mensajero, quedó retronando un buen rato en el aire de la salita como si no supiese para dónde coger en el cerco estrecho de aquellos muros, y los ojos neblinosos y amarillentos de "Cara e' viejo" se apagaron aún más, viendo hacia la gorra amarilla que tenía en las manos; y entonces el hombrecito se la encasquetó y prendió un cigarrillo, encendiéndosele como plata fundida los pequeños ríos de sudor que le bajaban por la frente y por las mejillas y por la nariz, pero sin dejar de ver a Abilio, que lo estaba hostigando con la mirada.

– Bueno –rompió a hablar el hombrecito, por fin– ... vos sabéis, los problemas de la planchada, porque vos mismo naciste allá, –y la voz de "Cara e' viejo" era blanca y vacilante– y ahí está todavía José del Carmen, que es hermano tuyo, y también tus sobrinos... Y como vos sois un viejo trabajador de la Compañía, y tenéis amistad con esos de relaciones...

– ... Relaciones Públicas...

Y Abilio veía cómo "Cara e' viejo" Chirinos, miembro del Comité de Mejoras de Pueblo Viejo, estrujaba nerviosamente el cigarrillo entre sus dedos, que eran afilados y tiesos, y cómo, atento como estaba a la compostura de sus manos, se le estaba escapando el control de aquellos pies callosos y sucios vestidos de cotizas que con sólo y ser dos solos se le estaban enredando torpemente debajo del asiento.

– ...Pues eso –terminó "Cara e' viejo"– y como tampoco tenemos dónde acudir...

Abilio se estaba sentando cerca del hombre cuando le interrumpió, ya obligado por el halago:

– Vamos, déjate de la lloradera... y ¿qué pasa ahora?...

– El encargo que yo tengo es que te lleve pa' Pueblo Viejo –dijo "Cara e' viejo"– el resto te lo dice tu hermano allá...

Abilio se levantó, y dio unas vueltas por la habitación, y preguntó al mensajero de muchas maneras diferentes, pero no pudo sacarle ninguna otra información.

Y aún después, cuando hubieron comido la carne que les sirvió Josefina, la mujer de Abilio, y salieron juntos a esperar que pasara una de las camionetas "jaulas" que van a Cabimas, "Cara e' viejo" seguía trancado, con aquel misterio dentro.

Luego montaron, prietos como hojas de plátano embojotado, en la "jaula", sin decirse nada. Y nadie más que la radio pudo hablar durante todo el viaje, porque nadie más podía, por la gritería.

Cuando bajaron en el centro de Cabimas, frente a la parada del autobús, supieron que tenían que esperar cerca de veinte minutos, porque ellos mismos vieron cómo iba saliendo uno colmado hasta los topes. Y entonces Abilio se le dirigió a "Cara e' Viejo" y le dijo, como si sólo fuese por el puro decir algo:

– Y José del Carmen, ¿qué hace?...

El hombrecito lo miró desde debajo de la visera de la gorra amarillo-sucia, que le estaba chorreando un agua espesa de sudor por las cejas, por la nariz y hasta por las orejas:

– Pues bien... como siempre, vos sabéis, defendiéndose, con el pescadito... Ya hace un tiempo que no te acercáis vos por allá...

– Sí, hace casi un año que no lo veo... y el muchacho, (añadió como si no hubiese otra intención que la pura curiosidad), el mayor, Olimpiades, ¿qué hace?... ¿le dio por trabajar?...

– Bueno... –y "Cara e' Viejo" se quita ahora la gorra, se pasa un dedo, como un parabrisas, por la frente, y lo sacude al aire para quitarle aquel agua, y pateo una piedra... –vos sabéis que la cosa está difícil... él y que lo que quería era estudiar, pero eso, pues, en casa de pobres no se puede... y en Pueblo Viejo menos...-. El hombre se va a quedar ahí, pero como Abilio parece estar dispuesto a escuchar, y como tampoco hay otra cosa que hacer, dice, como si le estuviese saliendo la voz blanca de un pozo más hondo: –El muchacho es vivo, y aprendió a manejar, y hasta estuvo manejando un carrito de "a medio" en la línea de "Corito"; pero es que... lo que –y ya parece que la fuente de "Cara e' Viejo" se va a secar, pero no, continúa– lo que... esos explotadores le dan a uno es... ¡una mierda!... y me perdonáis la palabra, pero la verdad es que de lo que sacan en el día tienen que hacer tres partes, y de estas tres partes dos se van para el dueño del carrito, que es un explotador, y con la otra, que no sube a más de 20 ó 25 bolos, el chofer tiene que pagar la gasolina y el aceite, que esos carros viejos queman como si fuesen gandolas...; entonces, pues, –"Cara e' Viejo" parece estar agotando la fuente, y Abilio, mientras tanto se está secando con un pañuelito el sudor de la cara y del cuello y hasta de los hombros, metiendo la mano por debajo de la camisa– lo que le queda a Olimpiades después de estar bregando doce horas lleno de polvo y ahogándose de calor sobre esas carreteras son 10 ó 12 bolos...

– Bueno, –le interrumpe Abilio– ¿y eso no es mejor que nada?...

"Cara e' Viejo" se vuelve a encasquetar la gorra empapada, y fría, y se suena con los dedos, como quien escupe por la nariz, y se saca un pie sucio de la cotiza y lo vuelve a meter, habilidosamente, de una patada, y al fin le sale:

– Sí, cómo no... eso es mejor que nada; pero... si ese muchacho tiene que comer fuera de la casa al mediodía y a la noche, por poco que coma, pues se le van, digamos, seis o siete bolívares... pues ya veis lo que puede traer a José del Carmen el sábado en la noche, ¿comprendéis?...

Abilio se queda en silencio; no sin palabras en la boca, pero callado.

– Por eso –prosigue "Cara e' viejo", como si él mismo se hubiese abierto un chorro de agua,– que el mismo José del Carmen se le calentó un sábado que yo estaba en la casa y le dijo: "Mira, Olímpades, para esa porquería que me estáis trayendo a la casa, y pa' mantener a esos explotadores, mejor te quedáis aquí, con nosotros, y nos vamos a pescar juntos"... Y la verdad es que esos dueños de carritos son unos pulpos...

– Y ¿qué hace ahora, en la casa, sino flojear y echar vainas, ¡ah!?

Ahora es "Cara e' viejo" el que se calla, como si alguien que no es él mismo le hubiese cortado el agua de un solo golpe de llave, para recordarle que no está libre, sino cumpliendo la misión de llevar a Abilio a Pueblo Viejo. Pero pasa casi desapercibido para Abilio aquel silencio, porque está llegando el autobús, y la gente ya corre a alcanzarlo antes de que termine de llegar.

Entonces, y como para poner algo que aliviara aquel silencio, "Cara e' viejo" se apresuró diligentemente y consiguió dos puestos. Con suerte, porque en un momentico se llenó aquel bus hasta el techo, que es donde algunos pasajeros, de pie, en el pasillo, tenían las cabezas.

– Dime, chico... –dijo Abilio en voz baja, pero con la intención ya más abierta– ¿no es verdad que Olímpades está echando mucha vaina por ahí?... A mí me lo contaron...

– ¿Quién?...

– Bueno, yo sé quién...

Y se quedaron los dos callados, aunque ahora "Cara e' viejo" con los labios más prietos y Abilio con los oídos más abiertos; y el bus también callado, porque no arrancaba; y ya llegó a tanto aquella espera que la gente comenzó a protestar.

– ¿Es verdad –insistió entonces Abilio, ya sin tapujos– que el chico anda metido en vainas políticas? ¿¡Ah!?... "Cara e' viejo" era entonces, escondido debajo de aquella losa de la visera amarilla, un hombre mudo, como un muerto; mientras tanto, dentro del bus se iba condensando un calor húmedo y espeso que ya no se podía respirar.

– ¡Yo lo sé, chico, lo sé!... –reventó Abilio–. ¡Y a ese carajo no se le ocurre otra cosa que ir a pedir trabajo a la Compañía!... Vos sabéis que allá no son pendejos, y le buscan a uno de dónde es y qué hace... y el que pinta colorado, pues... cero... ¡ya me entendéis!... –Y Abilio le dio un codazo.

"Cara e' viejo" ya no veía cómo quedarse callado, y dijo, como quien no está con nadie:

– Claro... Pero eso tampoco está bien, porque ponen a la gente a hacer cosas...

– ¿Cosas?... Pendejadas, diréis... Que miren primero, ¡no!...

– Así lo que consiguen –insistió con su voz blanca y huída "Cara e' viejo" mirando por la ventanilla– es que la gente se eche al monte.



– ¿Al monte?... ¡Que se vayan!...

Pero a Abilio le habían acogotado con eso la voz, porque le salió como cortada:

– ¡¿Y Olimpiades cogió pa'l monte?!...

"Cara e' viejo" insistió en mirar hacia el ventanillo, y se caló más su gorra sudada y deforme.

– Dime, "Cara e' viejo" –insistió Abilio con apuro– ¿se fue?...

– Bueno, propiamente al monte no; pero hace como un mes lo vinieron a buscar, y desde entonces anda fuera de la casa, vos sabéis, por ahí...

– ¿Y qué ha hecho?...

– Hacer, vos sabéis, nada... Solo que tienen sus reuniones, y hablan...

En esto arrancó el bus.

"Cara e' viejo" y Abilio se quedaron callados, porque era mucho el ruido del autobús y porque había cosas en qué entretenerse dentro de la cabeza de uno, sin preguntar nada a la del vecino; y eso duró hasta que llegaron a la Rosa Vieja, que es donde el colector pasa cobrando su real y medio. Entonces con el bus parado, fue cuando Abilio, tomando la ventaja de que él estaba pagando los dos pasajes, preguntó:

– Y ahora, ¿qué es lo que quiere el Comité conmigo?...

"Cara e' viejo" peleó un rato consigo mismo, y hubo un momento que hasta parecía que iba a hablar; pero cuando abrió la boca sólo dijo:

– Eso te lo dicen allá, vos sabéis que yo...

Que fue cuando arrancó el bus entre aquel estruendo de tiros de aire.

Abilio iba observando desde detrás de una cabecita de mujer joven queapestaba a desrizador el corpulento y húmedo cogote del negro que iba abrazado a la rueda del volante del autobús, al que, por cierto, le crujían sus viejos y polvorientos huesos de hierro como si éste de Lagunillas fuese su último viaje.

– Bueno –dijo Abilio con voz gritada al oído de su compañero, entre aquellos crujidos y aquellas explosiones vitales del bus– ¿no me vais a decir todavía qué asunto es ése?... "Cara e' viejo" se revolvió en el poco espacio que le quedaba entre la trepidante caparazón de hierro del autobús y el cuerpo de Abilio, que era alto y fuerte y estaba tan empapado en sudor como él, e hizo como si mirara algo que había fuera de la ventanilla otra vez, que en aquel momento era puro monte oscuro, y luego sacó un trapo sucio de su bolsillo, y se sonó tan meticulosamente la nariz que hasta anduvo jurungándose dentro de los huecos, y después (y siempre bajo la mirada inquisidora de Abilio, quien empezó a calcular que "Cara e' viejo" se le iba a rendir) resolló fuerte, como si gozase con aspirar aquel hedor rancio a sobacos que flotaba en el bus como una niebla espesa, y volteándose, por fin, hacia Abilio, le dijo:

– Ya estamos casi en Lagunillas...

Efectivamente un ratico después de aquel descubrimiento de "Cara e' viejo", estaban llegando a Lagunillas, y Abilio tuvo que quedarse después también con aquellas ganas de saber dentro, porque el autobús los dejó justo en frente de la parada de las camionetas que van para Bachaquero.

Pero fue allá precisamente, cuando ya estaban sentados junto al chofer y mientras el negro Ezequiel, que llaman "El Satélite", mandaba con sus toques de campana en la parada, cuando a "Cara e' viejo" se le hizo evidente que ya tenía a Abilio en Pueblo Viejo

y ya no había peligro de que se resistiera a ir, y le explicó que el asunto urgente aquel del Comité era para tratar de la venta de las casitas...

Abilio se indignó.

– ¡¿Y para eso me quieren a mí?!...

Pero "Cara e' viejo" quieto detrás de su gorra, sin oír nada; y arrancó la "jaula"; y después, así, en silencio, un silencio cargado, el carrito hizo sus desvíos hasta la Planta de Pueblo Viejo, y luego otro, hasta detenerse en frente de la misma planchada, que se mete como un pasillo lago adentro hasta el propio Pueblo Viejo, un pueblo de tablas que parece que flota milagrosamente sobre el lago.

Los dos hombres enfilaron el largo y estrecho corredor de tablones casi corriendo, porque Abilio, que iba primero, parecía tener ya la cabeza allá adelante, lago adentro, en alguna de aquellas rejas de luz que se dibujaban a través de los resquicios de tablas en el pueblo de palafitos, y no hizo caso de las voces que alguien que le había reconocido el paso le dio desde lo oscuro, y torció a mano derecha, hacia una arruinada planchada de travesaños que crujieron como esas doloridas escaleras abandonadas en los caminos de campanario de algunas viejas iglesias, y empujó la puerta.

Dentro era una habitación, más bien grande, de tablas, que, a la luz de aquel bombillo que casi tocaba el suelo, se veía como un galpón pequeño y vacío.

Cerca del bombillo se mecía un chinchorro.

– ¡Abilio! –le saludó con alegría alguien que estaba dentro, con los pies rozando el suelo–. ¿Cómo estáis, Abilio... y por la casa, cómo están?...

Abilio contestó al saludo de su hermano José del Carmen sin mucho entusiasmo, y luego miró uno a uno a los tres hombres que descubrió sentados en el suelo y recostados contra el muro de tablas, y sólo cuando vio quiénes eran y cuando cumplió con su cuñada, que se le acercó desde el lejano fogón para saludarlo, fue cuando aceptó compartir el chinchorro con José del Carmen, y dijo, ya sentado junto a su hermano y mirando a los hombres, que ya eran cuatro, porque se les había unido "Cara e' viejo", con sequedad, para que nadie tuviese dudas de lo que traía en la cabeza:

– Miren, compadres; ya yo le dije a "Cara e' viejo" que yo no soy el Presidente de la Compañía... y que este negocio de las casitas no es conmigo, porque tengo entendido que ustedes recibieron una oferta de la Compañía hace tiempo...

José del Carmen y los tres hombres quedaron viéndole el semblante a "Cara e' viejo", el que, ahora que le resbalaba la luz desde abajo, se le veía amarillo y cortado en tajos de distintas direcciones por unas arrugas y cicatrices relucientes de sudor como latas torcidas. Todos vieron que al hombrecito le temblaba un labio, y cómo aquellas su metras amarillas le rodaban dentro de las cuencas profundas cuando iba de uno a otro de aquellos pares de ojos que le estaban hostigando implacablemente desde aquel silencio.

– ¿Qué te dijo ese carajo? –rompió por fin José del Carmen.

– Nada, no me dijo nada más que eso, que tenían ustedes visto un lugar para fabricar sus casas en la orilla, y que habían decidido pelearle el precio a la Compañía... ¿Y ultimadamente, para qué este misterio, y pa'qué me quieren a mí con este apuro?...

José del Carmen no dijo nada, y menos podían decir los demás, que estaban pendientes del menor de los gestos de su Presidente.

Abilio observaba uno a uno a aquellos hombres que tenía sentados en frente, con los pies descalzos, las ropas gastadas y grandes, la mirada humilde, los semblantes cansados y los pellejos amarillos de fiebres viejas, y no pudo escapar a la idea de que lo que estaba alumbrando aquel bombillo era el mundo de él mismo, de Abilio Reyes, y entonces buscó, y descubrió, aquella luz de tizón que miraba como un colorado ojo ciclópeo desde los oscuros lados por donde estaban ahora peleando tres muchachitos con las manos metidas en un plato, y por donde debía estar, al lado de aquel rescoldo mortecino de las chamizas, la mirada invisible de su cuñada, también midiéndole lo que le estaba dando en aquel momento la sangre.

A Abilio se le vino a la cabeza su propia madre.

– Bueno –dijo por fin– yo sé que la Compañía llegó a pagar hasta 800 bolívaes por la casa de los "Chimoito", y que ustedes y que no quisieron vender tan barato... Bueno, eso es cosa de ustedes... Pero... –y se le revolvió el hombre de la Compañía dentro– ¿ustedes como que están creyendo que estas casuchas de madera son quintas de una urbanización?!...

José del Carmen no dijo nada, pero si a Abilio se le hubiese ocurrido mirar de lado le hubiese visto hinchársele dentro la indignación hasta saltarle los ojos y mudársele el color del pellejo.

– ...Y bueno –continuó Abilio– y ¿cuánto quieren ustedes por este montón de tablas, ¡ah!?!...

Hubo entonces un silencio embarazoso.

– Es verdad –arrancó por fin con una voz lenta y cargada, José del Carmen, mirando a su hermano, que lo tenía ahí mismo,– es verdad que este tablerío podrido en que vivimos nosotros no vale mucho para vos, y acaso tampoco vale nada para la Compañía; pero resulta, mi hermano, que aquí estamos viviendo nosotros...

– Muy bien –le interrumpió Abilio con brusquedad– ¡y nadie les está prohibiendo que sigan viviendo aquí!...

– ¡Nadie, ah!... –Y es como si a José del Carmen le hubiesen metido un palo por la cabeza, porque se la agarró con las dos manos, y dijo una blasfemia; pero se serenó por fuera, como pudo, y dijo despacio, con la voz contenida:

– "Paraguachón", ínflale esa bomba a mi hermano...

Sin embargo, como el nombrado no se movía, sino que seguía con el muro de tablas pegado a la espalda, José del Carmen lo sacudió bruscamente con la voz:

– ¡Vamos, "Paraguachón", ínflaselo!...

"Paraguachón", un gordo fofu y sudado, con la cabeza pelada, metió su mano derecha dentro del bolsillo de su pantalón y sacó un preservativo grande y deforme, como una bolsa de caramelos muy manoseada.

– ¿Y eso qué es? –preguntó Abilio, riéndose.

– ¡Vamos, ínflaselo, mi hermano!...

"Paraguachón" se puso muy serio a soplar dentro del preservativo, y lo infló del tamaño de una cuajadita.

Abilio estaba todavía sonreído, pero no acertaba qué decir.

– Vos tenéis familia, Abilio... –le dijo José del Carmen posando una serenidad que sabía muy bien que él no tenía dentro.

– Pues claro...  
 – ¿Cuántos años tiene tu Asisclo?...  
 – Cinco...  
 – Y ¿si vieras vos a Asisclo soplando un condón donde esos coños de musiús han hecho su porquería, ¡ah!?...

Abilio se quedó serio y callado, mirando al condón inflado como un globo.

– Es que ya no es sólo que esa planta eléctrica nos esté orinando aquí mismo el canal de agua caliente que echa, y ya no es sólo el veneno que trae, porque le echan a esa agua algo contra la "broma" en los filtros, por lo que se muere el pescadito y se enferman nuestros muchachos, sino que, además, ahora, desde que hicieron esas casas ahí, nos están cagando aquí mismo por esas cloacas que vacían en la orilla...

Y José del Carmen esperó un silencio.

– Y conque, mi hermano querido –añadió con sorna– nadie nos prohíbe vivir aquí, ¿ah?... Y si con el calor que ya tenemos, y con esta hediondez de la cloaca que es como si viviésemos en un excusado, ahora os empiezan a llegar, como le pasó esta mañana a "Paraguachón", los hijos tuyos con un condón inflado como una bomba, ¿te parece que debemos seguir así, aguantando, callados, tanta mierda?...

Abilio veía en silencio el globo que "Paraguachón" tenía lleno de aire en una mano.

– Bueno –dijo por fin– en eso tienen razón, no vayan a creer que yo estoy contra ustedes... pero ¿qué puedo hacer yo aquí?

– Aquí, de lo que se trata es de que este Comité de Mejoras tiene obligación de resolver estos problemas, ¿no es así?... (aprobación de cabeza de Abilio) y como uno no tiene dónde ir, porque ¿pa'dónde va coger uno que ni lo reciben?, pues hemos pensado en vos, que tenéis amistad con el señor Rodríguez, que está en Relaciones Públicas, pues... así como nos ayudasteis en el asunto aquel de la pluma de agua ¿recuerdan? (y los cuatro hombres cabecean vigorosamente) pues ese es el asunto, que vos nos echéis una mano... Abilio se quedó otra vez callado.

– ¿Qué decís vos? –insistió José del Carmen, puyándolo con el codo.

– Entonces, lo que ustedes quieren es que la Compañía les pague más por las casitas, ¿no es así?... (asentimiento general)... y que yo le hable a Rodríguez.

– Sí –dijo José del Carmen, hablando por todos.

– Y ¿como cuánto etán pidiendo ustedes por cada casita?... ¿ah?...

Los cuatro hombres sentados miraron a José del Carmen, y éste, sin discurrir mucho, porque eso estaba ya hablado en el Comité, dijo mirando a su hermano:

– Dos mil bolívares...

– ¡Dos mil bolos!... ¡¿Están ustedes locos?!...

Nadie más que Abilio creía, por lo visto, que aquello era una locura, porque nadie más que él se asombró.

– Bueno, y ¿ustedes quieren que yo me embrome empezando a proponer esa exageración a la Compañía?...

Y Abilio, por no reventar allá mismo, sentado al lado de su hermano, se levantó del chinchorro y caminó hasta la puerta, y se agarró con las dos manos al vano, que era estrecho y bajo, y que se estremeció con sólo apoyar en él las dos manos, y se quedó mirando hacia el pueblo,

Los hombres lo vieron hacer, en silencio.

Hacía ya horas que la noche había apagado las candelas del cielo, pero todavía quedaba en el ambiente ese sofoco asfixiante y húmedo que dejan detrás los grandes incendios, y en lo oscuro de las cenizas de aquel día, que era el que había quedado libre en el turno de noche a Abilio, sólo brillaban los pocos bombillos de la planchada y algunas grietas de las casuchas de tablas y los reflejos del agua, que, como un espejo, convierte el pueblo en dos mitades: el de madera sobre los pies de estaca, que era el de verdad, y el de agua, que era como un doble, pero que también era parte del pueblo.

Y de aquí era él. Aquí lo había parido su madre, sobre un piso de tablas clavado en el agua, como un barco grande que no tuviese otro rumbo que estarse quieto sobre estos pies de mapora, o de betú, o de chorote, metidos en el cieno de esta orilla. Su viejo les contaba cuando niños que aquí se vivía mejor, porque en tierra había mucha plaga y mucho bicho. Pero con el tiempo y los insecticidas, y con las fiebres y los muertos, ya las orillas estaban limpias, y sin embargo, todavía había quienes seguían viviendo aquí. Y esto, él lo sabía bien, no era porque fuese mejor, sino porque para muchos era lo único que había. Allá estaba viendo, asomados sobre el agua, los muñones de palo podrido de la casa de los Rojas, que se había caído; porque a estas casitas les fallan los pies porque se pudre la madera o porque les ataca la "broma", que son unos caracolitos muy dañinos, o como dicen en la Compañía, por el teredo, un animalito que se come hasta el cemento. ¡Pero esta gente no se estaba mudando para tierra firme, sino que estaba clavando sus nuevos pies de palo un poco más allá, sobre el mismo barro y la misma agua aceitosa de siempre! Total, que casi cuarenta años de petróleo no habían dado para nada. El barco aquel seguía varado en la ciénaga...

Abilio oyó gruñir al cochino que estaba criando José del Carmen en un chiquero sobre tablas, y le subió de pronto a la boca un sabor de carne de puerco con gusto a pescado, porque lo único que había sobrado siempre en casa de los Reyes para engordar el cochino eran restos de lo que pescaban en el lago.

¡Verdad que casi cuarenta años de aceite no habían dado para nada!

Abilio no pudo reprimir un gesto de asco, y soltó el vano de la puerta, y salió.

– ¿A dónde vais? –le preguntó su hermano desde el chinchorro.

– Ya regreso... Esperame...

Abilio caminó lentamente, como si estuviese probando cada tabla del piso, hasta el final de la planchada, y se detuvo sobre el mismo borde, como cuando se disponía a bucear la moneda que le tiraban cuando muchacho los curiosos turistas venezolanos que asomaban por Pueblo Viejo de vez en cuando. Y respiró aquella hediondez caliente que asfixiaba al pueblo, y miró al lago, y descubrió las cabrias; y a pesar del calor y la hediondez, y acaso por eso mismo, Abilio descubrió que esto, este camino de futuro, era lo que estos años de petróleo habían sido para él; porque si él estaba ahora oliendo aquella porquería era por accidente, de quien sólo está de paso; sí, él estaba sólo de pasada donde el destino quiso ponerle con la intención de que se quedase, ¡como se había quedado José del Carmen!...

Allá estaba el agua del lago, a un metro de sus pies, grasienta y sucia como antes, reflejando el cielo. Pero este cielo del lago, que era luminoso y caliente aún de noche cerrada, como si guardase siempre un gigantesco rastro de sol, estaba ahora recortando

unas siluetas de cabrias que eran como unos esquinados y fuertes soldados de hierro, y él había conseguido desencallar su bote de este sumidero e incorporarse a ese orden y a esa fuerza, porque él, que era encuellador y mandaba con sus manos de criollo miles de metros de tubo bajo tierra, sabía de la actividad silenciosa y eficaz que vigilaban celosamente esas torres. Allí estaba viendo Abilio lago adentro la apretada hilera de luces que alumbraban la planta de gas, una fábrica grande asentada sobre sólidos pies de cemento, y ahí mismo estaba, para cualquiera que tuviese ojos para ver, el resplandor de un incendio dominado por la voluntad del hombre, la gigantesca planta eléctrica de Pueblo Viejo.

Eso, lo que se veía desde aquí, sin otro esfuerzo que mirar, era el porvenir. Este callado, pero intenso trabajo en el lago era un silencio que producía riqueza, porque estaba hecha de orden y tenía una dirección. Y aún cuando había gentes de su pueblo que estaban desde el fácil parapeto de la flojera contra los que dirigían este trabajo de crear riqueza, los frutos llegaban a todas partes, y nadie lo podía negar. ¿Y en qué quedaría toda esta posibilidad de riqueza si no mediara este esfuerzo extranjero y esta organización? Pues quedaría oculta, como ha quedado sin descubrir en Venezuela la enorme riqueza de la tierra, porque nadie la trabaja, y si el pueblo tiene necesidad de comer papas tienen que traerlas desde... ¡donde haya, desde donde sí trabajan la tierra!

Y el hombre que pertenecía a esta empresa de trabajo organizado era Abilio Reyes, el hijo del "Cojo Reyes", el coriano que en 1928 anduvo años huído por esos pueblos de la Serranía de Coro por destripar a un musíu... Sí, por cargarse a un capataz cuello de toro, colorado, que mandaba como si fuese un rey... Pero eso, y aunque muchos flojos no lo quieran reconocer todavía, ya pasó; porque el musíu ya no era ni tan cerrado ni tan arrogante mandando como el que llegó en los primeros tiempos, y ya nadie insultaba ni pateaba a un trabajador como se atrevió a hacerlo aquel "Rojo Williams" con su padre cuando estaban armando las primeras cabrias de madera en la orilla. Esta era la historia, y en esta historia figuraba él.

Pero su hermano... (y Abilio se volteó y quedó viendo el montón de casas destripadas con grietas de luz mitad verdad de madera, mitad mentira de agua, que era Pueblo Viejo) su hermano no había conseguido escaparse de la cloaca, y eso porque (aún siendo mayor que él y todo lo podía decir) era un flojo, y también un cobarde, porque nunca se había atrevido a dejar las tablas podridas de esta planchada que ahora querían cobrar por chantaje como si fuesen de oro... ¡Y así, hasta le había salido un hijo comunista!...

A Abilio se le había madurado dentro, en el pecho, una como fruta que ya cuando le molestó "Cara e' viejo" en la casa le había comenzado, aún tierna, a doler, y que después, desde antes de que le hiciese la confianza al entrar en la "jaula" en Lagunillas, la sintió crecer y crecer...

Abilio regresa ahora apresuradamente, casi corriendo, haciendo crujir poderosamente los viejos travesaños de aquel pasillo de madera:

– ¡Mira, José del Carmen! –dice entrando.

Los cuatro hombres sentados en el piso están tal como los había dejado Abilio hacía un rato, sólo que ahora están comiendo de un plato común que hay en el suelo, y José del Carmen de uno que tiene sobre sus rodillas para él solo.

– ... Esto se acabó!...

– ¿Se acabó qué, Abilio? –pregunta José del Carmen dócilmente.

Abilio doma entonces la voz un poco, pero les dice así, en un chorro largo y lleno de raudales y remolinos y con un contrapunteo de gestos, que es mejor que el Comité vaya directamente a ver a Rodríguez, y que, además, después de todo, eso que pretenden hacer con el preservativo no es más que un chantaje, y que lo que dicen es una exageración, y que aquello no es sino una pretensión de flojos...

José del Carmen deja de comer, y después los otros cuatro hombres se quedan con sus dedos, o metidos en el plato, sin atreverse a subir el pescado a la boca, o ya con la comida dentro, o con las manos a mitad de camino, como si se hubiesen vuelto de sal, sin atreverse a romper aquel silencio.

Y aún después de un momento, solo se oye el chiqui-chaque salivoso, húmedo y repugnante, de "Cara e' viejo". Abilio, después del aquel esfuerzo, se ha quedado desinflado, como un muñeco de goma que ha perdido aire, y se recuesta contra un palo, de forma que la luz le da de abajo hacia arriba, aplastándosele la sombra de su cabeza contra los travesaños y el zinc coarrugado del techo, y en lo que le pone su cabeza a pensar absurdamente es en que aquel muérgano de "Cara e' viejo" está comiendo aquella noche por segunda vez.

Después, al rato largo de no oirse más que la contracción crujiente, crepitante y rayada del zinc, al que le está regresando el cuerpo a lo que es cuando se enfría, se oye el tiro, y después el eco largo, que hace un plato de peltre cuando cae sobre un piso de tablas; y la voz de José del Carmen, que tiene una ronquera sorda cuando se indigna, dice:

– Ya te puedes ir, Abilio...

La voz queda flotando en el aire húmedo y caliente de aquella habitación grande, que es como un pequeño galpón vacío, con un peso que se siente, y hasta "Cara e' viejo" ha dejado de comer, cuando Abilio cambia de postura y la sombra de su cabeza, que es la que ve José del Carmen deforme y aplastada contra el techo, da un brinco silencioso y se pone a acechar a aquellos hombres desde otro travesaño.

Esto dura así un mundo de tiempo, hasta puede que un minuto entero, cuando la voz de la sombra que ve José del Carmen pegada a los travesaños del techo dice con un cierto temblor, que tampoco es de miedo, pero que dice así, como si la voz estuviese arrepentida de algo:

– Bueno, eso era un decir...

Sin embargo, a pesar del tono conciliador de Abilio, nadie parece dispuesto a hablar. Aunque José del Carmen sí se agacha y recoge su plato, y los demás hombres hasta comienzan a comer disimuladamente su pescado. Y entonces, ya casi roto aquel silencio, Abilio se atreve a explicar humildemente que en verdad aquello le parece una exageración y que la Compañía no tiene ninguna culpa de lo que les está ocurriendo por querer seguir viviendo allá...

Es cuando a José del Carmen, que acaba de dejar el plato vacío debajo del chinchorro, le crece algo dentro, y dice, con esa voz que él tiene que sujetar a cada palabra, para que no vaya a abofetear con el insulto a un hombre que es su propio hermano:

– Aquí ya tenemos bastantes sermones con el cura, que viene una vez al año, ¡y a regañarnos!... Aquí un hermano ha pedido a otro hermano que le eche una mano, y ese hermano le contesta con una grosería... (y José del Carmen aguanta la voz, que le silba por las narices al respirar). Ahora, si este hermano dice después que tal y que cual, y que si pa'cá y pa'allá... y que si esto y aquello... ( y José del Carmen vuelve a respirar por la boca) y que no fue con mala intención y qué sé yo... la cosa se pone un poco mejor; pero siempre... ¡ese hermano se me puede ir de la casa!... (pero Abilio no se mueve) y se puede ir por eso (y José del Carmen respira más fuerte para arriba que para abajo, como cuando a un hombre le quiere saltar algo que quiere guardar dentro) ¡porque ya no es mi hermano!... (y entonces se produce de la nada, con sólo quedarse todos completamente quietos, un silencio grande, lleno de ojos). ¡Y dígame eso, porque él y que ha conseguido un trabajo bueno con la Compañía y que le dan la casa de bloques y que le pagan para comer completo y para que su familia también coma lo suyo, ahora, los demás y que no tienen derecho a seguir viviendo; ahora, ¡y que los demás pueden dejarse comer por la porquería!... (Abilio sigue callado y quieto, con su sombra encaramada allá arriba). ¡Mercedes! ¡Tráenos café!... ¡Ah, pues, (y la voz ya tiene otro respiro, como si al decir las cosas se le hubiese hecho sitio en los pulmones para llenarlos de aire) y que mi hermano no quiere nada con su hermano... ¡pues yo tampoco quiero nada con él! (y la voz se desmanda bruscamente) ¡que se le pudra lo que tiene, si tanto miedo tiene de perderlo!... (y espera un poco, y se le doma la voz otra vez). Eso es lo que le deseo al hermano ese al que se le han olvidado las noches que pasábamos desvelados junto al viejo nuestro cuando la nata del petróleo llegaba al pueblo, de miedo que una chamiza encendida o un cabo de cigarrillo prendiese un incendio que acabase con el pueblo... De eso y de todo lo que este pueblo es para nosotros se ha olvidado el hermano ese... El tampoco se acuerda de cuando teníamos que bebernos, a juro, el agua aceitosa del lago, ensuciada por la Compañía, que, si no me equivoco, y ustedes aquí todos son testigos, vino después que nosotros... ( y le da un brinco la voz). ¡Pero a él le preocupa, no nosotros, que somos su sangre, sino la Compañía, que es la que le alimenta el mondongo!... Pues ponga cuidado, (y José del Carmen apunta a la sombra con el dedo) que alguien le puede dar, y pronto, una puyada a la Compañía, y se le puede derramar eso que ustedes creen que es de ellos solos... (y José del Carmen mira hacia "Paraguachón", y Abilio ve que éste asiente gravemente mientras juega con el preservativo vacío liado en torno a un dedo). Porque de cualquier manera, más de lo que nos llegan ahora nos tiene que alcanzar... Y ultimadamente, ¡yo le digo al hermano ese (y a José del Carmen se le encarama la voz ronca hasta casi asomar el grito) que si él quiere que yo viva en una casa decente y que yo sea un hombre poco exigente, como dice que es él, que me consiga un trabajo con la Compañía!... ¡Ahí está, ¡ah?!... (los cuatro hombres, que están borrados, con sus espaldas contra las tablas, en frente de José del Carmen y del bombillo, brotan de pronto a la escena con aquellos movimientos de brazos y de pies que hacen al aprobar vigorosamente las palabras de José del Carmen). ¡No!... ¡Que me consiga un trabajo, y que me busque un trabajo para mi hijo y para mis compañeros!... (los cuatro hombres hasta dicen algo que se pierde debajo de las ruedas gordas y poderosas de la voz crecida de José del Carmen, y hasta asoma en "Cara e' viejo" el gesto de un aplauso). ¡Eso!... ¡Eso es lo que le digo a mi hermano! (y José del Carmen



baja un poco, solemnemente, la voz) y entonces no necesitamos que nadie nos pague la casa, ni que nadie, ni siquiera un hermano, nos eche una mano, y entonces, si la Compañía nos da trabajo y nos da una casita de bloques en "Campo Las Treinta" y nos paga para comer y para vestir y para mandar a los muchachos a la escuela, y no que se nos pudran los hijos nuestros sobre esta planchada como nos hemos podrido nosotros, entonces, digo, nosotros nos fajamos como los demás, como dice mi hermano que se faja, y entonces no tendrá él un hermano que le llama para que le ayude a mudarse para otra parte...

Todo el pequeño mundo del galponcito de tablas de José del Carmen, hasta la mujer, que está sorprendida y hasta un poco asustada de la elocuencia de su marido, que le recuerda la de Silvio Rojas, el maestro de escuela de Pueblo Viejo, y la del mismo Olimpiades cuando comienza a hablar en las reuniones, cree que aquello tiene que continuar. Pero la voz de José del Carmen se detiene y no la pone a andar más, como si todo él, después del desahogo, se hubiese quedado quieto y sosegado, con el alma tranquila.

- Bueno -dice por fin Abilio- (y las cuatro cabezas de hombre y la de Mercedes, cerca del fogón, dejan de verle la cara a José del Carmen y quedan viendo la sombra chata de su hermano) eso que decís vos, y que tiene muchas cosas de verdad, también lleva mucha paja dentro... (a Abilio le ha salido la voz tranquila) ¡porque la Compañía no tiene trabajo para todo el mundo!...

- No tendrá trabajo para todos -salta vivamente la voz de José del Carmen, incorporándose en el chinchorro- pero eso no me da a mí y a mis compañeros para llenar las bocas de nuestros hijos, y para los remedios cuando se enferman, y, ultimadamente, (y aquí le vuelve a brincar el tono) ¡si alguien tiene que pagar de más por nuestras casitas, porque hacer otras en la orilla cuesta más, más tiene la Compañía que nosotros, y si hay alguien que tiene que perder algo en este negocio, es justo y bueno que pierda más la Compañía, ¿no es así?, cuando mi hermano sabe muy bien que lo que ocurre es al revés!; (y la voz de José del Carmen llena la pieza grande y vacía con unos enormes ecos redondos). ¡Ahí está la planta eléctrica, y que produce, y debe ser verdad, electricidad para alumbrar una ciudad tan grande como Caracas, y aquí nos están regateando un bombillo de luz, porque por dos bombillos piches de luz tenemos que pagar diez, doce y hasta quince bolívares, siendo, como es, que nos faltan para puro comer, y ahí está (José del Carmen tiene por primera vez un gesto teatral) frente a nosotros, en el lago nuestro, una planta de gas, y que para meter gas dentro de la panza de la tierra, y que ¡porque sobra!, como si aquí, sobre el cascarón, a nosotros, los que nos han parido, es un decir, con un pie sobre esta agua sucia de aceite, no nos hiciese falta un poco de este gas para sancochar siquiera nuestro pescado!... ¡Eso es lo que digo yo!...

- ¡Esos son los argumentos de los extremistas!... -le interrumpe Abilio con cierta violencia.

- ¡Serán, serán!... ¡cómo no!... ¡serán extremistas si queréis!... ¡pero decime si son mentira!...

- Al menos exageraciones sí son...

– ¡Ah, sí!... Deben ser para mi hermano, que come completo todos los días... (José del Carmen casi se levanta del chinchorro). Deben ser... Pero la verdad es que esa comida que le dan a él no nos alcanza... ¡Y que también nosotros necesitamos comer todos los días!... Y si fuese que nos están negando una comida que nos caiga así, como llovida del cielo, no fuese nada, porque nadie da nada por nada; ¡pero lo que nos están negando es hasta trabajo!... ¡Y le repito a mi hermano que no nos dan ni lo que les sobra, que es ese gas que están guardando, yo no sé para cuándo, y que yo comprendo que si no hay para todos, está bien, porque eso de los milagros de aquellos pececitos, y el pato y la guacharaca, eso era antes; pero que quien pierda más no sea el que menos tiene, que ya tiene bastante poco con no tener nada!...

Todos, hasta la mujer, desde el ojo rojo de la brasa del fogón, lo aprueban ruidosamente; menos Abilio, quien permacene callado, recostado contra el mismo palo, con la sombra aplastada contra el mismo travesaño y el mismo pedazo de zinc.

Pero como no hay nadie que diga nada más, y como parece que todos están esperando que él diga algo, al fin es Abilio el que dice:

– Pues, mi hermano, si es así, y si ustedes se ponen de esta manera, no cuenten conmigo, porque lo que es yo no colaboro con extremistas, y yo siento mucho que sea mi hermano (y Abilio deja el apoyo del palo, y se va lentamente hacia la puerta) el que me dice estas cosas, pero con amenazas no se va a ninguna parte...

– ¡Pues ya veis por dónde –se levanta José del Carmen y avanza hacia él como si lo estuviese empujando fuera con la voz– ese es el único camino que nos estás dejando!... ¡Nosotros no te llamamos a vos aquí para amenazar a nadie!... ¡pero si tanto lo queréis, cuídate de tu petróleo, porque cualquier día alguien les revienta el tubo y se quedan sin tener con qué llenarse el mondongo!...

Y a Abilio, que sale sin siquiera voltear la cabeza, le parece que hasta se están riendo dentro.

La lancha salía del muelle a las tres de la tarde.

Todo lo que es el malecón era a aquella hora un sol blanco y pegajoso cocinando lentamente, sin prisas (como se deben guisar en el infierno los pecados de holgazanería) una flojera húmeda.

Abilio saltó a la lancha, y dijo:

– ¿Qué hubo, Enrique?

Estaba Enrique primero, y había también otros seis hombre sentados sobre las sillas fijas de tubos de aluminio con sus anchos trenzados de nylon, porque ésta era una lancha como un autobús. Abilio buscó un asiento pegado a la puerta lateral, para que le diera un poco el aire durante el viaje, el que, hasta el pozo probatorio donde estaban trabajando en La Cañada, duraba tres horas completas. Y entonces se desabotonó la camisa a cuadros morados y amarillos, se la sacó de debajo del pantalón, se descalzó sus zapatos viejos y estiró las piernas hasta sacar los pies desnudos y grandes fuera de la puerta, para que respirasen durante el viaje; después se acomodó en el trenzado de nylon hasta que le resbaló lentamente el cuerpo y le quedó la cabeza exactamente a la altura del

tubo del respaldo, y descansó las manos entre las piernas, como si se dispusiese a dormir.

– Mira, Abilio... –oyó que decía Auristel Ortega entrando a la lancha– ¿como que no váis a jugar hoy?...

Abilio no le hizo caso, ni siquiera abrió los ojos, y esperó, y supo, por el saludo o por alguien que lo mencionaba en la conversación, cuándo iban llegando sus compañeros, y cuando arrancó el motor de la lancha era que ya había llegado Catalino Marrero, que era el que llegaba siempre de último. Y cuando la lancha comenzó a trepidar ruidosamente, a sacudirse como esos martillos de aire comprimido conque rompen el cemento, le tembló todo el cuerpo como si fuese de majarete, y al rato, cuando le empezó a entrar por la puerta un airecito tibio, ya supo Abilio que la "tres diez" estaba dejando el muelle.

– ¿Supiste lo de Aquiles? –oyó que preguntaba con voz gritada uno que Abilio reconoció que era Conmemoración Rodríguez...– ¡que lo agarraron con unos niples y unos papeles en la casa!...

Abilio conocía a Aquiles, y sabía que andaba siempre metido en política y en líos del sindicato; pero, y ¿qué andaría haciendo con siete hijos metiendo niples en la casa?... A eso es a lo que lleva siempre la política y los líos de los sindicatos, a que un día le llegue a uno la policía... Y eso iba a pasar a José del Carmen cualquier día; porque ya andaba Olimpiades haciendo loqueras, y hasta el mismo José del Carmen se la pasaba ahora hablando pendejadas...

Cuando abrió los ojos, la lancha estaba ya a la altura de una planta eléctrica, la que Abilio veía ahora lejos, como una franja blanca de cemento con siete palos negros que eran las chimeneas, y observó cómo las interminables y derechitas hileras de cabrias de cuatros patas se iban abriendo a medida que la lancha iba avanzando en dirección al pozo. El agua la veía él pasar desde la altura de su cabeza, que la tenía echada casi a ras del agua, como una plata que hubiese tomado una dirección de río crecido, y como si la lancha estuviese remontándolo para buscar la fuente. Sólo en las proximidades de la lancha, en el primer remanso de la cresta blanca que levantaba a cada lado la proa de la embarcación, podía descubrir Abilio una delgada mancha de aceite sobre aquel agua que tenía una nata de alga verde, de un limo que sube a la superficie en cuanto llueve, porque el agua del lago se hace entonces menos salobre y las algas se mueren por falta de sal, y flotan como natas. Así, en verano el lago es más transparente; más verde o más azul, según pinta el cielo; pero en invierno, cuando llueve mucho, el agua amarillea de tierra cerca de la costa y comienza a flotar el alga como si buscase aire para respirar. Era, en verdad, extraño cómo el inmenso bosque de esos estrechos y tiesos cuerpos metálicos que eran las cabrias, que se veían apretadamente juntas a la distancia, se iba abriendo y abriendo, como si el movimiento, en lugar de estar en la embarcación, estuviese en las mismas torres y fuesen apartándose a la manera de un extraño ballet mecánico, como si aquella sensación de ir a dar contra las torres se fuese desvaneciendo, como en un sueño. Esta tarde, y era extraño de verdad, no se veía pasar ningún cayuco de pescadores en busca de la curbina y del bagre y de la palometa y la lisa que tanto abundan en el lago; Abilio se sorprendió de no ver ni una sola embarcación, nada. Y también es raro, y de eso se estaba dando él cuenta ahora que había notado aquella soledad del lago, que ni

siquiera hubiese un buchón o una tijereta o una zaguara para alegrar aquel cielo, que lucía blanco, como calcinado, de tanto sol. Y sin embargo, en medio de aquel extraño y solitario paisaje mecánico, en aquel mundo guardado por los ariscos y cuadrados soldados de hierro, el lago latía durante las veinticuatro horas del día, a través de un sistema de venas de acero injertado bajo el agua a las entrañas de la tierra, el pulso de sangre de un petróleo espeso y caliente.

Y Abilio, mientras regresaba a la conversación de anoche con José del Carmen, iba descubriendo contra la luz deslumbrante del cielo los tenues hilos de alambre que alimentan las cabrias con la corriente eléctrica que mueve los balancines, esas extrañas testas de dinosaurios modernos que cabecean en este árido desierto de aguas para bombear el aceite que carece de fuerzas para subir por sí mismo desde las escalofriantes profundidades de dos y tres kilómetros dentro de las entrañas de la tierra, donde se cuece el rico y poderoso excremento del diablo...

Pero ya Abilio estaba dejando completamente de ver las cosas por fuera, porque, con la brisa y la trepidante monotonía de aquel ruido de motor, se estaba quedando dormido.

Cuando se despertó no es porque a él le cansara aquella postura, porque estaba acostumbrado a dormir así, sino porque alguien que se había sentado a su lado dijo a otro que debía estar detrás:

– ¡¿Supiste lo de "la gandola?!"...

"La gandola" era una inglesa grande, con unos senos enormes, como ubres, que con aquel penacho de pelo color de maíz seco encendido al sol y con una grupas que parecía iban a descoyuntarse al paso de aquellos sus pies grandes enzapatados de rojo, siempre de rojo, solía ir en sus buenos tiempos a esperar en La Salina a los "buchitos" que traía un barco desde Curazao y Aruba para irlos cogiendo uno a uno, insaciablemente, en su vieja casita del R-5 de Corito, dentro de la Rosa Vieja...

Y a Abilio le había brincado el nombre por encima del sueño sobre aquel terrible ruido del motor y el traqueteo de la lancha, y le había sorprendido el pensamiento allá dentro de su sesera, porque él mismo había tenido que ver con ella una vez que la tropezó con una lata de agua sobre su cabeza y lo llevo a pasar la tarde con ella en aquella cama grande de hierro que tenía en su cuarto que también era la cocina, de donde había salido Abilio livianito, como creía él que debe sentirse alguien a quien le han sorbido los huesos por la cañada...

Pero cuando Abilio terminó de abrir perezosamente los ojos y miró a Auristel, que es el que, gordo y sudado, estaba a su lado, ya su conversación con Camilo Fernández iba en que el brujo de Los Puertos de Altagracia que estaba viviendo en Cabimas, un tal Don Andrés, le había curado a una hija suya de una tullidera por pasmo, y que decía que era tan bueno que tenía en su patio guindando hamacas y chinchorros donde cuidaba a más de veinte enfermos...

– ¿Tú crees en brujos, Auristel? –le interrumpió Abilio con un bostezo.

Auristel no supo así, de pronto, qué contestar; pero luego le brincó algo a la cabeza, porque dijo nerviosamente:

– Y si te cura tu hija, ¿tú no crees?...

Pero ya se avistaba la cabria probatoria, sola en La Cañada, y todo el mundo comenzó a moverse en los asientos: los que estaban jugando barajas en popa a liquidar sus posturas, y otros a ponerse los zapatos, como Abilio, que los metió donde eran, por lo holgados, de dos patadones.

Ya había empezado a nochecer, pero aún asomaba sobre la costa del lago, que es tierra baja, un pedazo de sol de un rojo intenso y transparente; el agua había perdido ya toda la plata del cielo, y estaba cambiando, con la misma luz de arriba, hacia un extraño verde con reflejos blancos, amarillos y rojos, según los múltiples y movedizos planos por donde lo iba mirando, y en algunas suaves mecidas del agua se descubrían de vez en cuando flotando quietamente, unos como ovillos desmadejados de algas viajeras; o de algas muertas, porque después de muerto no se viaja, sino que basta, para el gran viaje, con dejarse llevar.

Cuando la lancha atracó en el costado de hierro de la gigantesca gabarra, que estaba pegada a la cabria probatoria de perforación, y algunos tenían en sus manos los portaviandas de peltre con su cuchara escajada a un lado, o sus marusas de colores ajados, y fueron saltando con aquellos gritos de muchachito con que saludan a los compañeros de la cuadrilla que van a relevar.

– ¿Saben? –dijo un moreno gordo de bigote recibiendo a los hombres que estaban saltando a la gabarra– que hace un rato estuvo una lancha de la Guardia Nacional?...

– ¿Qué pasó? –preguntó Auristel, que estaba cerca de Abilio.

– Yo no sé... y que han dañado un pozo esta madrugada, y que están buscando unos elementos que andan huyendo por el lago...

Cuando Abilio trepó por la estrecha escalerilla vertical soldada al lomo de hierro del taladro, hasta el encuelladero, ya era de noche.

Lo que podía ver desde donde estaba encaramado en aquella altura de treinta metros, solo en aquel "nido" de encuellador, entre la plataforma de perforación y la cornisa, que es la corona de acero de esta cabria que tiene cuarenta metros de altura y que es donde se apoya la polea, era un cielo blancuzco y transparente, de una claridad mate y muerta que no alumbraba el lago, donde regresando Abilio con los ojos no podía ver el agua, y aún debajo de sus pies, no podía descubrir desde aquella altura más que pedazos de tubo y trozos de máquinas gigantesas esparcidos en dos planos: uno, cuadrado y reducido, el de la cabria misma, y otro, en un nivel un poco más bajo y de forma alargada, de embarcación grande, el de la gabarra, hasta donde bajaba una estrecha y pesada escalera de peldaños prietos de hierro.

Debajo, Abilio veía las cabezas y los pies de hombres que se movían en un plano horizontal, como si se desplazasen por la magia de algún hilo escondido en la música de aquellos alaridos del malacate que le alcanzaban a él desde aquel abismo mecánico alumbrado con bombillos.

La cuadrilla que iban a relevar estaba en aquel momento sacando el tubo para cambiarle la mecha, que ya estaba "amellada".

Ya Ulpiano "Calembe", a quien iba a relevar, tenía arrumados de pie, en hileras bien prietas, el centenar y medio de tubos de treinta metros que había que sacar para llegar a

las ruedas dentadas del barreno. Este era un trabajo duro que requería habilidad y fuerza, y que tenía sus peligros; pero que pagaba buen sueldo, y que no todo el mundo lo podía hacer; unos porque no tenían la juventud y el valor de pararse en el mismo canto de un abismo de treinta metros de altura abrazando y encuellando, (con los dos brazos apoyados en sólo dos piernas que a veces se doblan por las rodillas) unos tubos de acero de treinta metros de largo que se cimbrean y se escurren como anguilas, y otros porque aún queriendo fajarse ocho horas al día y arriesgarse el pellejo en la maroma de aquel "nido" de encuellador, porque sencillamente había más hombres que cabrias, o también porque, como en el caso de Ciro "Sol caliente", porque tenían fama de comunistas... Y él Abilio Reyes, que ya llevaba casi diez años trabajando fijo como encuellador, estuvo a punto de meterse ahora en el lío de ese Comité, donde hay siempre gente torcida. ¡El había dicho a José del Carmen más de una vez que lo único que trae andar con esa gente es más problemas!...

Y esto se le ocurría a Abilio allá mismo, en lo alto del "nido", mientras se ponía los guantes grandes de lona y asbesto, porque con aquello de que habían dañado un pozo en el lago se le ocurrió pensar en la habladera de anoche de José del Carmen, que parecía como aprendido de los discursos de los extremistas... Y ahí estaban los resultados que Olimpiades mismo se había tenido que ir para el monte... El mismo Abilio, había hecho mal en acompañar a "Cara e' viejo" hasta Pueblo Viejo anoche, porque cualquier vaina que le caiga allá a su familia le puede perjudicar a él en el trabajo... ¡Todo por querer echar una mano a ese... pendejo de su hermano, que se había ido quedando en la planchada, como un güebón!...

Esos guardias ¿a que habrían venido al pozo? ¿Tendrían sospechas de alguien que trabaja en la Compañía?... ¿Y si estuviese Olimpiades metido en esto?... ¿Y si lo estuviese hasta José del Carmen mismo?...

– ¡Carajo!...

Nadie le iba a oír la exclamación, porque su relevo ya estaba bajando la escalerilla vertical de hierro, y los de abajo no podían, por la distancia y el ruido. Pero Abilio miró para abajo, a aquel circo reluciente de la mesa de perforar alumbrado por bombillos, y vio al "Chivo" Auristel, y a Camilo "Mono viudo", que eran los cuñeros de su cuadrilla, ya uniformados con sus viejas camisas y sus pantalones empapados de aceite, listos a enfrentarse a aquel toro bravo que embiste con cuernos de máquina por donde quiera que uno mire, y por dondequiera que a uno se le olvide de mirar. Y con ellos estaba a un lado, pegado al malacate, Teodosio Velásquez "Cacholo", que era el carretero, y Erasmo Garrido "Pelo fino", que era el aceitero, y Maximiliano Coronado "Clavo e' cobre", que era el perforador. A medida que se iban poniendo los cascos de aluminio, que eran holgados y relucientes, sobre sus cabezas, Abilio fue perdiendo de vista a los hombres, porque lo que iba quedando de ellos desde la perspectiva de aquel rumbo de pájaro era unos enormes platos relucientes a los que les salían pedazos de brazos y de piernas aplastados contra el reluciente piso de barro de perforar y que se desplazaban cómicamente, como si resbalasen de lado, como movidos por unos resortes mecánicos.

Cuando Abilio empezó a trabajar aquí hace unos años tenía la sensación de que los cascos eran unas luces más, y le asustaba la idea de haber quedado, de pronto, solo en aquel circo de los sombreros luminosos que se movían al compás de los golpes de mazo

y los restallidos de látigo y los golpes secos que sacaba la cadena del carretero cuando lo frenaba en seco, y que sonaba como si estuviese descogotando unos cuellos de hierro; le dolían los lloros de aquellos frenazos de camión que le llegaban de abajo, que le hacían brincar, porque ponían a trepidar todo el poderoso andamiaje de acero de la cabria, y le aturdían los tremendos golpes de campana que le sonaban cerca cuando arrumaba una pieza sobre aquel órgano de tubos parados, con sus pies redondos e iguales pegados el uno junto al otro, contra un lado de la cabria.

Pero uno se hacia a todo, y ya aquel trabajo que podía parecer peligroso era una rutina, y ya ni se amarraba el cinturón de seguridad para trabajar sobre el metro cuadrado de plataforma que era el "nido". El le había perdido ya el miedo al vértigo, y se sentía en aquel borde sin defensas de la plataforma con la misma seguridad con que se había parado de muchacho en la orilla de la planchada de Pueblo Viejo. Y si no se hubiese sacudido aquel miedo que él se trajo al principio a esta novedad de pararse en una cabria, hacía tiempo que se hubiese muerto de algún susto.

O se hubiese tenido que replegar a la muerte de vivir varado en Pueblo Viejo... Con el tiempo Abilio se había acostumbrado a mirar las cosas desde aquí arriba como quien se acostumbra a verlas de lado o desde abajo. Ahí estaban sus compañeros allá lejos, a sus pies, con los zapatos bien plantados sobre un piso de acero; pero ellos, con tener sus pies bien pegados al suelo y todo vivían en la cabria los mismos riesgos de pasar el páramo que él, porque tanto da morir despachurrado sobre la plataforma, en el piso de la cabria, como morir aplastado de un mandarriazo que le dé a uno un tubo que no agarra bien el bloque y le cae como si fuese del cielo, o morir a mazo con un golpe de tubo que se le escapa al cuñero, o todavía morir desnucado de un latigazo de la cadena, o todavía, y ya es llevar bien lejos la suerte de morir en este circo de cabria, pero ocurre, cómo no, enganchado por la pierna y batido contra el acero como un pingajo cuando se enreda en el pantalón una de aquellas asas que giran en la mesa como un diablo...

Por eso que aquellos que piensan que el trabajo del encuellador es más peligroso es porque no están acostumbrados a ver las cosas desde arriba, desde donde se ven, y esta es la verdad, las cosas tan diferentes...

Abilio vio que le llegaba entonces el bloque halando un tubo que venía escurriendo barro líquido desde casi cinco kilómetros de profundidad, y lo abrazó poderosamente y lo sujetó debajo del sobaco (que lo sintió frío y viscoso) como se sujeta una cabeza de carnero o de toro que embiste para cornear, y lo arrumó al lote ya casi completo de tubos donde resbalaban las luces blancas de los focos hasta el piso, pringoso de barro blancuzco. Y salió, como una aparición, la mecha.

Se calló el ruido de máquinas, y Abilio vio cómo los cascos del capataz, el perforador, el carretero, y los cuñeros, todos, se movían horizontalmente y rodeaban la mecha, que escurría un agua turbia que a Abilio se le ocurrió que podría ser sangre caliente.

Todos, en torno a la mecha, acariciaron supersticiosamente aquellos dientes que habían estado mordiendo en las entrañas de la tierra.

Hasta las lejanas alturas de Abilio llegó la voz del capataz:

– ¡Los dientes ya están flojos!...

Y después la de "Cacholo" que dijo:

– ¡Sí, están flojos!...

Ahora mientras alguien trae otra mecha y la colocan, que es la señal para comenzar a meter rápidamente, por el hueco ya abierto, la articulada culebra de los casi cinco kilómetros de tubo de acero otra vez, lo que va a requerir un esfuerzo de largas horas abrazando tubos, Abilio observa que en todo en derredor, al margen de los resbalones de luz, algunos retorcidos, otros derechos, que brillan sobre los tubos y sobre los hierros de la cabria y sobre pedazos de gabarra, todo está oscuro en el lago. Todo eso, todo lo que hay de muerto y de vivo alrededor de la cabria, todo está oscuro. Todo... ¡menos un puntico de luz que se acaba de encender en el horizonte, y que Abilio teme que pueda venir enfilando la cabria!...

Y por si hay alguna duda, allá está, al rato, porque los de abajo siempre ven las cosas de lejos más tarde, la voz del capataz que dice:

– ¡Allá viene la lancha otra vez!...

Rogelio Márquez, el capataz, es el único que puede decir eso, porque es el único que vive permanentemente en la gabarra, y esto dice a Abilio sin dudas que esta lancha es la de los guardias.

Y aunque la atención ha regresado a la mecha otra vez, y la han colocado, con sus marcas de pintura roja y todo, y aunque después comienzan a meter tubo, ya nadie está en lo suyo, en lo que están haciendo con las manos o con los brazos, sino en aquella luz que se está acercando por el norte.

¿A quién pueden andar buscando los guardias nacionales?... ¿Estará, de verdad "Paraguachón", que parecía tan malicioso e insolente anoche, metido en esto?... ¿Y Olimpiades?... ¡Hasta José del Carmen podía!... ¡¿Y si lo buscasen a él mismo, por lo de anoche?!...

Abilio no quiere decirse nada a sí mismo, pero aunque no lo quiera confesar le han comenzado a flojear un tanto las piernas. Y con el tiempo, a medida que baja aquellos tubos, hasta los pies los comienza él a sentir junto al cuero de sus botas de seguridad, que se le antojan ahora pesadas y torpes de arrastrar sobre la plataforma de hierro. Así, con la cabeza partida en muchos pedazos, es como se le escapa aquel tubo de debajo del brazo...

Los treinta metros de acero se tambalean lenta y poderosamente sobre su pie redondo apoyado en la plataforma, como se puede estar cayendo un poste de treinta metros, y van por fin, a dar, a pesar de los gritos de los hombres, su campanada de acero contra la cabria, que se estremece toda, como si de veras le hubiese dolido el mandarriazo.

En lo que piensa Abilio mientras coge su mecate y corre pesadamente sobre sus pies de plomo a lo largo del estrecho balcón de hierro, con los pasos de sus botas, "tap-tap", sonándole en la cabeza, para enlazar el tubo en el otro extremo de la cabria y pararlo, es en lo tontamente que han corrido sus compañeros de allá abajo, con los brazos protegiendo las cabezas, porque tanto da morir con los brazos arriba que con las manos metidas en los bolsillos. Y piensa que él está más seguro arriba en el "nido"...

Pero después, cuando Rogelio Márquez y "Cacholo" y "Pelo fino" y "Clavo e' cobre" se quitan los cascos y ve aquellas cabezas y aquellos ojos que le miran desde abajo, piensa que lo que ellos están viendo de él es apenas la cabeza, y acaso parte de los



hombros y media bota fuera de la plataforma de acero, en el aire, alumbrado por un bombillo, como algunos santos, y se le antoja que ahora sí se puede caer él para abajo desde este cielo falso que es la altura, porque los otros son los que están con los pies asentados sobre una sólida planchada de acero...

Márquez, el capataz, que es el que puede decirle algo, se contenta con mirarlo así, con el casco en la mano. Y de lo que se ocupan todos después, sin decir una sola palabra, es de aquella luz en el lago, que ya se ve del tamaño de un faro de camión.

Pero comienza a jadear y a gritar el malacate, y a silbar el látigo de la cadena abrazando los delgados tallos de los tubos, y a girar criminalmente intencionadas las asas cerca de los pringosos pantalones, y de las sudadas piernas de los cuñeros, y Abilio tiene también que abrazarse a los tubos, (a pesar del sudor helado de su frente, y aquellos pies y aquellos brazos que le parecen que cada vez son menos de él, para irlos mandando, uno a uno, a las entrañas de la tierra.

Cuando la lancha atraca, por fin, contra la gabarra, Abilio está con el cierre de la masa en sus manos, y se detiene, y abajo los hombres no pueden hacer otra cosa que esperar, porque en esta cadena de movimientos sincronizados que es el trabajo de perforar nada pueden hacer los demás hasta que a Abilio se le ocurra apretar el tubo allá arriba. Y nada hacen, porque el capataz está bajando la escalera estrecha de hierro que une la cabria con la gabarra, y el perforador y los cuñeros están ya en la baranda de la plataforma viendo en qué para todo aquello.

Abilio ve saltar de la lancha primero a un guardia, y después a dos más, y ve cómo los tres se ponen a hablar con el capataz.

A Abilio se le hace más cierta cada vez la posibilidad de que le puedan andar buscando a él mismo.

Entonces piensa que hasta se le puede acabar aquel trabajo, y que se le puede terminar su casa en "Campo Las Treinta", y ¡quién sabe si hasta lo pueden poner preso!...

Esto le cae a él por dejarse llevar... Porque podía haberle dicho a "Cara e' viejo" que él no tenía por qué llegar hasta Pueblo Viejo, si no le decía para qué... Pero no, él se montó con aquel pendejo, y a aquella hora de la noche, para Pueblo Viejo...

Es como si de solo pensarlo, alguien le hubiese dado un golpe en el estómago, porque lo está sintiendo dolido y frío; tanto que se recuesta contra la baranda posterior del encuelladero.

– ¡Abilio!

Cuando oye llamarse es cuando Abilio descubre allá abajo, en aquel pozo de luz blanca, a "Cacholo", que le está haciendo señas con el brazo, y comprende que a lo que están llamando es a comer, y descubre entonces que los demás ya están bajando hacia la gabarra, y que "Clavo e' cobre" ya se está lavando las manos cerca del depósito de barro de perforar.

Abilio hace entonces por reunir unas fuerzas en sus pies, que los siente perdidos en sus botas, y sí los puede mover, y también frota sus manos una contra la otra, para sentir las vivas debajo de sus grandes guantes de lona, y se dice a sí mismo que ésta es una hora buena para probarse, porque bajar aquellos treinta metros verticales sin una defensa donde asirse para un desmayo, en esta hora en que el miedo se abraza a uno como un bejuco prieto, es una medida de hombre... Abilio quiere decirse entonces a sí

mismo que lo que pueden hacerle los guardias no es mucho, porque él no ha hecho nada, y hasta su hermano y los amigos de su hermano pueden dar testimonio de sus palabras en Pueblo Viejo, y que hasta seguramente José del Carmen mismo irá a decir que Abilio no es hombre de esos enredos, que lo único que hizo él anoche fue venir a verlo porque él mismo, su hermano, le había mandado llamar de urgencia... Todo esto se dice Abilio a sí mismo antes de moverse, para ver si aquello le da fuerzas... Pero resulta que no, que aquel temblor de las piernas no se le va, y que aquellas burbujas de aire que le andan en la cabeza sin dejarle ver las cosas que tiene delante como él sabe que son de verdad, no se le quieren ir tampoco... Pero al mismo tiempo Abilio sabe que él tiene que bajar, que tiene que aparentar que él no sospecha nada, y que él no tiene ninguna culpa de las vagabunderías que puede cometer su hermano, y que él es hombre decente y un hombre de trabajo... Y que si hay un hermano y un sobrino que son flojos y extremistas en la familia, que eso es cosa de ellos, porque así de mal intencionada es la gente de uno algunas veces...

Lo primero que hace Abilio entonces, que es cuando se va a medir consigo mismo, es ponerse derecho, borrarse aquellos hombros caídos de dos manotazos que se da él mismo con guantes y todo, y luego, asustado como está, quitarse los guantes y dejarlos en un ángulo de la estructura de la cabria, y ponerse de pie en el borde de la plataforma, pero mirando al negro infinito del lago, y entonces girar sobre sí mismo, y agarrarse bien con las dos manos a los dos pasamanos que se desploman treinta metros hasta el piso, y así, agarrados los dedos a aquellas dos varillas delgadas de hierro que uno siente que se le van a derretir, bajar uno de las botas, con su pie frío dentro, hasta un peldaño más abajo, y cuando siente que ya la bota no baja más, y que su rodilla tiene que hacer una fuerza, ensayar angustiosamente si le aguanta el peso del cuerpo, y luego, cuando ya ve que sí, que el cuerpo aguanta sobre la rodilla y sobre el pie izquierdo, entonces levantar el otro zapato y echarlo para atrás y bajarlo con aquel sudor de hielo en la frente, que es como si le apretase una argolla, y bajar también la mano lo que le parece que es un tramo, y así, despacio y sintiendo cómo trabaja, ansiosamente, todo su cuerpo, como si todo él estuviese acudiendo en socorro de sí mismo, descender con los ojos cerrados, lentamente, parsimoniosamente, con un susto que se alarga y alarga y que no termina nunca, uno, uno, otro y otro, hasta que después de mucho tiempo de largo y largo caminar de espaldas y para abajo, tropezar con algo que él sabe que es el piso de hierro donde descansa, tranquilamente, como descansa un muerto, todo el peso de la torre de perforación. Y entonces mismo, cuando acaba de llegar, no se le ocurre dar gracias a nadie, y se acaricia las rodillas y se tienta los brazos y se sorprende de sentirse entero.

A Abilio, que le había huído la sangre a todos aquellos resquicios por donde lo podía espantar un susto, le está regresando el calor a sus manos y a sus pies y a su cara, donde siente ya como un sofoco, y con la sangre, también el alma le está volviendo donde está siempre, a la misteriosa conciencia de sentirse uno mismo.

Y sólo entonces dice Abilio, sin pensarlo mucho, pero repitiendo lo que ha oído a su madre en algún apuro grande:

"Gracias a Dios"...

Dice esto y ya se encuentra bajando la pesada y estrecha escalera de hierro hacia la gabarra; y cuando se lava las manos y se acerca a la mesa, que es una tosca ensambladura cuadrada de tablas entre unos montones de tubos, hay varios que lo miran y le dicen entre bromas que creían que se había caído al lago.

Abilio saca su porta-vianda de peltre de debajo de un cajón que está pegado a los tubos, y pone sus tres perolitos al lado de otros, encima de la mesa, y se sienta en una esquina que le deja libre Camilo. Después observa los contenidos de los demás perolitos, por donde ya andan metidas muchas manos, porque en las cuadrillas de perforación lo que trae uno es de todos, comen en grupo, y todo el mundo se entera cómo cocina la mujer de uno y de dónde es, porque si lleva picante es andina y si pone plátanos a menudo es zuliana y si siempre es pescado, pues es margariteña, y también se sabe cómo anda cada cual de presupuesto, y entonces Abilio descubre con sobresalto que hay también dos guardias que, aunque no han traído nada, están metiendo sus dedos en su perolito de cochino frito con arroz y plátano horneado. Y Abilio ve eso y no se incomoda ni lo asusta, para sorpresa suya, y hasta se atreve a decir, haciéndose el zoquete, sin necesidad, a uno de los que están aún con la mano en su cochino:

– ¿Andan persiguiendo ladrones?...

El guardia, que está aún reuniendo su bultico de comida entre sus dedos, lo mira sonriente y contesta con un movimiento de hombros; pero cuando después se mete su comida en la boca, y como los demás está hablando de cuánto puede correr una lancha en el lago, el guardia le dice, mezclando su voz con la de los demás, que no, que no son ladrones a los que andan buscando, sino a unos hombres que han reventado una instalación en el lago con dinamita...

– ¿Dinamita en el lago? –pregunta Abilio, y la boca se le llena de piedras.

– Sí –añade el guardia– volaron una de esas... estaciones eléctricas...

Todos parecen conocer la noticia.

Y hay varios que aprueban aquello a cabezazos, mientras comen, y uno dice:

– Debe ser...

Otro menciona entonces aquello de que a Aquiles lo han sorprendido con unos niples en la casa, y cada uno luego quita y pone los detalles que puede.

A Abilio le gustaría preguntar si conocen nombres, pero no se atreve. A él le basta saber, por el momento, y con eso se le enciende un fuego caliente y grato en el estómago, que no lo buscan a él mismo.

Lo que a él le anda ahora en la cabeza, pero como a distancia, como si fuese con otro, es la posibilidad de que sea alguien de su propia gente.

Es cuando aparece el capataz acompañando al teniente, y cuando todavía pueden decir que la cosa es con él. Y a Abilio se le vuelve a enfriar el estómago, y se le pega la comida a medio camino...

Pero no hay por qué, porque los hombres se apresuran a levantar los perolitos vacíos y a meterlos en las bolsas de tela o a montarlos en los porta-viandas, y luego se encasquetan sus sombreros de aluminio y comienzan a subir, uno tras otro, cada uno con su comentario en la cabeza o pasándoselo a quien está más cerca, hacia la cabria otra vez.

Abilio, a quien se le ha encendido, al irse definitivamente el peligro, una enorme indignación, como quien regresa de un susto, sube los treinta metros verticales de escalerilla con la facilidad con que lo hace todos los días. Y luego se pone sus guantes de seguridad, y se para desafiante en el borde de la plataforma, con el aplomo de siempre. Y ahí, donde no hay tiempo que perder, y donde el hombre es una articulación más en la máquina de perforar, agarra un tubo, se yergue sobre las puntas de sus botas para alcanzar el bloque viajero, y cierra la llave en torno al tubo que sujeta con sus fibrosos brazos (en realidad con todo el cuerpo y con todo el alma) y la masa lo baja después a pulso, un pulso de golpes secos, "tac-tac'-tac'", seguros, de perforador, hasta que los cuñeros abajo lo ponen descansando exactamente sobre el que está ya metido, y entonces Abilio ve y oye cómo el latigazo de la cadena que pasa rozándole la cabeza a "Cacholo" atornilla los dos tubos, y cómo el malacate deja entonces correr el poderoso hilo de acero de aquellas cinco gruesas guayas con un silbido que se queja de los centenares de metros de tubo que bajan a la velocidad de caída de su tremendo peso, y cuando el tubo se mete hasta sólo dejar asomando un pedazo, frena el malacate con ruido de pitido y de grito largo y profundo, y cuando toda la cabria se conmueve de aquel tremendo esfuerzo, Abilio vuelve a abrazar otro tubo y apresarle el cuello con el cierre de la masa, y otra vez el empuje con el tubo que él acaba de bajar y otra vez el malacate soltando guaya treinta metros, con el mismo ritmo mecánico y preciso con que están moviéndose los brazos y los pies que Abilio ve que les salen a los relucientes cascos que se mueven horizontalmente, con carreras bruscas, con frenazos cortos, sobre la plataforma.

Es cuando al "Chivo" Auristel se le escapa un tubo en una de las mecidas allá abajo, y casi revienta la cabeza a su compañero, como un badajo de treinta metros puede partir un coco...

Y así, a este ritmo, continúa el trabajo de meter tubo por horas, sin descanso. Hay un momento, cuando casi los cinco mil metros de tubo están dentro, cuando a Abilio se le hace el trabajo tan mecánico que ya resulta peligroso.

Cuando Abilio aprieta la llave de la masa al cuello del último tubo arrumado a su derecha, piensa que José del Carmen es capaz de haberle podido comprometer en vísperas de lo que tramaban, para dañarlo, o acaso por simple envidia, porque él ha podido llegar a un puesto fijo en la Compañía...

Es cuando Abilio descubre otra luz lejos, dentro del lago, y Abilio sabe, por esto y por la hora, que es pasada la media noche, que aquella es la lancha del relevo.

Y esto, que debería ser motivo de alivio, lo termina de desinflar, y hasta descubre, aunque lo ha visto muchas veces, que el "Chivo" se mueve abajo con más torpeza y con mayor lentitud, y que "Mono viudo", su compañero, hace un par de horas ya que viene acudiendo a agarrar el tubo a destiempo, y piensa que ya es el cansancio, y que después del viaje en la lancha, que fue de tres horas, y después de cinco o seis horas de aquel trabajo, aquellas cabezas y aquellos pies y aquellos brazos ya no pueden moverse a la misma velocidad que al principio, y que estas ocho horas de faena que les toca en la cabria todos los días, que en otra clase de trabajo podría dar sólo cansancio y nada más, aquí es muy peligroso, porque el malacate baja el tubo a la velocidad de siempre, con aquellas poderosas sacudidas de máquina del comienzo; pero el brazo y las piernas del

hombre no funcionan así, y después de cinco horas ya la cabeza no manda igual que al principio.

El mismo Abilio, aunque quisiese hacer otra cosa, porque dejarse desinflar allá arriba es muy peligroso, se da cuenta que su cabeza no da para más, y que su brazo no tiene la fuerza de antes, y que sus piernas y sus brazos se mueven sólo porque ya están acostumbrados, pero como si ya no supiese lo que está pisando, cuando dejar de pisar es un salto de treinta metros...

La lancha se está acercando, y Abilio puede ver ahora, por el foco de luz, que es de verdad que son los compañeros del relevo y no es la guardia nacional otra vez.

Cuando Plutarco "Plata e' plomo", el relevo, sube al "nido", Abilio no baja enseguida, sino que se le queda al lado y le pregunta qué hay de nuevo, y qué se dice en Cabimas, porque él es de allá.

– Tú sabes, lo de Aquiles... –le dice con la voz alzada con el esfuerzo de abrazar un tubo.

– ¿Y qué se dice de Aquiles? –tira de la lengua Abilio...

– ¿Tú no sabes que lo pusieron preso?...

– Sí...

– ...Por el asunto de unos niples... ¡por meterse en vainas!...

– Sí... –contesta Abilio, para alargar la conversación.

Pero como "Pata e' plomo" se queda en eso, añade, con el miedo de ir demasiado lejos:

– ¿Y qué se supo de los que volaron la sub-estación?

– ...¡Ah!... y que han agarrado a dos, y que uno y que está muy grave, y que lo han llevado para Caracas... –Y "Pata e' plomo" cierra la llave de la masa y suelta el tubo, y Abilio está todavía colgado de los labios de su relevo, y hasta el pregunta:

– Y ¿qué más?

"Pata e' plomo" coge aquel hilo otra vez:

– Sí, y que consiguieron otro elemento ahogado, quemado por la explosión y después ahogado, cerca de la sub-estación...

– ¿Y quiénes son?... –Ya ve las luces de la cabria rojas de sangre.

– Uno de ellos, el que llevaron a Caracas, y que no se sabe quién es seguro, pero y que dicen y que es Ustoquio, tú sabes, el que trabajó en Eléctrico y lo botaron...

A Abilio se le descuelga un peso desde el pecho hasta las piernas.

– Sí, cómo no..., que dicen que es comunista.

– El mismo...

– ¿Y quién más?...

– Pero y que hay más gente metida en esto, porque que había más que una lancha en el asunto, y que hay alguna gente huyendo por el lago y que...

Pero cuando "Pata e' plomo" termina de poner la llave en torno al cuello del tubo y la suelta, que es poco después que terminan de hablar, ya Abilio está bajando las escaleras verticales de hierro, y pensando que sí le hubiese dolido que uno de esos muertos fuese su hermano o su sobrino, pero que si no lo han sido y que si andan huídos por el lago merecerían que los prendiesen y los metiesen bien presos, y que él no movería ni un solo dedo para sacarlos, para que dejen esos bolsiclones de pensar y de

hablar mariqueras, porque todos los que hablan así acaban como unos bolsas en la cárcel, o en un hueco, que es más frío...

Ya ha bajado las escaleras estrechas de hierro, violento por la indignación, y ya ha bajado a la gabarra, y está Abilio mudándose la ropa abajo cuando lo llama Exeriel "Bucho", el aceitero del relevo, y e hace una seña desde la cabria y baja luego hasta donde se está poniendo Abilio el pantalón limpio, y le dice:

– Mirá, y ¿cuándo te bajaste vos de allá arriba, si te estuve esperando en la plataforma y no te vi?...

– Es que me demoré un ratico con "Pata e' plomo" allá arriba...

– Estuve con José del Carmen en el portón...

– ¿En el portón?... ¿Y qué hacía allá? –preguntó Abilio con viveza.

– No, hombre, y que le habían dicho que habían volado unas instalaciones en el lago, y que quería saber si te había pasado algo...

– Y ¿qué le dijiste vos?...

– Qué el voy a decir, que no, que eso de las explosiones habían sido antes del relevo y en otra parte, y que no tuviese cuidado, que no te había pasado nada...

Abilio, quien ya se está abotonando la camisa, le pregunta:

– ... Y ¿qué dijo él?

– Nada; a pesar de que le dije que se fuese para la casa, porque ya después no tenía autobús, ya era tarde, eran como las diez... me contestó que no...

– ¿Y no se fue? –le interrumpe Abilio ya con el porta-viandas en la mano y una ropa sucia debajo del brazo, disponiéndose a marchar, porque ya le están llamando desde la lancha.

– Eso quería decirte, que no, que iba a esperarte para verte bueno... vos sabéis que ese hermano tuyo sí te quiere, cará... –y "Buche" se ríe.

La lancha, con Abilio dentro, arranca con todas sus trepidaciones y sus ruidos, a la una y media de la madrugada.

Abilio no se saca la camisa ahora, como en la tarde, sino que más bien, y aunque no hace frío, se arropa con un saco que encuentra en un rincón de la lancha, se sienta, y después pone sus pies, con zapatos y todo, cruzados sobre un bulto de corchos salvavidas que hay tirados por el suelo, y descansa la cabeza sobre el tubo del respaldo, pesándole todo el cuerpo y todo el alma como si lo estuviese aplastando un cansancio infinito.

## **Del cemento**

### **La trampa de cemento**

El bloque número 16 del "23 de Enero" alumbró aquel anochecer unas apretadas hileras de lucecitas cuadradas, algunas casi apagadas por las cortinas de papel-periódico, otras que sólo se adivinaban por los resquicios del grosero ensamblado de los cartones.

Las demás ventanas no se veían con los ojos; pero tenían que estar allí, con esa fatal monotonía con que crecen los bloques de apartamentos concebidos para la gente pobre.

Después, a medida que crecía la noche, se fueron apagando las ventanas; como si alguien, al azar, estuviese soplande las hileras de luces de uno de esos lampadarios grandes de las capillas.

Hasta que quedó una sola, como un ojo en vela.

Alumbraba un cajón de cemento sin lucir, que por una boca daba a una cocinilla de kerosén, y por el otro hueco de la puerta se metía en un cuartico oscuro, de donde asomaba a la luz el tubo despintado de un catre.

Aquel bombillo estaba hirviendo mariposas en un quieto silencio de cemento.

El hombre que estaba en la cama, una maciza cama con cabezal de madera labrada que ocupaba media habitación, estaba boca arriba y parecía dormido; la mujer tenía su cabeza hundida en el colchón, contra el hombro del viejo (porque el hombre estaba muy chupado, y tenía la barba muy larga y casi enteramente blanca).

Ninguno de los dos parecía necesitar de aquella luz presagiosa que alumbraba en la noche como una lamparilla.

Tampoco sacaba ningún brillo al descolorido baúl con herrajes negros que había cerca de la ventana, ni al camastro cubierto con una sobada tela rosada que estaba frente a la puerta de la cocina.

Lo que había, además, sumergido en esta luz lechosa que es la luz de los hospitales y de los cuartos de morir, era una extraña mesita pintada de negro, llena de frascos y cajitas de medicinas, y, guindados en el muro, juntos hasta tocarse, una imagen de la Virgen de Coromoto, con vidrio y cañuela gris, y un colorido almanaque donde un vendedor de agua arreaba su burrito con la resignación con que vienen haciéndolo todavía en Cabimas, donde no hay más que petróleo.

Había, además, media hoja de unos quintos de Oriente, prendida con una de esas pinzas grandes de los loteros.

Aquel silencio del cemento adquiría una dimensión escalofriante con el sordo rebullir de las mariposas en torno al bombillo.

No se oía otra cosa. Ni el lamento de una madera, ni uno solo de los mil pequeños rumores que en las casas de vecindad advierten la presencia de un ser humano cerca.

El silencio de aquel cuarto de cemento era mayor que el de un hueco en la tierra; tenía y la mujer lo había pensado alguna vez, algo de esa soledad terrible que debe tener un nicho.

De pronto estalló (como debe sonar a un enterrado vivo la paleta del albañil que lo está tapiando) aquel disparo de la cerradura.

Y surgió en la puerta recién abierta un viejo con cara de trapo.

– ¿Es usted, señor Elías?... –dijo la mujer.

El hombre cerró despacio la puerta y se acercó a la cama.

– ¿Cómo está el viejo? –preguntó como si rezara.

El enfermo oyó la voz, porque abrió la boca.

Luego, como no le salía palabra, el recién llegado le tomó la mano, y se la apretó.

Las dos manos rugosas se abrazaron, silenciosamente.

Después, el hombre anduvo en la cocina. Seguramente comió algo.

La mujer, que tendría unos treinta años y llevaba desmañadamente un amplio vestido de percal azul, quedó sentada en el borde de la cama con el aire de no saber dónde posar la mirada.

Cuando el recién llegado se le acercó y le puso la mano en el hombro, debió decirle algo con los dedos, porque ella pareció agradecer, y a su vez se interesó por él:

– ¿Y cómo le fue hoy su día, señor Elías?...

– Ahí... regular...

Entonces fue cuando el mendigo, para no dar otra explicación, se acercó a la puerta de entrada y apagó la luz. Luego se metió en su cuarto.

Pero regresó, y dijo al oído de la mujer, que estaba todavía sentada sobre el colchón:

– Cualquier cosa, me despierta, Lucía...

Y se inclinó sobre la cama, y dijo:

– Viejo...

Le puso la mano en su brazo.

– Buenas noches, viejo...

El enfermo no debió oír nada, porque no dio señales.

Ya el recién llegado se estaba acostando, cuando la mujer lo llamó:

– Señor Elías... ¿usted apagó ya la luz?

– Sí.

– Bueno.

Luego que tuvo esta precaución, la ciega se echó junto al cuerpo inmóvil de su padre,

Entraba por la ventana una luz blanca de luna que la mujer no veía.

Buscó la mano del anciano, puso su palma contra la de él, y se cruzaron silenciosamente los dedos.

Como para un paseo juntos. El impresionante silencio del cemento comenzó entonces a perder la voz de las mariposas, y la ciega presintió la soledad.

Fue cuando se levantó y prendió la luz.

– ¿Qué pasa, Lucía? –preguntó el hombre desde el otro cuarto.

– Es que prefiero que papá vea la luz prendida –dijo.

Luego la ciega se quedó esperando un rato.

Pero como el señor Elías no pareció molestarse por eso, se volvió a recostar junto a su padre.

"Ahora regresarán las mariposas", se dijo ella, tentándole el brazo.



Y esperó el batir de las alas contra el bombillo.

Oyó también que comenzaba la difícil respiración del señor Elías en el otro cuarto, que se lo tenían alquilado para ayudarse un poco.

La ciega puso la mano sobre la frente arrugada del viejo, que estaba sudada y fría, y le dijo con esa voz inteligente de los que no ven con los ojos:

– ¿Cómo te sientes, papá?...

En aquel silencio, que silbaba ahora con estertor de asmático desde la boca del otro cuarto, se oyó una queja livianita, como un vagido.

Entonces ella le ofreció a sorbos de voz un poco de agua, una tacita de café caliente, una medicina, lo que había en la casa.

El enfermo no daba señales de querer nada, y la ciega le dio un beso prieto y larguísimo en la mejilla, como si con eso quisiera calentarle la vida.

Luego, se calló los sollozos, juntó su cabeza a la de él, y con los cinco espantados ojos de sus dedos buscó en el suave golpetear de la sangre el aliento del viejo.

Todo el cuerpo sensible de la ciega se paralizó para sentir a su padre en la leve pulsación de su muñeca.

Hubo un momento en que la sangre corrió y tropezó en la vena como si llevase la prisa de algún recuerdo, y la ciega se imaginó en su oscuridad llena de tientos que era que el viejo estaba corriendo por su vida de Uchire, oloroso a yerbabuena y a ganado, con mamá trajinando en la cocina; con Sebastián, su hermano, acompañándole de regreso del campo en las tardes; con las silenciosas veladas en la oscuridad luminosa de aquel amplio corredor donde la voz tenía un cielo más grande y no sonaba a cajón, como en estas casas de la ciudad.

Ella sabía que el pulso era como el reloj de la vida, y que no era siempre igual, sino que se apuraba y se cansaba, como las personas cuando corren, y como el latido de la vieja planta eléctrica que tenían en el caserío.

Y sabía muy bien que hasta se podía apagar en medio de la noche.

Cuando el pulso del viejo se fatigó de aquella carrera, la ciega se imaginó que estaría tomándose un descanso. Y resultó así, porque después recomenzó a caminar, aunque más despacio.

Ella supo cuándo la cabeza del viejo estaba recordando la muerte de mamá, que había ocurrido una mañana, mientras preparaba el almuerzo.

El viejo se había quedado una semana tirado en el moriche, sin probar bocado.

La ciega se dijo (quién sabe por qué extrañas asociaciones) que podían ser las dos. Se oía todavía entre los estertores del señor Elías, el sordo rebullir de las mariposas en torno al bombillo.

Ella estaba tan abismada escuchándolo, que tardó en advertir que el latido del viejo se había detenido suavemente, como una boca de niño cuando besa. Fue un susto interminable.

La ciega se incorporó y le sacudió la mano, que tenía la flacura y la rigidez de los huesos. Y volvió, por fin, la vena a hincharse regularmente, como si la sangre estuviese pasando lentamente unos nudos.

Sería que el viejo andaría ya por la ciudad, porque la ciega lo sintió con la misma congoja que cuando Sebastián los llevó a ver la casita que había comprado en Monte Piedad con los reales que les habían dado por la casa de corredor de Uchire".

"Lucía –le había dicho entonces el viejo– esta es una casita muy bonita"...

Pero ella, que veía con los ruidos y las voces, se dio cuenta que a su papá se le estaba derramando el alma por aquel piso de cemento; como estaba escapándosele ahora, que le notaba el pulso tan extenuado.

En la nueva casa metieron la cama grande y algunas cosas más que papá hizo traer por un transporte de camión. Después, su hermano se trajo a la casa una mujer, y a los dos meses, como ocurre siempre, acabó llevándosele con ella.

Desde entonces, que es cuando quedaron perdidos los dos campesinos en la ciudad, estaba enfermo el viejo.

Aquí no era como en el pueblo, donde se podía comer con solo soltar unas gallinas y un par de cochinos, o sembrar unas papas o recoger unos cambures.

Luego comenzaron las visitas del médico, y las medicinas, y terminaron vendiendo la casita de Monte Piedad para venir a mudarse a este bloque de cemento.

Hubo un largo reposo de la sangre, que estaba latiendo levemente en la descarnada muñeca del viejo.

– Dígame eso –y ella se imaginó al viejo diciendo, con la vergüenza en la voz– un campesino vendiendo lotería...

Fue cuando a ella comenzaron a alargársele los días hasta casi la media noche, esperándolo.

El golpeteo lento y apagoso de la sangre en la yema del dedo de la ciega comenzó a hacerse más livianito, tanto que ella tuvo conciencia de que ya se estaba rompiendo, despaciosamente, aquel delgado y ya apurado hilillo, que primero sintió como si fuese de algodón que se podía agarrar, pero que poco a poco resultó ser de aire, de esa nada que dicen que nació con un soplo y que es verdad que se desvanece con sólo un suspiro...

La ciega tuvo la extraña impresión de que había terminado de apagarse la plantica de la luz eléctrica en Uchire.

Aunque acostumbrada a estarse sola en aquella inmensa noche suya de la ceguera, comprendió de pronto lo que es quedarse sin nadie a quien sentir cerca.

Entonces advirtió también que las mariposas se habían quemado ya en la luz del bombillo.

La soledad le sonó como aquel silencio.

Lo que la ciega pensó en el centro mismo de aquel dolor sin orillas es que no debía despertar al señor Elías, que estaba tan cansado, el pobre, y tan viejo.

Después se quedó escuchando largamente aquel terrible silencio de la nada sobre el corazón del viejo.

Fue un silencio largo, que comenzaba a enfriarse.

Luego buscó sus ojos, y los cerró. Le peinó cariñosamente las barbas con sus dedos. Y le besó la boca, y le juntó las manos.

La ciega, que en su angustia había perdido el ángel de su instinto, se arrodilló entonces frente al humilde burrito del aguador, que estaba pegado a la Virgen de

Coromoto, y le dijo cosas que sólo a alguien que se quede completamente solo en el mundo se le pueden ocurrir.

Después se levantó y apagó el bombillo.

Fue un larguísimo amanecer del que la ciega no alcanzó a ver nunca la luz.

Así fue como el señor Elías la encontró velando el cadáver de su padre.

Nadie más que ella, en el enorme ámbito de cemento, había sentido morir al viejo.